

*La policía
lo sabe*

F
B
I



FRANK McFAIR

LA POLICIA LO SABE



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1955
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

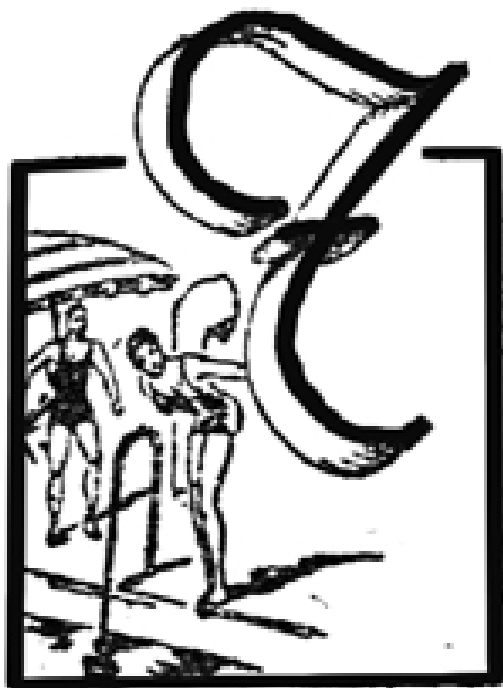
1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente número 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Law-son (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).

212. Error fatal (39).
213. Hacia el abismo (7).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
216. ¡Fugitivo! (40).
217. Rehabilitación (33).
218. El extraño agente (5).
219. No escaparás de mí (8).
220. La garra enguantada (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
223. Torrente de pasiones (5).
224. Lazos rotos (33).
225. Muerte en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
227. Hielo caliente (27).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victoria (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (4).
239. Entre la espada y la pared (28).
240. Los sospechosos (4).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policiaco (4).
250. La caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Ruben (40).

AUTORES

- | | | |
|---|---|---|
| <ol style="list-style-type: none"> (1) Alf Manz. (2) Fred Baxter. (3) Frank McFair. (4) Eddie Thorny. (5) O. C. Tavin. (6) Alar Benet. (7) A. G. Murphy. (8) Lewis Haroc. (9) J. L. Martin. (10) Jack Brooklyn. (11) Thomas Settee. (12) John Nebot. (13) Thomas Wanton. (14) F. N. Graw. (15) Robert Deaf. (16) Alan Carson. | <ol style="list-style-type: none"> (17) Al Cortroa. (18) Jack Grey. (19) Edgar Ford. (20) Andre O'Sun. (21) Fel Marty. (22) Dana Yonell. (23) Al Gallard. (24) Chester King. (25) Josep Tell. (26) Med Ryman. (27) Lou Dark. (28) Jan Hutton. (29) Richard Jackson. (30) Jim Murray. (31) Sand Burl. | <ol style="list-style-type: none"> (32) Joe Greig. (33) Bill O'Creigh. (34) Don Lassister. (35) John Est. (36) Edward Goodman. (37) A. de Tarturis. (38) Gary Belsan. (39) Paul Coster. (40) Herman Teligon. (41) Anthony Cuniller. (42) Anthony Benson. |
|---|---|---|

I



OMMY —dijo la señora Davis—, ayuda a Blancanieves a poner la mesa, porque míster Brown no tardará en bajar.

El chiquillo cargó con una bandeja llena de cubiertos y precedió a la criada negra hasta el comedor, silbando desatinadamente «Bandas y estrellas» y marcando el paso. Entre los dos acabaron en seguida de colocar los diez cubiertos, poner el florero que la señora Davis exigía siempre sobre su mesa, y al terminar examinaron su obra críticamente. Los pensionistas y la familia de la señora Davis podrían sentarse para la comida según fuesen llegando.

La pensión familiar de la señora Davis estaba situada en una tranquila calle que desembocaba en otra más amplia, tributaria a su

vez de la avenida De Soto. Tres cosas exigía la señora Davis a sus huéspedes: que fuesen limpios, que apreciaran sus guisos (para lo cual debían presentarse en el comedor cuando ella tocaba la campanilla) y que se comportaran con tanto respeto en su casa como si estuviesen en el mismísimo templo de San Athelstan.

La señora Davis tenía cuarenta años; era alta, de fuerte complexión, sin llegar a la obesidad, rubia y limpia. El señor Davis, que fue comisionista por cuenta de una casa americana de linotipias, la conoció en Francia, durante uno de sus viajes de negocios, y se casó con ella, sin importarle que no supiera hablar una palabra en inglés.

Pero Davis murió demasiado pronto. Apenas había nacido Tommy, segundo resultado del matrimonio, Davis hubo de hacer un viaje en un avión que se estrelló. La señora Davis, nacida Renée Vernaz, no se arredró. Sólo sabía llevar una casa y guisar, pero ambas cosas las hacía muy bien. ¿Qué, pues, de extraño tenía que pusiera una pensión? La ciudad siempre estaba falta de viviendas. Además, mucha gente prefiere vivir sin complicaciones, y en las pensiones familiares pueden encontrar esa clase de vida. Debido a ello, la señora Davis se vio pronto constreñida a buscar una casa mayor y a admitir más huéspedes, ya que tenía demandas en abundancia.

Pero no pasó nunca de un número limitado. Ella, Violeta y Tommy y siete pensionistas, máximo número de habitaciones que tenía. De esa manera, decía, podía controlar mejor a sus huéspedes.

Pero entre éstos había una excepción: míster Brown. Míster Brown tenía unos cincuenta y cinco años, era alto, delgado, cargado de hombros y de maneras tranquilas y suaves. Era el pensionista perfecto. Pagaba religiosamente su hospedaje, dejando una buena propina para la servidumbre, y jamás olvidaba hacer un regalo a Violeta y a Tommy, e incluso a la señora Davis, cuando alguno de éstos cumplía años. Pasaba casi todo el día en su habitación, ocupado en arreglar y en aumentar su colección de sellos, o en la sala común, leyendo pacíficamente o sosteniendo la madeja de lana de la labor de la señora Davis. Una vez al mes, aproximadamente, invitaba a ésta a almorzar en un restaurante, lo cual llenaba de júbilo a la dama; era una ocasión única para poder hablar mal de los guisos ajenos y, al mismo tiempo, enaltecer discreta, pero

firmente, los propios. Míster Brown estaba conforme con todo. Incluso, que recordase, más de media docena de veces había llevado a Tommy a un cinematógrafo.

Helo aquí bajando la escalera (vivía en el primer piso) lentamente, con su suavidad acostumbrada. Helo gastando la misma broma de siempre a Blancanieves, acerca de la limpieza de sus morenas manos, y he aquí, por fin, a la señora Davis, que toca la campanilla. Porque en la pensión familiar la campanilla se tocaba cuando míster Brown llegaba al comedor. Los demás pupilos respetaban tácitamente este estado de cosas.

Los restantes pensionistas, oscuros empleados en alguna oficina municipal, y un matrimonio anciano, de origen inglés, se hicieron los pertinentes saludos y se sentaron. La señora Davis lo hizo también, y...

—¿Dónde está Vi, Blancanieves? —preguntó.

—La señorita no ha venido todavía —respondió la negra, apareciendo con la sopa.

En ese momento se abrió la puerta de la calle. Violeta Davis atravesó el vestíbulo y se asomó al comedor. La señora Davis le dirigió un mudo reproche con la mirada.

—Lo siento, mamá —dijo la joven, en voz baja—. Pero yo... quiero decir que... no tengo gana; lo siento...

Y desapareció muy de prisa. La señora Davis pareció ir a levantarse, pero no terminó el movimiento. Se volvió a sentar y hundió la cuchara en la sopa. Tommy no fué tan discreto.

—¡Atiza! —dijo—. Vi ha estado llorando...

—Cállate, Tommy.

—Pero si tenía los ojos más encarnados que la...

—Silencio, Tommy.

Y Tommy se calló.

Terminada la comida, míster Brown subió un momento a su habitación, para bajar media hora después. La señora Davis estaba ya en la sala, preparándose para su eterna labor de tricota.

Míster Brown se sentó a su lado, pensativo. La señora Davis también parecía haber llorado. El huésped sacó una pipa del bolsillo y la cargó. Después de encenderla, se inclinó sobre la señora Davis.

—Dispénseme, señora Davis —dijo—. Pero sí ocurre alguna cosa que yo pueda...

—No es nada, míster Brown —repuso ella, sin mirarlo—. Tonterías de los jóvenes.

—Las tonterías de los jóvenes, ¡qué felices y qué desgraciados les hacen! —repuso, meditabundo, el hombre—. Parece ser que la tontería se ha salido de su ámbito juvenil, puesto que ha llegado hasta preocuparla a usted.

—¡Oh, no se preocupe, no es nada! Pero siempre resulta desalentador el observar que por vez primera, la madre no puede ayudar a sus hijos y ha de dejarles que resuelvan sus propios asuntos. Sí, míster Brown; resulta desalentador y doloroso.

Nadie en la pensión familiar de la señora Davis ignoraba que si bien Tommy y míster Brown salían juntos algunas veces, todas las inclinaciones del anciano estaban del lado de Violeta. Desde el primer día, hacía ya seis años en que puso el pie en la pensión, la muchachita hizo de él lo que quiso. Era con ella paciente, cariñoso e incansable. Y ella parecía corresponderle en la medida en que un espíritu joven y fogoso puede corresponder al tranquilo cariño de una persona madura.

—Temo que me encuentre usted un poco entremetido —dijo—. Pero si hay algo que yo pudiera hacer... A-a-aprecio a Violeta, señora Davis, y yo...

—¡Oh, no podría usted hacer nada! —respondió ella, mirándolo por fin—. Ya le digo que ni yo puedo hacer nada. Es más, ni siquiera me había enterado, hasta hoy —su tono se hizo ligeramente resentido—, de que... bueno, de que andaba tonteando con un muchacho.

—Eso es ley de vida, señora Davis —dijo míster Brown, suspirando, ligeramente aliviado—. No veo nada malo en ello. Usted también se casó muy joven y con seguridad que nadie la tachó de loca porque se prometiese tan pronto.

—Era distinto —respondió ella, pensativa—. Míster Davis era un hombre alegre, bueno y que había viajado tanto que sólo quería tener un hogar donde pasar la mayor parte de su tiempo. Pero los jóvenes de hoy... Supongo que podrá contarle a usted...

—Tratándose de ustedes, me interesará —respondió míster Brown, sonriendo débilmente—. Hable, por favor.

—Claro que hay... —La señora Davis enrojeció ligeramente—, hay cosas que cuesta mucho trabajo decir. Ese muchacho, ese

tipo..., porque no encuentro cómo llamarlo... han estado saliendo juntos todo el verano pasado y Violeta pensaba traerlo aquí para que nos conociera y lo conociéramos. Yo creo que... bueno, quizá haya hablado de matrimonio, porque Vi, pese a que es muy joven, no es una niña ignorante. Pero... el caso es que de pronto se destapa con que él no quiere esposa. Que a él le gusta la libertad y una mujer aquí y otra allá, ya. Me entiende usted. Y que si a Vi le gusta eso, pues bien, y que si no, pues que ya sabía dónde tenía que marcharse. Creo..., creo que Vi lo abofeteó, y bien hecho que estuvo, a mi parecer. Pero parece que la chica estaba «verdaderamente» interesada.

—Ya... —dijo el meditabundo míster Brown—. Ya... —repitió—. En fin, más vale que Violeta haya visto la verdad antes de que fuera tarde. Supongo que no querrá que la molesten.

—Me imagino que no. Está encerrada en su cuarto —la señora Davis suspiró y luego dijo, con ira—: Ojalá Tommy tuviese diez años más. Podría hacerle tragar sus palabras a ese hombre.

—Sería una gran cosa, señora Davis —respondió míster Brown, poniéndose en pie—, sería una gran cosa, no cabe duda. Muy buenas noches, y no se preocupe demasiado.

—Me ha costado mucho trabajo que me lo dijese, míster Brown, pero al fin lo he conseguido, amenazándola con no dejarla salir de casa. Ese «canaille» la ha estado persiguiendo todos estos días cuando salía de la Universidad. Yo creo que lo mejor será avisar a la Policía.

—¿Qué años calcula usted que tendrá ese hombre? —preguntó con indiferencia míster Brown.

—¡Oh, no lo sé! Unos treinta o así. Mañana iré yo a buscar a Violeta a la salida de la Universidad. Veremos si se atreve también a molestarme a mí. Pero ¿sabe qué es lo que más me preocupa, míster Brown? Le parecerá absurdo, pero yo creo que ella..., que Violeta sigue enamorada de ese bandido.

—Por Dios, señora Davis —dijo el anciano con un gesto extraño—. ¿Cómo puede pensar eso?

—Violeta no hace más que llorar. Usted, mismo puede ver que ha adelgazado mucho estos días. No sé, no sé, míster Brown, lo que hacer.

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos y con un

movimiento de disculpa, se las limpió.

Míster Brown se puso en pie y salió lentamente de la habitación, después de haberse despedido de la señora Davis.

—¿Quiere decir que se comportó como si no hubiera sucedido nada entre ellos? —preguntó míster Brown—. ¿Qué quiere continuar las relaciones y que se casará con ella?

—Eso dijo —respondió sencillamente la señora Davis, con un gesto perplejo en su aún hermoso rostro—. Yo lo encontré muy amable. Y si no hubiese sido por lo que de él me había contado Vi, me hubiera parecido una buena persona. No sé qué pensar, míster Brown, de veras. Pero con tal de no ver a mi hija llorar... Usted lo comprende, ¿verdad?

—Creo que sí, señora Davis; creo que sí.

—Parece que tiene bastante dinero. Vi dice que gasta mucho, pero que siempre parece bien provisto. Quiere regalarle a mi hija un abrigo de piel que Vi dice valdrá por lo menos tres mil dólares. Ella se niega, pero dice que él insiste. Bueno, parece que al menos esto no está tan mal como antes. Le aseguro a usted que llegué a preocuparme de veras con la chica. Toma todo con tanto fuego...

—En fin, míster Brown. Parece que todo se va arreglando. No es que Violeta esté tan alegre como antes, usted mismo puede verlo...

—Sí, en efecto —respondió míster Brown—. Ya no ríe tanto como antes, pero no parece desgraciada, al menos. Continúe, señora Davis, y perdone mi intromisión.

—Digo que, al menos, come y se porta normalmente. Yo creo que Vi ha salido a su padre, porque yo jamás me preocupé tanto por ninguna cosa. Únicamente por mi marido, y para eso tuvo que pasar algún tiempo, hasta que aprendí a hablar el inglés. Casi era para mí un desconocido los primeros tiempos.

—«Gaudeamus igitur» —dijo míster Brown con insospechada erudición y chupando su pipa con gravedad.

—Es algo más que alcohol, señora —dijo el joven médico con aspereza—. Una borrachera, a no ser que fuese de alcohol metílico, no podría producir estos efectos.

—¿Sugiere usted, doctor...? —preguntó míster Brown, cuya cara estaba muy pálida.

—No sugiero nada —respondió el galeno, con menos rudeza y mirando a la señora Davis, que lloraba, la cara entre las manos, derrumbada en un sillón—. ¿Es usted de la familia?

—Puede hablar delante de mí, doctor —respondió la señora Davis, alzando hacia él los enrojecidos ojos—. Deseo saber toda la verdad. Solamente así podré intentar... ¡Oh «mon Dieu, mon Dieu»!

El médico vaciló un momento. Luego se volvió hacia míster Brown.

—La muchacha ha tomado morfina en una cantidad excesiva. Me parece que alguien le dio un vomitivo anoche, antes de que ella llegara aquí y de que ustedes me avisasen. De lo contrario, lo más probable es que hubiera muerto. Sí, muerto sin remisión.

—Pero ella no es adicta a las drogas, doctor —observó míster Brown, en voz baja.

—Lo sé. Lo he visto en el reconocimiento que la he hecho. Pero lleven ustedes mucho cuidado. Mucho. La morfina hace adeptos en muy poco tiempo. Y otra cosa: ¿tienen ustedes alguna idea de cómo ha podido conseguir la droga?

—Lo ignoro, doctor —dijo la señora Davis—. Pero, «mon Dieu!», si es una chiquilla, si es imposible... Mi Violeta intoxicada con esas horribles cosas. No lo puedo creer... «Pas possible»...

—No es Imposible, señora —respondió el médico—. Lo ha hecho una vez, y espero que no lo haga otra vez, por su bien. Ahora, siento mucho tener que decirles que he de dar cuenta de esto a la Policía federal. Querrán hacerle alguna pregunta a la muchacha. Yo volveré dentro de seis horas. No hagan nada sin antes consultarme.

Cuando el médico salió, la señora Davis se volvió hacia su huésped, con la mirada atónita, espantada, que parecía haberse estereotipado en sus ojos.

—Míster Brown...

Míster Brown le dio dos palmaditas en la espalda con ternura.

—No se preocupe demasiado, señora Davis, por favor. Esperemos que Violeta nos diga lo que ha ocurrido. No podemos aún echar toda la culpa sobre sus hombros. No se preocupe demasiado.

—Señora Davis, su hija se niega a decirme dónde consiguió la droga —dijo el hombre, con acento puramente oficial. Era un joven de unos treinta años, delgado y de cara inteligente. Se había

presentado como agente del Departamento de Narcóticos—. Sabemos por su médico que no es una acostumbrada a las drogas, y por eso nos limitaremos esta vez a amonestarla. Pero si se repitiese el hecho, nos veríamos obligados a llevarla ante un Tribunal de Persecución del Vicio. ¿Me ha comprendido usted bien, señora Davis?

—Claro que sí —dijo la mujer, cansadamente. Había envejecido mucho en los últimos días, porque adelgazaba rápidamente—. Claro que sí, señor.

—Tenemos motivos para suponer que eso no volverá a ocurrir —dijo míster Brown, el cual se encontraba al lado de la ventana—. No creo que tengamos que molestarle otra vez a usted, míster...

—Beroe —respondió el joven, humanizándose algo—. Me alegraría por ella. Es una muchacha demasiado joven y bonita para que tenga que comparecer ante el Tribunal. En este momento no es el policía quien habla, sino el hombre. Vigilen sus compañías.

—¿De veras cree usted eso, míster Beroe? —preguntó míster Brown—. ¿De veras lo cree? Gracias. Es una opinión muy valiosa.

—Eso es todo. Deseo a ustedes muy buenas tardes.

—Tampoco a mi ha querido decírmelo, señora Davis. No ha hecho más que llorar y decir que es una mala mujer, y que no debemos ocuparnos de ella, porque no lo merece. Es una criatura arrepentida, señora Davis.

La señora Davis levantó sus ojos. En ellos míster Brown pudo leer el espanto y el odio.

—¿Sabe lo que me dijo hace escasamente dos horas, míster Brown? Me dijo que «tiene que volver a ver a ese hombre». ¿Puede usted comprenderlo? Mi hija no hubiera hecho jamás esa cosa tan horrible sin que alguien la hubiese empujado a ello. Hace ya tiempo que no sale con sus amigas ni con los muchachos, como antes... ¿Quién, entonces, sino ese...? No se lo dije al caballero de la Policía porque no quería que hubiese escándalo, en el cual se encontraría mezclada Vi. Pero si ella insiste en seguir viendo a ese «canaille», hablaré de nuevo con la Policía. Sí, lo haré, míster Brown; lo haré, tan cierto como que en este momento Dios nos ve.

—Creo que sí —dijo míster Brown, con un ligero suspiro—. Creo que, efectivamente, lo haría usted. Violeta se ha abrazado a mí como si yo hubiese sido..., dispense la comparación, señora Davis,

como si hubiese sido su padre —la voz del viejo se había tornado un tanto borrosa—. Aprecio mucho a Violeta, señora Davis, mucho. ¿Querría usted hacer el favor de avisarme cuando crea que Violeta se entrevista con ese hombre?

El hombre era pequeño, de escaso cabello, como pudo comprobar la señora Davis, que, por ausencia de Blancanieves, se vio forzada a abrir la puerta. «Gracias a Dios —pensaba—, los otros pensionistas no se habían enterado de los últimos acontecimientos». Las cosas se habían sucedido con mucha discreción.

—Desearía ver a míster Brown —dijo el hombrecillo, con una tímida sonrisa—. Se trata de unos sellos de correos, acerca de los cuales quisiera entrar en tratos con él.

—Pase —respondió la señora Davis. Y lo introdujo en la saleta, mientras ella subía al piso primero para advertir a míster Brown. Éste le dijo que el visitante podía pasar, y luego la señora Davis, absorta en sus pensamientos, se dirigió a la cocina. Dos horas después, míster Brown y el visitante bajaron la escalera.

—... demasiado caro —decía míster Brown—. No soy un hombre rico, míster Ushant, pero seguramente podríamos ponernos de acuerdo sobre ese «verde claro». En cuanto a la variante..., cincuenta dólares me parece demasiado caro por ella.

—Seguramente que llegaremos a un acuerdo, míster Brown —respondió el hombrecillo—. Después de todo, no puede usted dejar de completar la primera serie de Francia. Una colección tan escogida como la suya...

—Más sellos —murmuró la señora Davis.

Un día míster Brown le había enseñado parte de su colección, la de Francia precisamente. La señora Davis opinaba que coleccionar sellos era una ocupación tranquila y digna de un caballero.

Cuando el hombrecillo hubo abandonado la casa, míster Brown se dirigió a la cocina.

—Míster Ushant, el caballero que acaba de salir —dijo, apaciblemente—, vendrá con cierta frecuencia. Espero que eso no sea molesto o desagradable para usted, señora Davis.

—De ninguna manera —protestó ella, sonriendo—. Parece un caballero, y además, tratándose de usted... Tal vez quiera usted que les prepare algo de merendar cuando venga de nuevo, como no sé qué relaciones... No quiero meterme en lo que no me importa.

—Una taza de café será agradecida convenientemente por míster Ushant —dijo Brown, correspondiendo a la sonrisa—. Puede que venga mañana. Si usted nos prepara café, habrá hecho a dos personas dichosas en poco tiempo, señora.

—Por Dios, míster Brown, exagera usted... Usted, siga con sus sellos y déjeme que yo me ocupe de la cocina y de todo lo demás.

—... Este Tribunal condena a... Jackson Slipper, Thomas Kutura, Welmer Jones y Tough Craig, a la pena de cinco años de reclusión, probados sus delitos como traficantes de drogas narcóticas y nocivas, siendo ellos mismos aficionados a dichas drogas. Asimismo, condenamos a Albert Wheeland, Mary Seymour y Andrew Scott, a la pena de seis meses de prisión correccional, quedando, después de extinguida dicha pena, bajo la tutela de un Tribunal especial para menores. Se acabó la vista.

—Total —dijo Beroe, cuando salían él y el inspector Anderson del Palacio de Justicia—. Cuatro canallas, a cinco años, y tres desdichados estudiantes, a seis meses y a la deshonra pública. Si pudiese hacer que cayesen en mis manos los que mueven los hilos... Puedo asegurarle que el médico de la cárcel iba a tener mucho trabajo con ellos.

—Al menos, son cuatro bandidos menos los que hay sueltos —dijo Anderson—. A propósito: ¿qué hay de las investigaciones sobre aquella carta anónima?

—¿El anónimo por el que cogimos a Slipper y a los otros? No, señor; aún no he conseguido nada. Y voy creyendo que jamás lo conseguiré. ¿Vio usted las caras de los padres de esos pobres chicos?

—Sí, Beroe —respondió el otro, gravemente—. Sí que lo vi. Y eso no me dejará dormir en muchas noches, se lo aseguro. Cinco años nada más... Con las permutas saldrán en no más de tres... Yo les hubiera enviado a la «silla» a los cuatro. Sobre todo, esa pobre criatura, Mary Seymour. Diecisiete años y adicta ya a la marihuana. Es asqueroso.

—Deberíamos redoblar la guardia en la Universidad, señor —dijo Beroe, pensativo. De allí sale casi todo. Hay allí algo podrido.

—Sí, creo que eso será lo que hagamos.



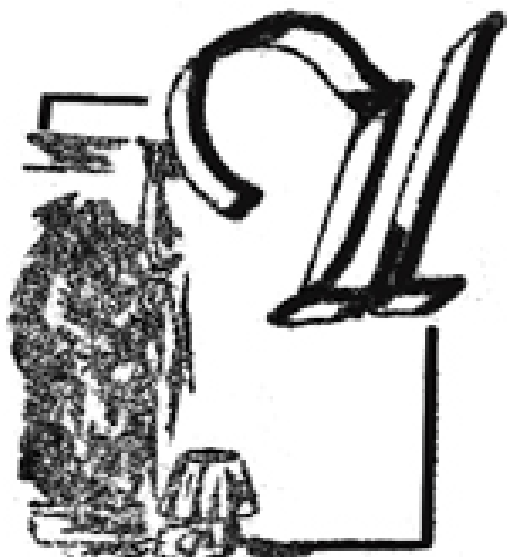
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

II



Un hombre alto, de unos treinta años, parado en la esquina de De Soto y Dieciséis, echó una mirada a su reloj de pulsera. Tenía el ceño contraído y sus pupilas se clavarón de nuevo en la esquina.

Una muchacha apareció doblando ésta y andando con gran rapidez. Al ver al hombre, se dirigió a su encuentro. Un tipo pequeño, que avanzaba lentamente por De Soto, se paró ante una tienda de artículos de caballero, y miró los escaparates con gran interés.

—Llevo quince minutos esperando —dijo el hombre, con voz dura.

—Vámonos —respondió la joven—. Me ha costado mucho trabajo salir de casa, y mi madre ha podido hacer que me sigan.

—Vieja impertinente... —Gruñó el hombre—. Y como vuelva a ver al mocoso de tu hermano rondando, le doy una patada que no se vuelve a sentar en su vida.

Ella le dirigió una rápida mirada, pero no dijo nada.

Continuaron por De Soto, hasta que llegaron al café

Willy's.

El hombre metió a la muchacha dentro casi de un empujón. Subieron la escalera que conducía al primer piso, a la sala de billar y de bolos. Varios hombres que estaban jugando los saludaron con la mano. También había una o dos muchachas.

—Hola, Russ dijo uno de ellos, acercándose. Llevaba una camisa negra y una corbata amarilla, con flores encarnadas. Sus zapatos eran muy puntiagudos y había pasado mucho tiempo desde la última vez que un peluquero le cortó el cabello. —Hola, Vi. Me alegro de verte, nena.

—Quiero hablar contigo, Russ —dijo Violeta, sin hacerle caso.

Russ la cogió del brazo con aire posesivo, y se la llevó a un rincón. El hombre de la camisa negra los miró un momento y retomó a la mesa de billar.

—No quiero continuar contigo, Russ —dijo Violeta Davis, con voz resuelta—. Es inútil —añadió, al ver que él iba a hablar—. No quiero. Desde hoy no volverás a verme —los ojos de la muchacha, suaves y castaños comúnmente, tenían ahora una mirada fría, dura, y su color era casi negro—. ¿Me has oído, Russ?

—Y claro, nena. Te he oído. Ahora tómate algo y olvídate de tus sueños.

Violeta se puso en pie.

—Estaba hablando en serio, Russ. Tú lo has querido. Adiós.

Russ alargó un brazo, la cogió por la muñeca y la hizo caer de nuevo en la silla.

—Vamos, nena, que me incomodas. Tú te quedas aquí porque a mí me da la gana. Y si te mueves otra vez sin mi permiso, te sacudo en esa carita de bombón hasta que me haga daño en la mano. No dejes que tus estudios en la Universidad se te suban a la cabeza, porque te los bajaré de un bofetón. ¿Estamos, nena?

—Bestia —dijo ella—. Si tuviese algo con que... —Cogió la copa, pero él llegó antes.

A Vi le era imposible ahora comprender cómo había podido gustarle aquella cara. Era bien parecido, pero su baja clase asomaba a cada uno de sus rasgos. Los primeros días él había cuidado su lenguaje. Pero cuando se imaginó que ella lo adoraba y estaba

dispuesta a ser su esclava, no se ocupó más de ello. El acento, el tono y las palabras del chulo ciudadano brotaban espontáneamente de su boca.

—Que no bombón. Que ésas no te valen conmigo.

Luego, repentinamente, levantó la mano derecha y le dio un bofetón. Violeta se sintió proyectada hacia atrás y su cabeza chocó contra el respaldo de la silla. Casi perdió el conocimiento. Abrió la boca, aterrorizada, casi al borde del ataque, pero ningún sonido salió de ella. Varios de los presentes los miraron, y uno de ellos pareció ir a decir algo; pero el hombre de la camisa negra le puso una mano en el brazo.

—Y ahora, escucha, bombón —dijo Russ Nolan, acercando mucho su cara a la de ella—. La fulana que viene conmigo no se vuelve a marchar con otro fulano, porque la señalo para toda la vida. ¿Te gustaría llevar un costurón en la cara, desde el ojo a la boca? ¿Te gustaría tener la cara torcida? ¿O llena de quemaduras? ¿O tuerta? ¿O sin dientes? Pues vuelve a decir que te vas a escapar de mí y verás qué remendadita te dejo. Tú te quedas conmigo, y cuando yo te lo diga, te encargas de pasar la «nieve» o la «hierba», y te callas la boquita. Así te querrá mucho tu Russ. Verás qué bueno es Russ cuando no se le dicen tonterías.

El hombrecito que contemplara los escaparates de la tienda de artículos para caballero había, aparecido en la sala de billares, dirigido una mirada indiferente a su alrededor y puestose a contemplar una partida de bolos.

Violeta Davis no dijo nada. Los ojos del hombre eran sorprendentemente explícitos. Sería muy capaz de hacer lo que decía.

—Nos veremos mañana, bombón —dijo él, mirándola con aire de amo—. Ya sabes que no debes hacer ninguna tontería. Si se te ocurre decirle algo a tu «mami»..., pues ya lo sabes: Los guardias podrán tenerme dos días en la cárcel, pero cuando salga...

Violeta se puso en pie. El otro vaciló un momento.

—Y si no, te acompañaré. Tengo trabajo, pero puede esperar. Después de todo, no pueden hacer nada sin nosotros. Vamos. Te acompaño.

Dos de las muchachas que había en aquel café eran conocidas de Violeta, compañeras de la Universidad Jordán. La joven las

contempló. Aparentemente, sus caras seguían tan frescas y sonrosadas como siempre, pero el vicio había puesto sus asquerosas semillas en sus cuerpos y en sus espíritus. Una de ellas, True, fumaba marihuana. La otra, Jocelyn, se ponía inyecciones de morfina. Y entre ambas habían arrastrado a Mary Seymour a compartir «aquello». La pobre Mary Seymour, confiada y un poco tonta, que apenas tenía diecisiete años. Ahora estaba en la cárcel. Su padre, al saber la noticia, había tenido un derrame cerebral, y estaba paralítico. Mary Seymour llevaría siempre sobre sí el estigma de la degradación.

No era odio lo que sentía Violeta, sino un sentimiento que bastaba a llenar por sí mismo todo su ser. El odio tiene altos y bajos, períodos de calma o de apoteosis. Lo que ella sentía, no. Era algo mucho más profundo. Súbitamente comprendió que tendría que matar a aquella bestia, el hombre del cual se había creído enamorada. Alguien tenía que matarlo.

La mente de Violeta empezó a funcionar con cierta claridad. Pero ya él la había cogido del brazo y la sacaba del café. Con el mismo aspecto de indiferencia, el hombrecillo los siguió.

Había anochecido. Un viento helado, que llegaba desde los desfiladeros de la montaña, barría la avenida. El público empezaba a retirarse a sus casas. Los letreros luminosos se reproducían en el asfalto, mojado por unas ligeras gotas de lluvia que cayeran hacía unos minutos.

Cuando torcieron la primera esquina, ambos se pararon. Un hombrecillo, de aspecto anodino, estaba plantado en medio de la acera. Tenía un cigarrillo en la mano.

—¿Me da fuego? —preguntó, cortésmente.

Russ se paró, y metió la mano en el bolsillo del gabán. Otros dos hombres surgieron a su espalda.

—Eche a andar, sin decir una palabra —dijo uno de ellos, colocando algo duro en la espalda de Russ—. No se asuste, jovencita. Con usted no va nada.

—¿Quién...? —empezó a decir Russ.

Algo duro le golpeó en la boca, haciéndole chocar los dientes dolorosamente.

—Dije «sin palabras».

El hombrecillo iba delante. Después, la muchacha y Russ. Luego,

los otros dos. Torcieron de nuevo, luego otra vez a la derecha, y en la esquina, con los faros apagados, pero con el motor en marcha, había un coche. Entraron en él los cinco, y el coche empezó a rodar.

Durante media hora dieron vueltas, hasta que ni Russ ni la muchacha pudieron decir dónde estaban. Luego paró. Los olores del río llegaron hasta ellos. Violeta estaba muy intrigada. Aquellos hombres no se comportaban como policías, y, sin embargo..., ¿quién sino los policías podrían hacer una cosa así a una sabandija como Nolan?

Penetraron en un corredor que daba a un patio. Vi recordaba haber estado unas cuantas veces, en Navidad, en la parte baja de la ciudad, en la zona fluvial, para llevar regalos a los niños negros pobres. Ésta era una típica casa de aquella zona, en la cual habría cientos de casas iguales, todas con la misma fisonomía y el mismo olor.

Unos tramos de escaleras los condujeron a una habitación, en la que no había más que unas cuantas sillas y una mesa. A la luz de una bombilla de pocos vatios, Violeta pudo ver que Russ, el valiente, el dominante Russ, estaba amarillo. Una sonrisa curvó los labios de la joven. Luego miró a los que estaban con ellos.

El hombrecillo era eso: insignificante. Llevaba sombrero gris, vestía viejo gabán gris, debajo del cual llevaba un viejo traje gris. Hasta su cara parecía igualmente gris. Los otros dos eran dos hombres jóvenes, altos, de recias espaldas y caras cuadradas.

El hombre gris se sentó detrás de la mesa y los miró.

—Señorita —dijo, con gran cortesía—. Este hombre la golpeó a usted, ¿verdad?

Violeta no era ya capaz de sorprenderse ante nada.

—¿Son ustedes policías? —preguntó.

—No, no lo somos —respondió el hombrecillo, moviendo la cabeza. Tenía ojos glaucos, casi transparentes, y un gesto de continua preocupación en la cara—. Pero nos ayudaría usted mucho si nos contestase.

Russ Nolan parecía menos asustado. La voz del hombrecillo no era amenazadora.

—¿Quién se han creído que son ustedes? —preguntó—. ¿Saben quién soy?

—Uno de los chulos más asquerosos que he conocido —fué la

sorprendente respuesta—. Si vuelve a hablar, cualquiera de vosotros, muchachos, puede sacarle todos los dientes de un golpe. Señorita, puedo asegurarle que este hombre ya no representa un peligro para usted. Puede usted hablar con la mayor claridad, si ése es su deseo. Después la acompañará alguien hasta su casa, donde quedará sana y salva. Dígame: este hombre, ¿la golpeó a usted e intentó forzarla a ejecutar ciertos actos contrarios a su conciencia?

Violeta miró a Russ. Fué una mirada rápida, calculada y que heló al hombre, pese a su poca inteligencia. Era la mirada que sólo puede dirigir una mujer a aquél a quien desea perder.

—Sí —dijo—. Me pegó. Ignoro quiénes son ustedes, pero este hombre me pegó y me amenazó con desfigurarme la cara y el cuerpo si no accedía a introducir drogas en la Universidad.

Súbitamente se dio cuenta de que, si estaba entre amigos, nada tendría que temer. Pero ¿y si, por casualidad, una banda rival era quien los había capturado? Hacía oído hablar al hombre de la camisa negra de diferencias entre proveedores y suministradores de las drogas. Diferencias que a veces solían resolverse a tiros en cualquier calleja oscura.

—No tenga miedo —dijo el hombre gris, y sonrió. Sin saber por qué, Violeta halló cierta simpatía en aquella sonrisa grisácea—. No debe tener ningún miedo, señorita. Bien: ¿podría usted decirnos si es éste el único hombre que la amenazó?

—Yo... Sí, el único. Yo... Sí, el único. Hay otros, pero jamás intentaron maltratarme. Sólo éste...

—Bien, señorita. Uno de mis hombres la llevará a usted a su casa.

El chofer que los condujo apareció en la puerta. Llevaba un grueso chaquetón de cuero castaño y una gorra blanda de visera, charolada. Era un muchacho joven y de rasgos acusados.

—¿Ya? —preguntó.

—Sí. Lleva a la señorita a su casa, y luego vuelve —se puso en pie y tendió una mano a la muchacha—. Adiós, señorita.

—Y... ¿qué van a hacer con...? —preguntó ella, sintiendo que el corazón empezaba a golpearle en las costillas.

Aquella tranquilidad del hombrecillo, aquellos rostros impasibles de los otros, el ambiente frío, helado, de la habitación, eran estremecedores.

—¡Oh! No se preocupe. Pero le prometo que este hombre no volverá a pegarle a usted ni a amenazarla con desfigurar su bonita cara. ¿Verdad que no? —preguntó a los dos hombres que se mantenían erguidos al lado de Russ.

—No —respondieron con indiferencia, pero con absoluta seguridad.

Violeta se sintió ligeramente enferma. Russ era una bestia, pero aquellos hombres...

—Yo no quisiera... —dijo.

—No, por favor, señorita —el hombre gris volvió sus glaucos ojos hacia Russ—. No interceda, por favor. Le diré una cosa. Este hombre es uno de los seres más despreciables que existen. Pertenece a una casta aparte, una casta que es capaz de ir a la cárcel, e incluso a la silla eléctrica, con tal de demostrar su hombría a los que lo rodean. Su hombría, innecesario es decirlo, consiste en maltratar a las mujeres, aprovecharse de ellas todo lo que pueda. Incluso vivir a su costa, e imponer su voluntad en un círculo de seres tan degradados como ellos. No hay ninguna ciudad en el mundo que se libre de semejante plaga. Los hombres los odian y los desprecian, pero muchas mujeres..., muchas mujeres, desgraciadamente. —Violeta se sintió enrojecer—, gustan de sus desplantes y de sus bofetadas. Son degenerados y cobardes, pero imponen su voluntad por medio de dichas mujeres, que ni siquiera tienen derecho a tal nombre. Acabar con ellos, señorita, es una obligación y un placer. Una persona honrada y honesta puede encontrar atenuantes para un ladrón y un asesino. Nadie puede encontrar motivo alguno para que un ser como este que tenemos delante exista.

Había hablado con voz baja, sin inflexiones, impersonal, exponiendo su opinión con la misma indiferencia con que pudiera hacerlo un profesor de Matemáticas con un teorema ya conocido y repetido mil veces.

Fué aquella frialdad lo que acabó con los nervios de Russ Nolan. Abrió la boca y lanzó un alarido salvaje. El hombre de la chaqueta de cuero cogió a la joven del brazo y la llevó hasta la puerta.

—Adiós, señorita. Espero que volvamos a vernos alguna vez —dijo el hombrecillo.

Lo último que vio Violeta fué que ambos hombres caían sobre Russ, y los lamentos de éste. Se puso a llorar un poco

históricamente, y el chofer le golpeó la cara sin demasiada fuerza.

—Dispense, señorita —dijo, cuando la colocó en el «baquet» del automóvil, a su lado—. Pero era necesario. Se estaba usted dejando llevar de los nervios.

—Lo sé —respondió ella—. Pero es horrible... ¿Qué van a hacer con él?

—Lo ignoro. Nunca me dicen esas cosas a mí —tenía una voz educada y profunda, que extrañó a Violeta.

—¿En qué Universidad ha estudiado? —preguntó, repentinamente.

—En Saint Louis —respondió él. A la luz del cuadro de mando vio su sonrisa—. No debe usted preguntar nada, señorita Davis. De ahora en adelante sepa que no corre peligro alguno. Ya sé que me extralimito, pero le aconsejo una cosa: vuelva a sus aulas y olvídense de que hay cosa alguna fuera de ellas. Se ha paseado usted por cuerda floja, y no creo que le haya gustado.

Ella se puso a llorar y se apoyó en el hombro del chofer. Dicho hombro era fuerte y caliente. Se lloraba muy a gusto sobre él.

—Sí, señor, ya está. Sí, desde luego. ¡Oh! No, no volverá a hacer cosa alguna en ese sentido. Yo no considero a esos tipos sino como medio-hombres. Permítame decirle que el que puso la mano sobre esa carita es indigno de tocar cosa alguna durante el resto de su vida. Y es difícil que vuelva a tocar cosa alguna. Bueno, claro que nosotros hicimos lo nuestro, ¿verdad, señor? Pero era distinto. Hombre a hombre, y que ganase el más listo. Sí, señor. Posado mañana, señor. Adiós. Cuelgo.

III



El frío era intensísimo aquella tarde. Las aulas estaban tan calientes y la biblioteca tan confortable, que los estudiantes de la Universidad Jordán retrasaban todo lo posible el momento de salir de ellas. Únicamente los más jóvenes habían escapado ya.

Violeta Davis, inclinada sobre un libro, en la biblioteca, vio con el rabillo del ojo que se acercaba True.

—Hola, Vi —dijo la recién llegada, abriendo un cuaderno y sentándose a su lado. Hablaba en voz muy baja—. Lassiter quiere hablar contigo.

—Y yo no quiero hablar con él —respondió Violeta, con firmeza. Lassiter, el hombre de la camisa negra y corbata amarilla, el hombre al que llamaban jefe—. Dile lo que te acabo de decir.

—Sí, lo haré —respondió True, mirándola con curiosidad. True era rubia y de ojos muy azules. Llevaba un ceñido «sweter» y una no menos ceñida falda. Los estudiantes se arracimaban siempre en torno a ella, y más de uno había abandonado la Universidad para no sufrir el tormento de verla. Era coqueta, escurridiza y le gustaba estar siempre rodeada de hombres—. Pero ya sabes lo que te va a costar, ¿verdad? No seas imbécil, Vi. Una vez que se ha llegado a tratos con «ellos», una no se suelta tan fácilmente. Son capaces de cualquier cosa. De «cualquier cosa» —repitió significativamente.

Violeta la miró. Durante casi treinta segundos ninguna de las dos dijo nada.

—¿Quiénes hicieron «aquello» a Russ? —preguntó True, de pronto.

Había mucha curiosidad en su tono y un poco de miedo también.

EL corazón de Violeta empezó a galopar. Muchas veces, en el curso de los cuatro últimos días, se había hecho la misma pregunta a sí misma.

—¿Te gustaría saberlo? —preguntó—. A mí también.

True movió la rubia cabeza, intrigada.

—Lassiter cree que has pagado a dos o tres tipos para que le hicieran eso a Russ —dijo, con cierta admiración involuntaria—. Pero yo...

—No hice nada de eso. Dejé a Russ perfectamente bien aquella noche. Luego, lo único que sé es lo que tú,...

—No veas a Lassiter si eres tan loca como para no hacerlo —dijo True, mirándola—. Pero si alguien se enterase aquí de que yo... Bueno, entonces sí que podías encomendarte a Dios.

Su voz sonaba dura, pero el miedo había hecho presa en ella. La puerta de la biblioteca se abrió y un muchacho alto con un chaquetón de cuero y la cabeza tocada con una gorra blanda de rígida visera, apareció en ella. Lanzó una mirada indiferente hacia las muchachas y se dirigió rectamente hacia la bibliotecaria. Se quitó la gorra y le dijo algunas palabras.

La bibliotecaria, una cuarentona forzada a un ya muy irritado celibato, se arregló el cabello con coquetería juvenil y le contestó. El joven sacó algunos papeles del bolsillo y se los enseñó. Por fin hizo una ligera inclinación, se volvió y atravesó la estancia de

nuevo para salir.

True se puso en pie.

—¿Dirás algo? —preguntó, clavando sus ojos en los de Violeta —. Contesta: ¿dirás algo? Recuerda que soy capaz de matarte —sus pupilas brillaban ferozmente.

Violeta sabía que la «marihuana» induce a sus adeptos al asesinato en muchas ocasiones[1], y True la fumaba... Movi6 la cabeza.

—No, hasta que vuelvas a intentar que alguna pobre criatura de la Universidad tome «eso» —le respondió serenamente.

Tenía prisa, mucha prisa, por salir de la biblioteca y seguir a aquel muchacho que llegaba ya a la puerta. Había reconocido la cara de firmes rasgos, la boca generosa y la frente despejada. Había reconocido incluso el hombro sobre el que había llorado la noche que cogieron a Russ.

True se echó a reír sin alegría y se acercó a la bibliotecaria, mientras Violeta recogía sus cuadernos y salía.

—¿Quién era ese Hermes, señorita Jones? —preguntó True a la bibliotecaria.

Ésta no la miró siquiera.

—Un estudiante, jovencita. Un estudiante que quiere trasladar aquí su matrícula desde Saint Louis. Me figuro que usted pensará que es una posible presa. Pues bien, no creo que sea de éstos.

—¿No, señorita Jones? —preguntó True—. Gracias por la información.

Y salió. Aún llegó a tiempo de ver cómo Violeta Davis doblaba la esquina del corredor y caminaba junto al muchacho del chaquetón de cuero. True frunció el rubio entrecejo y los siguió.

—¿La llevo a alguna parte, *miss* Davis? —preguntó el hombre.

—Si quiere dejarme en mi casa... —dijo ella, débilmente.

Justo en el momento en que iban a entrar en el coche, apareció True en la puerta de la Universidad, abrochándose el gabán.

—Violeta —llamó.

Violeta se volvió, irritada.

El hombre de la chaqueta de cuero miró a True. Todos los hombres miraban dos veces a True. O tres.

—Si tu amigo pudiera dejarme en casa... —dijo la rubia, sonriendo.

—Creo que sí podré —respondió el hombre.

Un momento después los tres, en el «baquet» del automóvil, marchaban hacia el centro de la ciudad. Las calles estaban casi desiertas y se adivinaba la próxima nieve. La casa de True estaba en Portland, muy cerca del barrio residencial. Vivía con una hermana casada y con el marido de ésta. Cuando se apeaba, se les arregló, para decirle al hombre:

—Espero que nos veamos en la Universidad. Y muchas gracias, míster...

—Radinski —respondió él, estrechándole la mano.

Luego puso el coche en marcha.

—¿Quién es usted? —preguntó Violeta, de pronto, con cierta adustez.

Él se volvió y le sonrió:

—Radinski, un estudiante de Saint Louis que quiere estudiar aquí.

—¿Qué hacía usted con aquellos hombres? —volvió a preguntar ella.

—Conducir un coche. Me pagan para ello. Alguien tiene que subvencionar mis estudios, porque yo soy pobre.

Ella estaba bastante irritada.

—¿Sabe usted que al hombre que llevaron la otra noche a la casa del río...?

—Sólo sé que me pagan por conducir un coche. Y que me pagan bien, además. Lo demás no me importa, Mi misión acaba cuando empieza la de ellos. Y otra cosa, *miss* Davis: seguramente nos veremos con alguna frecuencia en la Universidad. Usted no me conoce más que de vista, recuérdelo. Y no me hable jamás delante de nadie de... lo sucedido la otra noche. ¿Lo hará?

Ella asintió. Sentía quemarle en el pecho el deseo de «saber», pero aquella cara revelaba tal energía que no se atrevió a preguntar de nuevo. Se entretuvo en mirar a hurtadillas a su acompañante, hasta que éste la dejó en la puerta de su casa. Se despidió al momento, sin querer entrar.

Míster Brown estaba sentado en la salita, tomando una taza de café con un bizcocho. Su madre estaba a su lado, con la calceta en la mano. Violeta besó a la señora Davis y revolvió ligeramente el pelo gris de míster Brown.

—Veo, ¡hum!, que estás bastante alegre —dijo míster Brown, mirándola.

—Mañana es mi cumpleaños, por si lo han olvidado ustedes —dijo Violeta, dejándose caer en un cojín a los pies del caballero—. Apuesto a que lo han olvidado.

Míster Brown sacó un paquete de su bolsillo, con una, mirada humorística dirigida a *mistress* Davis. Violeta lanzó un grito, se puso de rodillas e intentó nerviosamente quitarle el envoltorio. Por fin lo consiguió. Era un estuche. Dentro de él había una pulsera muy extraña. Era dorada y no parecía nueva en absoluto. Tenía relieves grabados, que representaban mujeres, hombres y animales, muy esquemáticos.

Violeta levantó la vista. Sus ojos encontraron los de míster Brown, éste le hizo una rápida seña. La señora Davis se inclinó sobre la pulsera. Parecía un poco decepcionada.

—Debe ser antigua, ¿no es así? —preguntó, dudando. Era evidente que ella hubiese preferido otra cosa.

—La encontré en una tienda, sí —respondió vagamente míster Brown—. Si no te gusta, Violeta... Como parecía antigua, la compré y... no me costó mucho...

«Embustero, grandísimo embustero», estaba pensando la muchacha. Pero no lo dijo. Le dio un beso en la frente y le sacudió por los hombros.

—Es maravillosa, míster Brown. No ha podido escoger regalo mejor.

—Me alegro de que te guste —dijo prácticamente la señora Davis. Era evidente que no esperaba que «aquello» gustase a ninguna joven—. Pero sube a tu cuarto y mira lo que tienes encima de la cama.

Cuando la muchacha subió la escalera, corriendo y tarareando una canción, míster Brown se volvió hacia la señora Davis.

—Parece una alondra —observo—. Una alondra primaveral y bella. Señora Davis, debe estar usted muy orgullosa de una muchacha tan bonita.

—Gracias a Dios —respondió la señora, mirándolo—, parece que ya todo aquello terminó. Sí, gracias a Dios. Pido a Él que le dé un marido trabajador y honrado y que me llene de nietos. Allá, en mi tierra, en la Auvernia, míster Brown, las familias son numerosas.

Nada tan agradable para el padre, cuando vuelve del trabajo, que encontrarse ocho o nueve chicos esperándolo.

—Son —dijo míster Brown, pensativo— muchos chicos.

—Usted era hijo único, ¿verdad, míster Brown?

—No —fué la respuesta—, era el décimo de una familia de quince.

—¿Qué?... —La señora Davis se interrumpió de pronto—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Había sonado un grito en el piso de arriba. Un grito de mujer.

—¡Ah, bueno! Violeta ha viste ya el gabán de piel que le regalo —dijo la señora Davis. Pero ante su asombro, míster Brown se había levantado con una celeridad impropia de sus años y corría hacia la escalera. Asombrada, dejó la labor en el sillón y lo siguió.

Violeta, con los ojos muy abiertos, semi caída en la cama, sobre la que se veía un gabán de piel de gran precio, miraba hacia la ventana. En el cristal de ésta había un orificio redondo. En la pared frontera a la ventana, una delicada consola de palo de rosa había recibido un brutal impacto en uno de sus cajones, que aparecía astillado.

Míster Brown no perdió un segundo. Se precipitó hacia la ventana y cerró las maderas. Luego se volvió a la joven.

—¿Estás bien? —preguntó. Ella asintió con la cabeza y luego se pasó la lengua por los labios resecos.

—Yo... —dijo por fin— sólo oí el ruido del cristal, cuando estaba inclinada sobre el gabán, mamá. Y el de la consola al romperse.

—No te preocupes, Violeta —dijo míster Brown—. Señora Davis, llévela abajo y dele una buena taza de café con un poco de *brandy*. Repito que no hay peligro.

La señora Davis cogió a Violeta por los hombros y se la llevó. Aquella mujer tenía la resistencia, la capacidad de obediencia y el sentido de la oportunidad del campesino nato. No dijo nada... entonces.

Míster Brown abrió las maderas con precaución y miró a la calle. Empezaba a nevar y la visibilidad era casi nula. Después se dirigió al piso bajo.

El hombrecillo aquel, míster Ushant, subió la escalera. Míster

Brown lo esperaba a la puerta de sus habitaciones. Inconscientemente, la señora Davis pensó en la gran diferencia social que debía haber entre ambos, pero que la común afición a los sellos de correos, a aquellas coloreadas estampitas, borraba. Luego volvió a su mente el problema de quién había podido disparar contra su hija. Míster Brown le había dicho, muy cuerdamente a su parecer, que no dijera nada a la Policía, ya que si ésta, se enteraba de que Violeta en cierta ocasión..., aquel desdichado asunto de la morfina y del novio «canaille»... Que más valía esperar, pero que tuviera la completa seguridad de que nada le pasaría a la muchacha, Y la señora Davis confiaba en el buen juicio de míster Brown.

Míster Ushant estuvo apenas media hora en el cuarto de míster, Brown. Luego salió, después de despedirse de la señora Davis con una reverencia a la antigua, Míster Brown contempló con afecto la maciza y bien formada figura de su huésped.

—Creo que he hecho un buen negocio, señora Davis. Un buen negocio. He comprado un sello muy raro de Rusia muy barato. Quisiera... si usted me lo permitiese, invitarla a almorzar...

—¿Sí? —preguntó ella, atusándose femenina e inconscientemente el pelo rubio—. Es usted muy amable, míster Brown. Violeta almuerza en la Universidad y Blancanieves puede encargarse de los demás. Me agradaría mucho, míster Brown.

Y así, una hora después salieron a almorzar. Después se metieron en un cinematógrafo, donde lo pasaron muy agradablemente con las peripecias de la mula parlante.

Blancanieves dijo a míster Brown, cuando regresaron, que su amigo había vuelto apenas se marcharon ellos. Y que pareció un tanto contrariado cuando ella (Blancanieves) le dijo que él (míster Brown) había salido. Pidió permiso para subir a su habitación (la de míster Brown, naturalmente) y dejarle un recado. Ella lo había acompañado.

—Si alguna vea ocurre eso de nuevo —dijo plácidamente míster Brown— no tenga inconveniente en dejar subir a míster Ushant y aun en dejarlo solo. Merece ese caballero toda mi confianza.

—Sí, señor; —dijo Blancanieves mirando a su ama. Ésta asintió. Lo que míster Brown hiciese, bien hecho estaría para ella.

Cuando a la mañana siguiente, el día doce de diciembre, Violeta

salió de su casa con destino a la Universidad, un coche negro, a cuyo volante se sentaba el joven Radinski, la esperaba en la puerta. Ella subió.

—Es usted muy amable —dijo apenas se acomodó.

—En este momento, y pese a lo agradable que me pueda resultar acompañarla, estoy cumpliendo órdenes —fue la respuesta—. De ahora en adelante, durante algún tiempo, irá usía a la Universidad y volverá en este coche y conmigo.

—¿Quién le ha dado esas órdenes? —preguntó ella, furiosa.

—Los que me pagan —respondió Radinski sin sonreír—. Lo siento. Quiero decir que siento sea así, pero no quiero engañarla.

—¿Es el hombre del gabán gris? —volvió a preguntar ella.

—Lo siento. No puedo decirle nada más.

Un demoniejo asomó la puntiaguda oreja allá en el interior de Violeta Davis.

—Supongamos —dijo desafiante— que yo me negase a ser acompañada.

Los finos labios del chofer se curvaron en una rápida sonrisa.

—No se lo aconsejo. No podría jamás librarse de mí. Inténtelo si es tan loca como para ello y se convencerá. Mis órdenes son las de no separarme de usted mientras esté fuera de su casa o en la Universidad y rodeada de gente.

De pronto el chofer paró al coche y se volvió hacia ella. Estaba ahora serio.

—Escuche, jovencita. Ya le dije que me pagan, y muy bien por cierto, por cumplir órdenes como ésta. Pero también puedo pensar por mi cuenta. Sé que ha estado usted a punto de sufrir un accidente, si es que podemos llamarlo así. Y sé que hay alguien que no quiere que eso se repita. ¿Comprende? No haga difícil mi trabajo. Necesito ese dinero que me dan y quiero ganármelo, pero si usted se empeña, probablemente me pondría en apuros. Soy un estudiante pobre, no lo olvide.

Violeta quedó callada un momento. Se sentía ligeramente emocionada. Por fin dijo:

—¿Cree usted que corro peligro?

Él volvió a sonreír.

—No, no lo creo, pero no se aleje de mí.

—Supongamos que es usted quién se aleja de mí —respondió

ella instantáneamente.

—¿Qué?... ¡Ah, bueno, la rubia! No se preocupe. Ya le dije que me gusta un trabajo en que gano tan fácilmente el dinero como éste.

Y Violeta calló. El «no» había dicho que «no» le gustaba True. Había dicho que le gustaba su trabajo. Resentida, se mantuvo en silencio hasta que llegaron a la Universidad Jordán.

Un hombre que contemplaba el periódico mural colocado en la antesala de la secretaría se volvió al entrar ella. Era un hombre joven, de rostro agradable. Al verla hizo un ligero movimiento de sorpresa, pero en seguida se repuso. En el mismo momento, un secretario de la Universidad se acercó a él. Se estrecharon las manos, pero los ojos del hombre no se apartaban de Violeta. Ésta lo notó y contrajo la nariz. No le gustaba que la observasen de aquella manera.

Ostentosamente, sin saber por qué lo hacía exactamente, se colocó junto al periódico, en el cual había un dibujo suyo. Junto a un artículo de True sobre la «formación literaria en las Universidades americanas». Los ojos del hombre, al cual hablaba con animación el secretario, se fijaron en su muñeca y en la pulsera durante casi diez segundos. Luego ambos, él y el funcionario, pasaron a secretaría.

Radinski parecía haber desaparecido. Al menos no estaba a la vista, pero no tardó en encontrarlo. Hablaba con True, en un recodo de uno de los pasillos. Indignada, Violeta se alejó camino del aula de enseñanzas plásticas.

Pero cuando acabó aquella clase, Radinski la esperaba a la puerta. La próxima asignatura era biología y se daba en uno de los pabellones más alejados del cuerpo principal de la Universidad, ya que los demás profesores se quejaban del mal olor de los animales experimentales.

—No lo necesito para nada —dijo ella, malhumorada—. Puedo ir sola. Y por cierto, que ya me va cansando esto. No tendría ningún inconveniente en quejarme al rector. Veríamos si entonces podía seguir usted estudiando aquí. Hay una ley que defiende a las chicas de los pelmas, sépalo.

—Le pedí por favor —dijo él con toda seriedad— que no entorpeciese mi trabajo, pero veo que está dispuesta a poner

dificultades. Está bien. Mire allá. Y que conste que si los que me pagan supieran que le he dicho esto, lo más probable es que me costase el empleo. Pero prefiero que lo vea.

Había un coche negro, un sedán «Chevrolet», parado en el cruce de una de las avenidas que pertenecían a la Universidad y la carretera del Estado. Llevaba cortinillas en las ventanas. Pero lo más inquietante para Violeta era que conocía aquel cocho, con matrícula de Chicago. Lo había visto varias veces y siempre iba conducido por Russ Nolan o por Lassiter. De haber ido sola, seguramente no se hubiese fijado, pero al hacérselo notar Radinski, lo recordó.

—¿Comprende? —preguntó Radinski cogiéndola del brazo—. Mientras yo esté con usted, nada le ocurrirá, Mire allá.

Un hombre, vestido absurdamente, ya que sólo llevaba «overall» y no gabán, llegaba paseando. Era un tipo de mecánico, fuerte, de cara encarnada y llevaba en la mano el maletín de las herramientas. Por el otro lado, y procedente de la estación de servicio para automóviles, un limpiabotas negro silbaba distraídamente. Dos individuos con aspecto de negociantes de poca altura, uno de ellos judío, discutían animadamente, enfundados en sus gabanes de piel de camello.

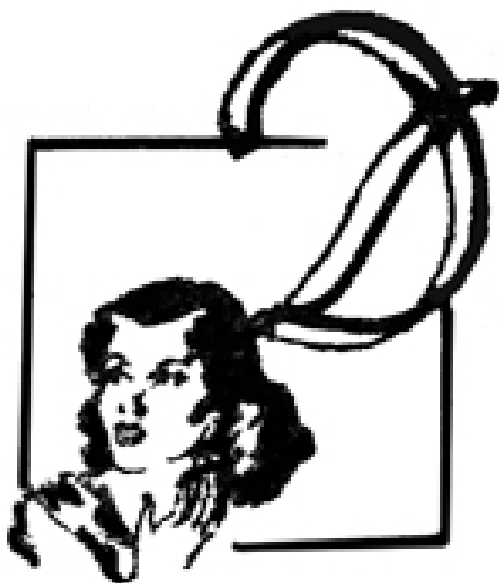
—¿Qué ocurre? —preguntó Violeta, intrigada y atemorizada al mismo tiempo.

Radinski la miró con cierta compasión.

—Nada —dijo—. Que me alegro de haber estado con usted en este momento.

El «Chevrolet» negro había arrancado suavemente, y se marchaba. El hombre del «overall» se alejó, el limpiabotas de color volvió a entrar en la estación de servicio y los dos negociantes, cogidos del brazo, emprendieron de nuevo su camino. Un momento después, excepto los estudiantes que se encaminaban hacia el pabellón de biología, la ruta del Estado que semi envuelve a la Universidad Jordán, quedaba vacía.

IV



ENTRO del «Chevrolet» negro había cuatro hombres. Uno de ellos llevaba camisa negra y corbata amarilla, profusamente floreada. «Dédalo» Lassiter, como le gustaba que le llamasen, estaba furioso, casi al rojo blanco. El hombre que se sentaba a su lado, Uno de sus secuaces, intentaba calmarlo.

—Has vivido mucho tiempo en Chicago —le decía—. «Aquí» no puedes hacer eso. En un sitio en el cual se arman «relajos» cada dos minutos, no tendría importancia; pero aquí, sí. Esto está siempre muy tranquilo.

—Hubiera querido cogerla —dijo Lassiter, con los labios apretados—. Cogerla viva. Se iba a acordar de mí para toda su vida.

—En cuanto hubiéramos salido del coche, nos habrían caído encima —dijo el chofer, con fuerte acento portugués—. Conozco a uno de éstos.

—¿Qué? —Lassiter, asombrado, miraba la nuca del conductor.

Éste, un mulato de portugués, se volvió ligeramente hacia él.

—Sí, «Dédalo». El tipo del «overall» estuvo conmigo en Joliet [2]. Ya me acordaré de cómo se llamaba. Sólo sé que estaba bien respaldado, y que logró salir de la «heladera» antes de que hubiera cubierto su condena.

—Pero... —Lassiter estaba muy intrigado—, pero... ¿quién lo respaldaba?

—No lo sé, jefe; pero podría escribir a unos chicos amigos en Chicago, y ellos podrían decírmelo.

—Sí, hazlo. Dios, si lográsemos saber quiénes son...

El hombre que estaba a su lado hizo un gesto.

—Cuando pienso en Russ, «Dédalo», me entran ganas de liarme a tiros o de salir corriendo, no lo sé bien.

—Escucha —dijo Lassiter, en voz baja—. Esta noche...

El auto continuó su marcha todo lo rápidamente que el resbaladizo suelo lo permitía. En la mente de todos sus ocupantes estaba la imagen del hombre que en aquellos momentos yacía en una cama en la clínica particular del doctor Burton. Lassiter recordaba aquella noche, cuando alguien, desde un coche, dejó caer el cuerpo de Russ Nolan a la puerta del café

Willy's.

Un Russ Nolan prácticamente desconocido. Tenía rotas las articulaciones de los codos, las rodillas y las muñecas; le habían saltado todos los dientes y roto el cartílago de la nariz. Si se salvaba, jamás podría andar ya, ni aun con muletas, ya que no podría sostener éstas con sus brazos quebrados. Estaba condenado a la silla de ruedas para toda su vida. Lassiter volvió a estremecerse. Por regla general, los hombres del tipo de Lassiter se sienten estafados cuando se encuentran con una resistencia activa por parte de aquéllos a los que suponen sus víctimas propiciatorias. Nada más desalentador para un delincuente que el que lo traten con brutalidad aquéllos a los que supone amedrentados. Inconscientemente, piensa que sus víctimas deben mantenerse siempre dentro de los límites de la Ley, como es su obligación.

Russ Nolan sólo había podido farfullar que no conocía a sus agresores, pero que habían dejado suelta, y con toda clase de respetos, a la muchacha, a Violeta Davis. Lassiter, ahora, se ahogaba

en deseos de hablar con Violeta, pero no parecía fácil conseguirlo. Al fin y al cabo, Russ «había sido» el mejor lugarteniente que jamás tuvo.

True contempló ensimismada el torneado brazo de Violeta. En él había una pulsera que atrajo su atención. Se inclinó hacia su compañera, y le preguntó de dónde había sacado aquel objeto.

—Es un regalo —respondió Violeta, pensando en lo bella que era aquella gata, de ojos semidormidos—. Escucha, Trae: me gustaría hablar contigo en serio.

—Hablar contigo en serio no es nada divertido; pero lo haría si... —respondió la rubia.

El profesor de Preceptiva Literaria, un muchacho joven, que enrojecía furiosamente cada vez que True lo miraba con su aire ausente, dejó de hablar y dirigió hacia ellas sus pupilas, cargadas de reproche. Un «chishshst!» apagado llegó del fondo del aula. True sonrió con ternura al profesor, lo que provocó un nuevo flujo de sangre en el rostro de aquél, y pareció sumergirse en el libro con el que seguía las lecciones.

—Entonces, luego, a la salida —murmuró Violeta.

A la salida, el inevitable Radinski, que con la ropa que llevaba invariablemente parecía un comisario soviético, esperaba junto al coche. Había oscurecido ya y ligeros copos de nieve se posaban silenciosamente en el suelo. El frío era muy intenso, y Radinski paseaba de un lado a otro, dando ligeras patadas. Los estudiantes fueron desapareciendo en sus coches o en los de sus amigos, y la universidad quedó silenciosa hasta el día siguiente.

Subieron los tres al coche de Radinski. Éste no había pronunciado palabra, y Violeta se dijo que debía estar enfadado por haber tenido que esperar bajo la nieve, «pero ella —razonó— no tenía la culpa». Nadie le había pedido «a él» que la vigilase como si fuese un sabueso. Bueno, sí; alguien se lo había dicho, e incluso le pagaban por ello, y el dinero le hacía falta; pero ella «no lo había pedido», y no tenía él motivos para enfadarse con ella... Sus pensamientos se vieron cortados de pronto, al ver que Radinski había empezado a hablar, pero no con ella. Estaba hablando con True. Violeta decidió instantáneamente que, lo hubiese pedido ella o no, el caso es que Radinski se hallaba allí «por ella».

—True —dijo, con cierta dulzura—. ¿Bajamos en lo de Sammy?

Cuando ambas tenían catorce o quince años, se reunían siempre en la droguería de Sammy, el viejo y bondadoso hebreo. True la miró con rapidez y asintió con la cabeza. Radinski se volvió a Violeta.

—¿Qué es ello? —preguntó secamente.

—Una droguería —explicó la muchacha, con inocencia—. Queremos tomar un batido. Pero no necesita usted venir con nosotras, de veras. No crea que hacemos esto para que nos invite.

El coche se detuvo tan bruscamente, que las dos jóvenes se vieron proyectadas hacia adelante. Radinski había frenado casi en seco.

Hubo un momento de silencio. Luego, el hombre dijo con voz contenida:

—Bájense, si quieren. Creo que eso que hay ahí es lo de Sammy.

—Ha estado usted a punto de romperme el cuello —dijo True, arreglándose el gabán—. ¿Es siempre tan impulsivo, míster Radinski?

—Bájense.

Violeta no se atrevió a pronunciar una palabra, Bajó por su lado, y True lo hizo por el opuesto. Él no las miró siquiera, hasta que traspasaron la puerta giratoria de la droguería.

True se despojó del gabán de piel apenas entraron. Hacía calor y había pocos parroquianos. El mismo Sammy les atendió.

—Creo, querida Violeta, que eres demasiado transparente —dijo True, por fin, encargando un batido.

Hizo un gesto de repugnancia y no tocó la bebida, Violeta se encogió de hombros.

—No vamos a hablar de «él» —dijo secamente—. Vamos a hablar de nosotras. True, nunca fuimos muy amigas...

—¿Me lo tienes que recordar? —preguntó la rubia, encendiendo un cigarrillo. Violeta se preguntó si el delgado cilindro contendría la espantosa hierba, pero no dijo nada—. En efecto, nunca hemos sido muy amigas.

—Tú y yo... éramos las más solicitadas por los chicos, y eso hacía que hubiera rivalidad entre ambas —prosiguió Violeta, tratando de que la otra la mirara.

Pero True no parecía dispuesta a hacerlo en modo alguno.

—Yo era la más solicitada, y tú me seguías en méritos —aclaró

True, mordazmente—. Si vas a recordar «las hojas muertas», recuérdalas «todas». Ahora no está delante el joven Radinski, y puedes hablar con franqueza.

—No voy a discutir eso. Quiero decir que nunca fuimos muy amigas, pero tampoco enemigas. Rivales..., bueno. Pero ahora no se trata de que quisiéramos más o menos, True, sino de que tú, francamente, te has puesto al otro lado de la Ley. Estás haciendo una cosa penada por la Ley y que ha conducido a la cárcel a Albert, a la pobrecita Mary y a Andrew. Y que puede conducirte a ti, en cualquier momento al mismo sitio. Eso si alguno de esos miserables no decide dispararte un tiro en la nuca cualquier noche.

True la miró, por fin. Ya no parecían dormidos sus azules ojos. Había en ellos una chispa fría y desagradable.

Violeta miró de nuevo al cigarrillo. «Quizá» tuviera marihuana, al fin y al cabo.

—Todo eso de la Ley es muy bonito, Vi; pero no va conmigo. «Yo» no hago nada. Ni he hecho nada. No, no mires a mi cigarrillo. No contiene más que tabaco, buen tabaco americano, curado con higos secos y una ligerísima cantidad de opio. Se consumen cerca de cuatrocientos millones de ellos en los Estados Unidos todos los días —se echó a reír con un tono ligeramente chirriante—. La pobrecita Mary era una curiosa. Se moría de curiosidad por todo: por lo que pensaban los hombres, por lo que pensábamos nosotras y por lo que hacíamos en nuestros ratos libres. La «pobrecita» Mary no fué más que una víctima de la curiosidad, como nuestra primera antepasada Eva. Además, ya hemos discutido eso bastante.

—¿Sabías que habían intentado asesinarme? —preguntó, de pronto, Violeta.

True había apartado de nuevo la mirada, y no contestó.

—Sí, lo han intentado —repitió Violeta—. Han disparado contra mí. Claro que —aquí hizo una pequeña pausa—, por lo que puedes ver, no lo han conseguido. Ni creo que lo consigan.

—No tienes por qué hablarme de esas cosas —respondió True, encendiendo un nuevo cigarrillo—. No sé nada de eso.

—Sí, lo sabes, True. Sabes que han intentado asesinarme, y sabes que ha sido Lassiter, o alguno de sus hombres. Puedes hacer llegar a ellos esto: no lo conseguirán, es más: lo que le ocurrió a Russ...

True se volvió hacia ella con un movimiento repentino.

—¿Qué, me estás amenazando?

—No, True. No diré nunca nada en la Universidad acerca de que fuisteis tú y Jocelyn las que metieron a Mary en aquel lío y a Andrew. No, no lo diré. Pero pudiera ocurrir que alguna noche, tú...

—Mira, muñeca —dijo True—. Esas palabras podrían costarte caras —había abierto mucho las azules pupilas, en las que no se había apagado aquel frío resplandor—. Más vale que te olvides de todas esas tonterías.

—Empiezas a tener miedo, ¿verdad? —preguntó Violeta, con satisfecha crueldad—. Empiezas a tener miedo. ¿Por qué no te vas de la ciudad? Podrías marcharte a cualquier lado. Tienes dinero tuyo. ¿Por qué has de continuar con esa partida de asesinos? ¿Es que acaso te pide el cuerpo abyección, y más abyección? ¿Es por necesidad por lo que tomas las hierbas, o lo haces porque te figuras que así te encanallas voluntariamente, como Poe? ¿Es...?

True le dio una bofetada. Luego se apeó de banqueta y se dirigió a la puerta. Violeta le sonrió.

—Adiós, True —gritó—. Lleva cuidado.

—¿Pasa algo, muchachas? —preguntó Sammy, acercándose.

Violeta pagó las consumiciones y movió negativamente la cabeza. Luego salió. En el coche estaba solamente Radinski, el cual puso en marcha el vehículo en cuanto la vio. Sin decirse una sola palabra, marcharon hasta llegar a casa de la señora Davis.

¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

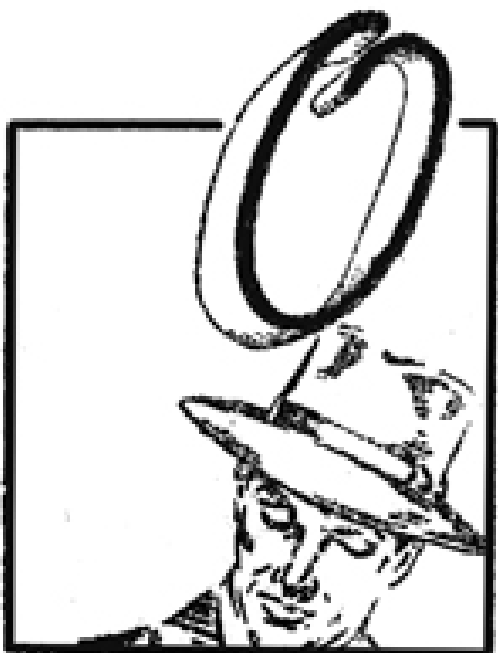
triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. L.

V



SCAR Beroe estaba en el despacho del inspector Anderson, de la Sección de Narcóticos de la F. B. I.

En aquel momento trataba de dibujar algo en un papel.

—Bueno, bueno, Beroe —dijo Anderson, bondadosamente—. Déjelo. Al fin y al cabo, no es más que un objeto de...

—Es algo más que un objeto, señor respondió Beroe. —Es un error de alguien, o no me llamo Oscar Aristarco Beroe.

—¿Aristarco? —preguntó Anderson, estremeciéndose—. Bien, bien; creo que no será muy difícil...

—Lo ignoro, hasta que no consultemos con Washington —respondió Beroe, sonriendo. La mención de su segundo nombre

siempre llevaba aparejadas agradables sorpresas—. Pero puede usted estar completamente seguro de que lo haré.

—La Policía se resiente por nuestra intromisión —dijo Anderson, encendiendo un cigarrillo—. Dice que lo ocurrido con ese Russ Nolan es cuestión exclusiva de ellos. ¿Quiere que le diga una cosa, Beroe? Que la Policía de esta ciudad es muy especial.

—Eso ya lo sabía yo, señor. No acaban de convencerse. Ni se convencerán, hasta que Washington diga la última palabra: de que Russ Nolan era un eslabón en la cadena de distribución de drogas. El hecho de que no haya dicho quién lo puso en ese estado es convincente.

—Probablemente, según piensa usted, algún rival, ¿no?

—Quizá, señor —dijo Beroe, ensimismado— fíjese, señor. ¿Le dice algo este diseño? Tengo cierta memoria para el dibujo, y estoy seguro de que era una cosa así.

Anderson se inclinó sobre el papel y examinó el dibujo.

—No sé —confesó—. Parece algo muy primitivo, ¿no es así?

—Cuando yo estaba en la Universidad, señor, asistí a un curso de la antigua historia de América, Las civilizaciones incaica, azteca y maya, ya sabe. Me gradué antes de poder seguir más cursos; pero aquello fué suficiente como para que le diga que este dibujo representa alguna divinidad antigua de la América Central. Diría que maya.

—Bueno; pero eso puede no querer decir nada —respondió Anderson, ligeramente distraído—. Cualquiera puede copiar de un museo alguna de esas cosas y hacer con ellas un adorno.

—Sí, evidentemente —respondió su subordinado, alisando el papel—. Pero o mucho me equivoco o aquélla... Además, el hecho de estar colocada en el brazo de esa muchacha...

—¿Es guapa la chica? —preguntó, de pronto, Anderson.

Beroe se echó a reír.

—Sí, señor. Pelo castaño, piel muy blanca y buena figura, La madre es francesa, y muy guapa. Pero, señor, yo estoy curado. Me dolió ver una muchacha tan joven y bonita «dopada» de aquella manera. Pero no ha vuelto a ocurrir y me alegro de ello. Tengo un hombre vigilando discretamente, pero la chica no sale con nadie más que con un joven estudiante que parece serio. Esto... Señor, ¿me deja telegrafiar a Washington para hacer una pequeña

investigación? No es oficial... todavía, pero puede llegar a serlo.

—Hágalo —respondió Anderson—. Y me voy a casa. Mi mujer quería ir al cine esta noche. No se quede hasta muy tarde. Al fin y al cabo, quienes dieron su merecido a ese Nolan son acreedores a una medalla cívica. La Policía... ¡Ah! La Policía no ha sido capaz de encontrar todavía las obligadas conexiones entre Russ y sus amigos. Conexiones criminales, ya me entiende.

—¿Se ha fijado en que la esposa del capitán-jefe Parker lleva un gabán de piel de visón o de algún otro animalito de éstos? —preguntó, de pronto, Beroe.

Anderson lo miró. Sus ojos no parecían tan amistosos.

—Lleve cuidado, Beroe, porque me parece que pisa usted terreno resbaladizo. Ella dice que es de piel corriente, de esos que valen quinientos dólares. Un marido complaciente puede comprar a plazos un abrigo de quinientos dólares.

—Me olvidé decirle, señor, que cuando estaba en la Universidad seguí un curso de Historia Natural —repuso Beroe, mirando hacia otro lado.

Anderson resopló:

—No se meta en líos, Beroe. Si ese abrigo es de visón, será indicio de que la señora Parker tiene medios propios para comprárselo, aparte del sueldo del marido.

—Lo que es demasiado delicado para ser dicho, puede ser silbado —respondió Beroe, alegremente.

Y se puso a silbar «O my *darling* Clementine». Anderson lo miró durante un momento, y luego salió. Beroe se puso a escribir un telegrama, que sería cursado a Washington aquella misma noche.

Dos hombres altos y robustos se pararon en la esquina y encendieron los cigarrillos, con cierta dificultad a causa del fuerte viento. Vieron cómo un coche negro, un «Chevrolet» moderno, llegaba a la puerta y como se apeaban de él tres hombres. Entonces echaron a andar. Los tres hombres habían desaparecido en el café Willy's.

De entre las sombras, un hombrecillo, vestido con un raído gabán gris, surgió de pronto y se dirigió también hacia el automóvil. Los tres: él y los dos hombretones, coincidieron exactamente en la ventanilla del «baquet». Dentro de éste había un hombre de color,

que levantó la vista cuando la luz que procedía de la entrada del Willy's

dejó de llegar hasta él, obstruida por los recién llegados.

—Sal de ahí —dijo uno de los hombres altos—. Sal de ahí y no digas una palabra. Sigue por la acera, a la izquierda, y dobla la esquina sin volver la cabeza.

El mulato no dijo una palabra, pero tragó saliva repetidas veces, mientras obedecía. Anduvo hasta la esquina y la dobló. Durante todo ese tiempo el cañón de una pistola le oprimía los riñones.

Había otro coche parado en la calle transversal. Un empujón y el mulato se encontró dentro de él. El coche, a cuyo volante iba un hombre joven, con gorra blanda, de visera, emprendió una silenciosa y rápida marcha.

La luz dio de lleno en la cara del mulato cuando éste y sus captores se encontraron en aquella fría y desnuda habitación.

—Estás gris de miedo —le dijo el hombrecillo—. Y si no fuese porque tienes las manos en las rodillas, todos podríamos ver cómo, te tiemblan. Sí, estás aterrorizado, negro. Todas las ratas se aterrorizan cuando se encuentran con alguien más fuerte que ellas. No vacilan en morder a un conejo, pero tiemblan ante el «terrier». No, no hables. No hables sino cuando yo te pregunte, ya que es inútil todo lo que intentes decir. No puedes justificar las cosas que has hecho. Ahora bien: de lo que me digas cuando yo te pregunte depende el que salgas de esta habitación andando sobre tus piernas o llevado por mis hombres. ¿A quién escribiste a Chicago?

El mulato tragó saliva de nuevo. No quería verse convertido en un medio hombre, como Russ Nolan, y sabía que los hombres que atacaron al lugarteniente del jefe eran aquellos mismos a los que se enfrentaba ahora. Era peligroso delatar a su propia banda; pero en este momento estaba en una trampa. Más peligroso era desobedecer a aquel hombrecillo que hablaba con acento apacible.

—... un amigo —dijo.

—Escribiste a un tal «Chico» Guimaes, un negro, como tú. Y ¿qué le preguntabas?

El mulato ya estaba decidido a soltar la lengua. Por lo visto, su carta no había llegado al destinatario que él quería, sino a otro muy distinto.

—Que si conocía a un hombre que...

—Que si conocía a un hombre alto, robusto, de cara encarnada, que cumplía sentencia en Joliet al mismo tiempo que tú. Tú creías que su nombre era... Vamos, dilo.

—Slough —dijo.

—Exacto —dijo el hombrecillo.

A una seña suya, el hombre del «overall» apareció en la puerta. Avanzó unos pasos y se colocó al lado del preso.

—Hola, negro —dijo—. Conque investigando mis cosas, ¿eh? —hablaba con voz recia, y puso uno de sus enormes puños ante la cara del mulato—. Bueno, pues aquí me tienes. Y aquí tienes también al jefe para que le digas todo lo que él quiera saber.

—¿Quién es tu jefe? —preguntó el hombrecillo.

—Lassiter —respondió el mulato.

—¿Quién introduce las drogas en la Universidad?

—Lo hacía Nolan. Luego lo hace el mismo Lassiter. Tiene varias personas trabajando en ello. Creo que hay una chica también.

—Escribe sus nombres en este papel.

El negro dudó. Si aquel papel llegaba a caer en manos de Lassiter... Pero la mirada de los hombres que lo rodeaban lo decidió. Había que salvar el momento presente. Ya procuraría salvar el futuro. Y escribió. El hombrecillo pasó la mirada por la lista y se la guardó en el bolsillo. Luego preguntó:

—¿Es Lassiter el jefe de todos?

El mulato vaciló. Sólo un momento, porque Slough, el hombre del «overall», levantó el puño.

—No —dijo, por fin, y con muy evidente desgana—. Pero no sé quién es —añadió, precipitadamente—. Juro por mi madre, que en paz descanse, que no lo sé. Eso sólo lo saben Lassiter y puede que algún otro. Nolan, creo.

El hombrecillo tomó una rápida nota. Luego clavó sus ojos glaucos en los del mulato.

—Si no te marchas de la ciudad pronto, puede que tus antiguos amigos encuentren un serio motivo de resentimiento hacia ti. Yo que tú, lo haría esta misma noche.

—Sí, señor —dijo el mulato, aterrorizado.

—Pero, naturalmente, no te irás sin que el amigo Slough te deje un pequeño recuerdo por haber querido intervenir en sus asuntos. Tuyo es, Slough.

Y salió de la habitación en el momento en que Slough comenzaba a golpear con fuerza la cara del mulato.

—Sí, sí, señor. Uno de los muchachos lo ha señalado para toda la vida. No, no será necesario. Estaba tan muerto de miedo que no parará hasta que llegue a la costa. Sí, Según él, dos: Russ y Lassiter. ¿Sí? Bien; usted manda, señor. A propósito, señor: el muchacho que usted ya sabe, tiene orden de vigilar mañana especialmente. Puede armarse una ensalada a causa de la desaparición del mulato. No se preocupe, señor; ya sabe que puede confiar en mí. De acuerdo, señor, hasta la vista. Cuelgo.

La clínica particular del doctor Burton estaba situada en las afueras de la ciudad, pero dentro todavía de uno de los barrios residenciales. Burton se había especializado, según la frase despectiva de sus colegas, en casos en que el silencio era más efectivo que el bisturí o los complejos vitamínicos. Y no se referían dichos colegas al silencio «físico» en sí, solamente.

Pero la Policía no tenía nada que alegar (al menos no lo había tenido hasta entonces) a que una partida de indeseables, que querían desaparecer de la circulación durante algún tiempo, escogiesen la clínica y se aislaran en ella de todo el mundo con el protector escudo que les brindaba el doctor Burton: «Fuerte desequilibrio nervioso, producto de un exceso de trabajo. Reposo absoluto y soledad no menos absoluta». Huelga decir que la clínica contaba con cierto número de enfermeros que, a juzgar por sus rostros, habían cursado sus estudios solamente en los «rings» de Chicago. Eran las benévolas fuerzas protectoras para, la tranquilidad de los enfermos que descansaban en la clínica.

El coche azul marino, brillante, se detuvo a la puerta de la clínica. Un hombre se apeó de él y dirigió varias miradas a su alrededor, escrutadoramente. Pero a aquella hora, las doce y media, no había nadie en la calle. Algunas luces, muy pocas, iluminaban aún las ventanas de las casas de alrededor. Todos los buenos ciudadanos se habían metido en sus casas y cerrado las puertas. Todo era paz y silencio.

El hombre hizo una seña, y otros dos, seguidos de un tercero, descendieron, portando un bulto. El que saliera primero, ascendió las dos gradas que conducían a la puerta, y llamó al timbre,

mientras los otros transportaban el largo paquete bajo la sombra protectora de la marquesina del edificio.

Una mirilla redonda se iluminó en la puerta, y una voz que salía de algún invisible y pequeño altavoz preguntó qué deseaban.

—Nuestro compañero ha tenido un accidente —dijo el hombre que llamara. Era pequeño y llevaba un raído gabán gris—. Necesitamos dejarlo aquí.

—¿Quién los envía? —preguntó el del interior.

—Él —fué la respuesta.

La puerta se abrió, y los hombres entraron en un vestíbulo lujoso, completamente blanco. Tres enfermeros, con cara de perros dogo, se encontraban en él.

—Pásenlo aquí —empezó uno de ellos, y no terminó.

El supuesto accidentado había sacado una pistola, mientras sus compañeros lo dejaban en pie, y con ella apuntaba semicircularmente a los enfermeros. Todos ellos llevaban los cuellos del gabán subidos y el ala del sombrero bajada, pero también iban enmascarados con pañuelos que les ocultaban la parte inferior de la cara.

—Si alguno se mueve, ya sabe lo que le pasará —dijo el hombre del gabán gris.

—Necesitamos saber dónde está Russ Nolan. Quiero decir, en qué habitación. Vosotros, venid aquí.

En menos de tres minutos los tres enfermeros estuvieron atados como salchichas y metidos en una habitación lateral. Dos de los asaltantes se colocaron sendas batas blancas encima del traje y se dirigieron por el pasillo hacia el interior del edificio.

No se encontraron a nadie. Seguramente todos dormían, confiados en la guardia del vestíbulo. Ante una puerta, sobre la cual había una placa graba con el número 36, se detuvieron.

—Ahora —dijo el hombre vestido de gris.

Russ Nolan, vendado como una momia, abrió los ojos al oír el ruido de la puerta. Una expresión de insufrible espanto se pintó en ellos al ver quiénes entraban. El hombrecillo vestido de gris se le acercó rápidamente.

—¿Hay alguien por encima de Lassiter en la organización? —le preguntó, en un susurro—. Si contestas, volveremos a marcharnos. De lo contrario, quedarás ciego para el resto de tu vida.

Un sonido farfullante salió de entre las vendas al instante. Inclinandose sobre él, el hombrecillo gris recogió algunas de sus palabras. Luego se irguió.

—Es un favor el que te hago —dijo, con gravedad. Le apoyó la pistola, provista de silenciador, a la sien, y disparó—. Vamos —ordenó después.

Al llegar al vestíbulo, siempre en el mismo silencio, uno de sus hombres con cara de pugilista, había traído una lata del automóvil. Le aplicó un pequeño objeto, que parecía un sello de caucho, en uno de los costados, derramó un poco de su contenido en el suelo y luego, con rapidez y disciplina, se desvanecieron en la nevada exterior.

Aquella noche los bomberos trabajaron desde la una hasta las siete, en que lograren reducir el incendio. La clínica del doctor Burton tendría que ser reedificada completamente, Lo más curioso es que la Policía se limitó a dar cuenta de que había habido cinco víctimas, pero sin especificar que todas tenían largos «dossieres» penales. Fué una noche muy agitada.

EDITORIAL ROLLAN
LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VI



El capitán-jefe Parker era un hombre corpulento, sanguíneo, que se encolerizaba fácilmente. Entró en el despacho del inspector Anderson, del F. B. I., rebotando de indignación.

—Esto no es Chicago —bramó—. Y no consentiré que ocurran estas cosas.

—Tenga la bondad de no olvidar que no soy sordo —dijo Anderson, con calma—. Ni mi ayudante tampoco. Ya sé que es muy desagradable, pero esa clínica, al fin y al cabo, no era más que una topera repleta de sinvergüenzas. Me extraña que no lo supiera usted.

Parker lo miró fijamente.

—Toma sus informes, ¿no? —preguntó, con frialdad—. Pues sepa, inspector, que yo esperaba a que estuviesen allí reunidos unos cuantos peces gordos más para dar una batida. Y ahora, por culpa de esos «gangsters» malditos, yo...

—No cabe duda de que ha sido una limpieza, lo miremos como lo miremos. Pero sí estoy conforme en que esos métodos no deben repetirse. Si usted nos hubiera ayudado más en el asunto de las drogas...

—Las drogas no tienen nada que ver con esto —declaró Baker, con soberbia—. Yo lo sé bien. Éstos no son sino restos de bandas que huyen de la quema de Chicago y se refugian, por aquí. Pero yo, maldito sea, acabaré con ellos. ¿Lo oyen? Acabaré con ellos.

Y salió, dando un portazo. Oscar Beroe miró a su jefe, y sonrió.

—El espíritu de la justicia —dijo—. Lástima que el gabán que lleva su mujer «sí» sea de visón.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Anderson, incomodado.

—Ella misma me lo dijo. ¿Usted cree que hay alguna mujer que pueda no salir al paso de calumnia tal como la de que su gabán parece de «excelente marta»? Ella picó como una trucha. Me dijo que era comprensible mi ignorancia en materia de pieles, pero que su gabán era un visón plateado. Pedí disculpas y fui graciosamente perdonado.

Anderson movió la cabeza, pensativo.

—Bueno, tendrá fortuna propia.

—No, señor. No la tiene. Ha sido un regalo de su marido —respondió Beroe, firmemente—. He hecho algunas averiguaciones, señor. Y, por cierto, lea usted esto que he recibido de Washington, hace diez minutos. Han sido rápidos, sí; muy rápidos.

Anderson cogió el telegrama oficial. Decía así:

«Un objeto muy parecido a ése por el que se interesa fué robado, junto con otras antigüedades, de la casa de Mark Zakhariah, en Chicago. Zakhariah, arqueólogo muy conocido, lo había traído de una expedición a América Central, al territorio maya, específicamente. El denunció el robo, pero luego se retrajo de su declaración. Lo había perdido, afirmó en las investigaciones, junto con otros, en una maleta. La Policía federal de Chicago estaba en la creencia de que

Zakhariah había sido amenazado si mantenía la acusación de robo. Zakhariah hizo aquella expedición en compañía de un financiero, del que se suponía que estaba mezclado con los contrabandistas de alcoholes en Chicago. El nombre de este financiero era el de Octavius Gerten, nacido en Alemania, en 1901, y nacionalizado americano en 1922. Se ruega comuniquen más detalles de dicho objeto si descubren algo nuevo. —Inspector Orestes Van Eeyes. Coordinador».

Anderson miró su reloj.

—Usted gana, Beroe. Siga la pista que quiera, y cuando sepa algo comuníquemelo. Veo que tiene usted buenas corazonadas.

—No son corazonadas, señor —respondió su subordinado, sonriendo—. Es sentido común. Claro que seguiré algunas pistas. A propósito, señor: no permita que el capitán-jefe Parker meta las narices en nuestros asuntos ni me ponga trabas.

—Lo procuraré.

La noche se anunciaba tranquila. Nevaba mansamente, sin remolinos eólicos ni rugidos tempestuosos, pero con un frío intenso. Eran las nueve. Tommy Davis, después de haber asistido al cinematógrafo, se entretenía con periódicos infantiles. *Mistress* Davis movía velozmente sus agujas de hacer calceta, y *míster* Brown hojeaba distraídamente un diario. Blancanieves acudió a una llamada en la puerta, y un hombre joven le preguntó si podía ser recibido por *mistress* Davis. Blancanieves lo pasó a la sala.

—Espero no molestar, señora —dijo el joven—. Pero creo que usted me recordará. Soy...

—Sí, ya me acuerdo —dijo *mistress* Davis, palideciendo de pronto—. ¿Le ha ocurrido algo a mi hija?

—Por favor, no, señora. ¿Por qué había de ocurrirle? Pasaba por aquí y pensé entrar para...

Míster Brown levantó la vista de su periódico.

—Si me permite, señora Davis —dijo—. Creo que el caballero es muy atento al acordarse de aquel desagradable incidente. Que no quedó más que en eso: en desagradable incidente. La labor de

detective ha de ser muy ingrata.

—Mucho, a veces —sonrió el hombre—. Vi el otro día a su hija en la Universidad, *mistress* Davis. Me alegré de comprobar que...

—Tommy, vete a la cama —ordenó *mistress* Davis. Y cuando el niño salió, miró al agente Beroe con sus sinceros ojos azules—. Nadie sabe nada de aquello, señor. Por eso evitamos en lo posible...

—Comprendo —dijo el detective—. Bien; en ese caso, me alegro de que todo vaya bien. A propósito, señora Davis. Me gustaría hablar con su hija de un objeto que... Verán —sonrió—. También los detectives tenemos vida particular. El caso es que tengo prometida, allá en el Este, de donde procedo. Y el otro día vi que *miss* Davis llevaba una pulsera que me pareció muy original. Mi prometida se parece por esas chucherías, y si *miss* Davis pudiera decirme dónde la compró... Procuraría adquirir otra igual.

Mistress Davis sonrió, comprensivamente. Nada le gustaba tanto como ver a la gente conocerse, entrar en relaciones y casarse. En su pueblo, allá en las montañas de la Auvernia, hubiera sido una gran casamentera.

—Pues verá usted... —empezó.

Pero de pronta, y ante su gran sorpresa, *míster* Brown se puso en pie, interrumpiéndola. Jamás había hecho cosa semejante, y aun cuando la actitud de su huésped fué perfectamente correcta, le extrañó.

—Ahora que recuerdo, *míster*...

—Beroe.

—Ahora que recuerdo, *míster* Beroe, hay algo que quisiera decirle. Se trata de aquel desagradable asunto. Si *mistress* Davis nos da permiso para subir a mi habitación...

—Desde luego —dijo la madre de Violeta.

Y ambos hombres emprendieron el ascenso de la escalera.

Míster Brown hizo pasar al agente federal a su cuarto: encendió la luz. Era una *suite* que constaba de dos habitaciones: el dormitorio y una sala de estar, donde *míster* Brown se dedicaba a su inofensiva manía, filatélica. La mesa estaba llena de catálogos franceses y americanos y grandes libros de hojas cambiables, perfectamente encuadernados, se apretaban ordenadamente en una estantería de caoba. En la mesa había también agua, gasolina para limpiar ejemplares, pinzas, algodón... Había de todo lo necesario para

pegar, limpiar, ordeñar y archivar las diminutas y coloreadas estampillas.

Míster Oscar Beroe contempló aquella ordenada confusión y tomó uno de los gruesos libros. Era el que contenía los sellos europeos.

—Hubo un tiempo en que yo también coleccioné sellos de correos —dijo, sonriendo y como disculpándose—. En mis tiempos de colegial. Ahora ya se me ha olvidado casi todo lo referente a ellos. Por cierto que..., ¿quería usted decirme algo, míster...?

—Brown —asintió el huésped—. Quería decirle que tengo la idea de que la noche en que *miss* Davis sufrió aquella..., digamos aquel accidente, había salido con una compañera de Universidad. Quizá le interese saberlo.

—Desde luego —dijo Beroe, intrigado. Aquélla era una información muy tonta—. ¿Puede decirme quién era?

—No; pero quizá si investigan ustedes...

—Llevamos mucho tiempo investigando en la Universidad, míster Brown. Sabemos que aquél es un mundo dentro de otro mundo. En la Universidad hay de todo, como en el mundo exterior. Muchachos viciosos, muchachos sanos de cuerpo y alma y seres débiles, que tan pronto se inclinan hacia el bien como hacia el mal. Sabemos que muchos chicos y chicas se han dejado seducir por un cigarrillo de «marihuana» y lo han fumado a escondidas, sin pasar de ahí. Sabemos que otros han continuado con su vicio y han ido a parar a los Tribunales tutelares de menores de edad. Quizá *miss* Davis le haya hablado de eso. Pero sólo podemos actuar cuando hay pruebas muy concretas, porque podríamos deshacer, con una acusación falsa o un juicio incierto, la vida de un pobre muchacho o de una jovencita. Aun cuando saliesen absueltos, habría un baldón sobre ellos, del que no podrían librarse jamás. No, míster Brown: Necesitamos pruebas exactas, fíjese bien, exactas, para meternos en la Universidad. No obstante, si alguna vez oye usted el nombre de ese compañero... Si *miss* Davis se lo quiere decir...

—Informaré a usted seguidamente —dijo míster Brown, que parecía complacido—. Lamento que lo que le he comunicado tenga tan poca importancia. Ahora, si usted quiere, podemos bajar a buscar a *mistress* Davis.

—Desde luego —el detective se paró ante la mesa—. A

propósito, no quiero olvidar preguntarle a *mistress* Davis si sabe dónde compró esa pulsera su hija. De veras, me gustaría ofrecerle una igual a mi prometida.

—Yo puedo informarle —respondió míster Brown, abriendo la puerta—. Fui yo quien le hizo ese pequeño regalo a *miss* Davis.

—¿De veras? ¿Y...?

—¿Dónde lo compré? Muy fácilmente puedo decírselo a usted. En una tienda de antigüedades que hay en la calle del Guerrero Español. Es una callecita que sale a Almonastir y Roxas.

Beroe asintió. Mientras míster Brown bajaba la escalera, se fijó en el pelo gris, muy corto; en la nuca y en los costados de la cabeza. Veinte años atrás, míster Brown debía haber sido un magnífico ejemplar de hombre.

—Me acercaré por allí —dijo—. Le estoy muy agradecido, míster Brown.

—Usted me manda —respondió el otro, con sencillez.

Beroe se despidió y salió a la calle. El automóvil lo esperaba a la puerta, y en él se dirigió, por De Soto, hasta Almonastir. La calle del Guerrero Español es un «*impasse*», un callejón sin salida. Cuando los fundadores de la ciudad, los ascendientes de los Van Roosen [3] empezaron a construir en ella, la piqueta de los obreros puso al descubierto un macabro objeto: un gigantesco esqueleto, al que aún permanecían adheridos trozos de tela, que se convirtieron en polvo al tocarlos. Pero la enorme y pesadísima espada, el capacete con visera, el peto de la armadura y las hebillas del atalajé proclamaban su condición de español. En un tubo de plomo, sujeto por los descamados dedos, había un pergamino, en el cual el capitán Garcés de Otamendi había ido apuntando las peripecias de su viaje. Qué es lo que habría llevado a aquel hombre tan lejos de sus soldados, era un misterio que nadie podría resolver jamás.

A la entrada de la calle había una tienda de antigüedades. Beroe no se dejó engañar por su aspecto pobre y descuidado. Sabía que en tiendas como ésa se podían encontrar objetos (a veces) tan caros como un rescate de príncipe. Empujó la puerta y penetró en el interior.

Un hombrecillo bajito, con marcado aspecto semita, salió a recibirle. La tienda estaba llena de objetos, colocados por todas partes, incluso en el suelo y en el techo. A primera vista daba la

impresión de un desorden indescriptible.

—Deseo saber si vendió usted una pulsera como ésta a alguien —le dijo Beroe, enseñándole el dibujo.

El vendedor lo examinó, y luego afirmó con la cabeza:

—Sí. Un objeto muy parecido a éste se lo vendí a un caballero.

—¿Tenía mucho valor?

—No lo creo —respondió el judío—. Era, sí, de oro; pero lo más probable es que sólo tuviera el valor intrínseco del metal. Se lo vendí por cien dólares.

—Pero... ¿no se preocupó de hacerla tasar? ¿No es usted mismo tasador?

—No de esos objetos —respondió, pacientemente, el judío—. No entiendo gran cosa de arte centroamericano. Además, aquello sería una copia, probablemente.

Beroe lo miró de hito en hito.

—Ignoro cómo, podía usted saber que era una copia si no conoce bien el arte centroamericano —le respondió, secamente—. Un objeto de oro de semejante peso debió ser tasado convenientemente. ¿Sabe usted que era una pulsera maya?

—No.

—Bien —dijo Beroe, fastidiado—. Veo que es completamente inútil. Solamente le puedo decir una cosa: quizá se haya hecho usted culpable de un delito de ocultamiento.

—Lo dudo —respondió el otro con igual sequedad—. No conozco en absoluto el arte centroamericano antiguo. No sé de él ni una palabra.

—¿Quién se la vendió a usted?

El judío sonrió.

—Una mujer india navajo. Al ver que era de oro le di por ella veinticinco dólares. Me dijo que estaba en una reserva al norte de la Cascada del Injús. Ignoro todo lo que se refiere a ella. No necesito decirle que no es la primera vez que los indios poseen objetos de oro que se han ido transmitiendo de padres a hijos.

—Sí, y por eso, un objeto maya viajó miles de millas, hasta aquí, de padres a hijos. No será ésta la última vez que nos veamos, recuérdelo.

—Bien. Estoy a su entera disposición.

Y Beroe salió de nuevo a la calle. Se encaminó a su oficina y

puso un largo cablegrama a Washington.

El auto se detuvo ante el cordón de la acera, y la muchacha se apeó.

—¿No quieres pasar? —preguntó.

Él sólo dudó un momento.

—Bueno —repuso.

Y ambos entraron en la casa.

Ésta estaba fría, con esa frialdad característica de los hogares en los que los dueños faltan hace ya varias semanas. La muchacha reguló el paso del agua caliente en la calefacción y se despojó del abrigo. Era imposible no fijarse en True cuando ejecutaba ese acto tan corriente de despojarse de una prenda. Era la gracia misma. Iba, como de costumbre, vestida con una ceñida falda y un no menos ceñido «sweter» de color azul claro con motivos rojos y blancos.

—¿Qué quieres beber? —preguntó.

Rodinski se había dejado caer en un sofá y miraba a su alrededor. Aquella sala revelaba la presencia de un ama de casa cuidadosa, que, por algún motivo, hubiera tenido que ausentarse.

—No te veo viviendo en un ambiente tan doméstico —dijo, burlonamente.

True se encogió de hombros.

—No tengo más remedio. Ten en cuenta que sólo tengo diecinueve años. Si me evado de la tutela de mi hermana y de mi cuñado, no veré un céntimo del dinero que quedó de la herencia de mi abuelo. ¿No es un buen motivo para vivir en este cubil de mentalidades adocenadas? Mi hermana tiene dos chicos, los adora y a su marido también. Se pasan el tiempo adorándose unos a otros, hasta tal punto que a veces el ambiente se carga tanto que tengo que echarme a la calle. Es repugnante dar suelta a tanto cariño connubial, filial y paternal. ¿Qué crees, que estoy diciendo ingeniosidades? Pues es la verdad. Te digo que a veces me parece que no voy a poder soportar los dos años que me quedan.

Radinski estaba sonriendo. Encendió un cigarrillo y dio una palmada en el diván, a su lado. Ella se sentó, con las piernas recogidas debajo del cuerpo. Parecía muy joven e inocente, pero hacía un momento que había levantado la tapadera de sus sentimientos. Puso un vaso, bien cargado de «whisky», en la mano

del muchacho. Sólo había una luz en la habitación: la de una lámpara de pie colocada al lado del diván. La habitación se estaba caldeando nuevamente, y el «*whisky*» olía bien.

—A tu salud —dijo Radinski—. Porque consigas pronto lo que desees.

Ella le apartó el vaso y le besó en la boca. Fué un beso ávido, más de hambre que de cariño.

—¿Has besado ya a Violeta Davis? —le preguntó después con una sonrisa extraña—. Y si la has besado, ¿besa mejor que yo?

—No lo hice —respondió Radinski. Como la mano le temblaba ligeramente, se bebió el «*whisky*» de un trago y atrajo a la muchacha hacia sí—. Háblame de lo que haces, True —dijo con indiferencia—. ¿Te gusta estudiar?

—La vida, sí —fué la respuesta—. Los libros, no. ¡Oh, sí! Sé que puedo ponerme en poco tiempo a la cabeza en cualquier materia, pero no lo deseo. La única materia que me interesa es la vida, la vida misma. Creo que tú comprenderás eso.

—Sí —respondió Radinski, pensativo—. Creo que sí. Al fin y al cabo, la vida ha sido mi escuela siempre. Pero eso de estudiar la vida... Encierra muchos significados. Conozco a muchas personas que trataron de estudiar la vida, lanzándose a ella como si se lanzaran a una piscina, pero que al contacto de la primera onda pestilente se volvieron atrás espantadas.

True se rió con un sonido ligeramente agrio.

—Yo no —dijo, lentamente—. No hay ondas pestilentes que me puedan hacer retroceder. Ya sabes: paso por debajo.

Radinski la tomó en sus brazos y la besó con fuerza. Ella se apretó más contra él.

—¿No quieres otro vaso? —preguntó.

Ante el gesto afirmativo de él, se lo sirvió. Luego se reclinó en el diván, mirándole con sus turbadores ojos azules.

—¿Qué, no te importa? —preguntó.

—No —respondió él—. Hasta ahora sólo has intentado jugar conmigo. Y no creo que pases de ahí. Al fin y al cabo eres una niña que juega a mujer fatal. No niego que estás francamente bien, y que eres atractiva, pero no pasas da ser una niña.

Ella volvió a reír.

—Muy bien, atractivo joven, pues soy una niña. No vamos a

discutir por eso, ¿verdad? Ponte otro «*whisky*», que voy a buscar cigarrillos.

Volvió al cabo de un momento, ondulando el ágil cuerpo. Radinski se pasó la mano por la frente. Tenía te cara ligeramente enrojecida.

—Nunca me han hecho tanto efecto tres «*whiskies*» —dijo, mirándola.

—Es que te has tomado tres vasos llenos. Ni yo misma podría seguirte a esa velocidad. Ven, tomaremos uno entre los dos.

Media hora más tarde, los tres «*whiskies*» se habían convertido en siete. También la muchacha acusaba sus efectos. Con las caras muy juntas, él le dijo que tenía que marcharse, pero ella le echó los brazos al cuello. El aparato de radio dejaba escapar de su embobinado vientre una aceitosa melodía negra, y ella dijo que quería bailar. Dando bastantes traspiés y tropezando varias veces con las sillas, trazaron algunos arabescos sobre la alfombra. Fué entonces, cuando volvieron al diván, cuando ella encendió un nuevo cigarrillo, le dio varias chupadas y se lo puso a él entre los labios. Borracho como estaba, Radinski se dio cuenta de que tenía un sabor extraño, pero también la pintura de los labios de la muchacha tenía un sabor extraño. Y el perfume de su cuello y de sus hombros. Y el que se escapaba de sus vaporosos cabellos rubios.

La cabeza, le daba vueltas, y un temblor violento, desagradable, corrió por su columna vertebral arriba. A su lado, chupando sin cesar, la muchacha lo miraba con sus raras pupilas azules. «Son dos aguamarinas —pensó—. Dos aguamarinas. Dos lagos azules entre montañas». Le pareció que se iba sumergiendo en ellos y reaccionó violentamente. Iba ya, por el segundo cigarrillo de aquéllos, cuando se dio cuenta de que le gustaría poner las manos en aquel blanco cuello y apretar, apretar... Oyó la jadeante respiración de ella y su pregunta: «¿Qué haces?». Luego cayó en la inconsciencia.

Se despertó con un atenazante dolor de cabeza y la boca seca y con un desagradable gusto a arena. La lámpara estaba apagada, pero un reflejo lechoso se insinuaba, entre los visillos de los cristales. Debía hacer algunos minutos que había amanecido. Se puso en pie. El cuerpo de la muchacha descansaba sobre el diván, y en el aire flotaba un olor extraño. Apenas se acordaba de nada, pero algo así como un tambor batía en su subconsciencia avisándole que

tenía algo urgente que hacer. Dando traspiés y sintiéndose mareado, llegó hasta la puerta, recogió su chaquetón de cuero. Sí, había algo que tenía que hacer..., algo...

Tropezó en el primer escalón y cayó rodando hasta el rellano, lo cual acabó de trastornarlo del todo. Cuando llegó a la calle y abrió la puerta, una bocanada de aire cargado de copos de nieve le dio en la cara, pero ni aun eso logró despabilarlo. Se escurrió en la nieve y cayó. Luego, después de ponerse en pie, volvió a oír el tambor: «Algo a hacer, algo a hacer...». No había andado media manzana, cuando un coche, que rodaba lentamente entre la nevada, lo alcanzó. Entonces recordó que él debía tener un coche en alguna parte, pero al mirar al que se acercaba, comprobó sorprendido que era aquel mismo. Del bolsillo del chaquetón de cuero sacó una pistola, pero ya se abría la portezuela del coche.

—Sube —le ordenaron.

El hombrecillo vestido de gris y los dos hombres con cara de boxeador estaban en el interior. Radinski se quedó mirándolos, atontado. La cara del hombrecillo estaba sombríamente seria.

—No estás en condiciones de oír reproches ahora —dijo, con serenidad—. Vas a ser conducido a casa.

—Escuche, jefe: este chico no está solamente borracho —dijo uno de los púgiles—. Ha tomado algo, o se lo han dado.

El hombre de gris se inclinó sobre Radinski. Los ojos de éste brillaban belicosamente.

—Cuidado, muchachos —dijo—. Más vale que estéis preparados. Lo han dopado con marihuana. De manera que era ahí. Bien Vamos a llevar al chico a casa.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente, al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

EDITORIAL ROLLAN

VII



ASSITER estaba francamente preocupado. Mejor dicho, cerca ya del terror. Era aquello como luchar contra sombras, sentirse rodeado por ellas, apretujado, observado continuamente. El incidente de la clínica del doctor Burton lo había desmoralizado. En este momento, dentro del café

Willy's,

rodeado de sus hombres, aún se sentía seguro. Pero sabía que en cuanto volviera la espalda a aquellas acogedoras salas, cuando se dirigiese al piso que había alquilado en la Calle Spinoza, le dominaría el pánico. En cualquier momento, unos hombres podrían surgir, tras de cualquier esquina o de cualquier coche cerrado,

llevarlo a cualquier sitio apartado y partirle todos los huesos importantes de su cuerpo, como hicieran con Russ. Y con el mulato portugués, el cadáver del cual había aparecido flotando en el río, entre montones, de basura, aparentemente despedazado por las hélices de cualquier barcaza de vapor. Pero ellos sabían que al mulato lo habían matado. Desapareció casi a la vista de ellos, una noche, allí, ante sus mismas narices.

Lassiter se estremeció. Aquella noche, decidió, dos de sus hombres dormirían con él en su piso. No le gustaba que sus hombres conocieran su dirección personal, pero no había más remedio. Al menos, tres podrían hacer frente con las pistolas en la mano a cualquier peligro.

Esa misma mañana, el limpiabotas negro, estaba seguro de ello, se había reído de él. Había dicho que hacía un tiempo «de miedo», o que «llegado era el tiempo de miedo», o alguna otra cosa así. Algo misterioso. Estuvo tentado de abofetearle. Sus hombres se quejaban de que las chicas del «*cabaret*»

D'Ors

se habían vuelto inaccesibles, siendo así que apenas quince días antes cada uno de ellos se veía solicitado por cuatro succulentas hamadriadas.

—Pero... ¿quién? —dijo con voz tensa, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. Sí, ¿quién?

—Es como estar enredado en un tela de araña añadió. — ¡Maldito sea!

Uno de sus hombres asintió, la nerviosidad del jefe habíaseles contagiado en parte.

—¿No podemos dar una batida o algo? —preguntó.

—¿Contra quién? —dijo Lassiter. Éste no era tonto, aun cuando sí un granuja sin escrúpulos—. Estoy seguro de que el limpiabotas negro, el camarero y las chicas del

D'Ors,

los basureros, los peristas, toda esa asquerosa calaña, están contra nosotros, pero... ¿quién los ha puesto así? ¿Quién?

Un hombrecillo que llevaba un raído gabán gris entró en el café, miró a su alrededor y se dedicó a contemplar una de las partidas de billar, un muchacho de color, un niño casi, apareció tras él y se dirigió rectamente hacia Lassiter.

—¿Es usted mistar Lassiter? —preguntó. El afirmó con la cabeza—. Un señor me ha dado esto para usted.

Y le tendió un papel, Lassiter lo desplegó y al instante se puso pálido.

—¿Quién te ha dado esto, maldito bastardo? —gritó cogiendo al mocoso por las rotas solapas—. ¿Quién te lo ha dado? Habla o te mato. ¡Te mato, te digo!

El chicuelo no pareció impresionarse demasiado, incluso, Lassiter hubiera jurado que una chispita de burla cruzó por las pupilas de tinta.

—Un hombre —repuso—. Un hombre muy alto y gordo. No sé quién era.

Pensamientos homicidas relampagueaban en el cerebro de Lassiter, pero uno de sus hombres lo cogió del brazo. Incluso para ellos había ciertas cosas imposibles. Tal era matar a un chico en un sitio público como

Willy's,

por negro que fuese el muchacho.

—Vete —dijo con voz tensa y amenazadora—. Vete, y como te vuelva a ver...

El negrito le volvió la espalda, y tras de sacar una moneda de cincuenta centavos del bolsillo, la tiró al aire, Lassiter miró a su alrededor. Hombres, hombres en mangas de camisa, con los sombreros puestos, jugando al biliar, bebiendo café o emborrachándose tras una mesa. Caras, caras y obras. A muchas de ellas las conocía. Habían trabajado por él sus poseedores. Ahora, todas aquellas caras estaban inclinadas hacia abajo. Repentinamente se dio cuenta de aquel ambiente de hostilidad. Estaba allí, desde hacía, ya varios días, pero no lo había notado. Se había confiado demasiado en su importancia. Sintió cierto miedo. El limpiabotas negro, el morosillo de la carta, el chulo y la chica del «cabaret»

D'Ors,

todos ellos sabían que había una fuerza oculta que trabajaba contra él. Y que había logrado derrotarle dos veces. Miró disimuladamente a sus hombres, pero éstos, estólidos, rumiaban sus galletillas de queso y bebían su «whisky». Luego volvió a leer la carta. Era muy sencilla y corta:

«Si antes de las siete de la tarde no ha salido usted de la ciudad, dejando toda la “mercancía” en su piso, será tratado de la misma manera que lo fué Russ Nolan. Pero a usted... no le mataremos después».

Así, sencilla y cara. Marcharse o... convertirse en un pobre despojo, en un andrajo. Lassiter, queda dicho, no era tonto. Si les decía a sus hombres que tenía que marcharse, abandonando la «mercancía», ellos se opondrían. Lo mejor sería no decirles nada. Pero antes tenía que hacer una cosa. Se marcharía, sí, pero no solo.

Dijo a sus hombres que le esperasen un momento, y salió a la calle. Al menos, ahora sabía que nadie intentaría nada contra él hasta las siete. Disponía de algún tiempo.

Utilizó el «Chevrolet» negro para llegar hasta su piso, en la calle Spinoza. Allí, en un compartimiento secreto, construido por un buen carpintero, tenía dos kilos de morfina y muchos paquetes de cigarrillos de marihuana. La única orden que no pensaba cumplir era la de dejar la «mercancía». No. Dos kilos de morfina representaban mucho dinero.

Cogió el teléfono y marcó un número. Una voz de hombre le contestó.

—Lo siento, pero tengo que desaparecer por unos días —dijo. He recibido una carta amenazadora. No, no, ni pensarlo... No puede ser, le digo— densas gotas de sudor aparecieron en su frente. —No, no he querido decir eso, pero por ahora llevamos las de perder. No sabemos contra quien luchamos,... oiga, oiga, no corte. Oiga. ¡Oiga!

Dejó el teléfono y se limpió el sudor. En sus ojos brillaba el pánico. Cogió la morfina, hizo un paquete con la marihuana y bajó todo al «Chevrolet». Luego volvió al piso, hizo su maleta en un momento, metiendo descuidadamente en ella trajes, ropa interior y zapatos, y, por fin, pudo poner en marcha el coche.

Llegar hasta la calle donde vivía True le llevó muy poco tiempo, pero sí el suficiente como para darse cuenta de que un coche oscuro, azul marino, un «Lincoln», por más señas, lo seguía a prudente distancia. Lassiter se aseguró de que llevaba la pistola en la sobaquera. Sentía atroces deseos de apretar el acelerador y correr, salir de la duda, pero también quería llevarse a True. Había sido una colaboradora bastante buena y le gustaría contar con sus servicios si se instalaba en cualquier otra parte.

Llamó al timbre, y un momento después la puerta se abrió. La muchacha, vestida muy someramente, parecía muy pálida y tenía, profundas ojeras en torno a las azules pupilas. No parecía muy serena.

—Me marchó —dijo Lassiter premiosamente—. Quiero que vengas conmigo. Esto se ha puesto demasiado caliente. Vístete de prisa.

Ella no contestó. Parecía no haber entendido bien. Luego, de pronto, sonrió.

—Vete —le dijo—. Vete tú solo.

Lassiter lo vio todo rojo delante de sí.

—Perra maldita... —empezó a decir.

Y le cogió del cuello con ambas manos. Ella no gritó, pero se debatía. No obstante, parecía, debilitada por algo, quizá por la droga. En aquel momento se oyó un fuerte estrépito en la escalera, y el pesado sonar de botas. Lassiter, aterrado, se dio cuenta de que había perdido un tiempo precioso. Se había sentido lleno de rabia cuando ella le dijo que se fuera solo. Y ahora...

True se debatía todavía entre sus manos, cuando el primer policía, el corpulento capitán Parker, apareció en el rellano. Lassiter soltó a la muchacha y abrió la boca para decir algo, pero no tuvo tiempo. En la punta de la pistola de Parker, dirigida hacia él apareció una llamita naranja, y el impacto del pesado proyectil lanzó a Lassiter contra la pared. En su pecho empezó a extenderse una mancha carmesí. Cuando llegó al suelo estaba ya muerto.

—¡Pronto! —aulló Parker—. Una manta y cubrir con ella a la muchacha. ¿Le ha ocurrido algo, señorita?

—No —dijo True—. Ese nombre debía estar loco, llamó a mi puerta, y al abrirle intentó...

Y se tapó la cara con las manos. Con la lucha, sus ropas se habían reducido aún más.

—¡Pronto! —aulló Parker—. ¡Traed mantas, bastardos, y un cordial, «*whisky*», lo que sea! Me alegro de haber matado a ese perro, señorita. No se preocupe. No creo que tenga siquiera que declarar en la Comisaría. Era un criminal conocido.

Llegó a tiempo de coger entre sus manazas de oso el cuerpo de la muchacha, que se desmayaba. La entró en la casa, buscó la alcoba y la depositó sobre la cama, tan amorosamente como podría

hacerlo un padre amante. Por entre sus pestañas entrecerradas, ella le observaba. Durante cinco minutos permaneció en la misma postura, y al pasar éstos, decidió volver en sí. El capitán Parker le sonrió animosamente.

—¿Se le pasó? Creo que sólo tenía usted un buen susto Cuando vi lo que aquel canalla trataba de hacer, no pude contenerme. ¡Tratarla a usted como si fuese una negra...!

—Me encuentro bien, gracias —repuso ella—. Ahora le ruego que me perdone, pero he de vestirme...

—Bien. —Parker se puso los guantes. Sus ojos no se apartaban de la figura de la joven. No eran tan paternales, ni mucho menos, como la voz—. Personalmente me ocuparé de dar el informe. Quizá tenga usted que acercarse a Jefatura para declarar... Cuestión de trámite.

—Estoy segura de que usted podrá arreglarlo todo —dijo True.

Los hombres que había en el coche de color azul marino estaban, silenciosos. El del gabán gris dijo por fin, cuando vieron salir la cesta de la Morgue, conteniendo su macabra carga:

—No hay tanto corazón entre los hombres de ahora Pierden la cabeza con demasiada facilidad. Unos por el dinero, otros por unas faldas, otros sin motivo aparente. No; se ha perdido mucho corazón entre los jóvenes. Los dos hombres con cara de púgil asintieron, sin comentario.

—Cuando yo os deje —les dijo el hombrecillo de gris—, procuraréis encontrar a los que fueron compinches de ese hombre. Los espantaréis sin ruido. Todo suave, muy suavemente.

Los dos púgiles asintieron, con la misma expresión de ausencia y falta de interés.

Míster Brown estaba colocando cuidadosamente un sello verdoso, tan obliterado que apenas se distinguía el dibujo del grabado, entre uno salmón y otro color hez de vino, cuando la propia *mistress* Davis subió para advertirlo que aquel caballero, míster Ushant, había llegado. Míster Brown le dijo que podía pasar y que quizá ella extremaría su amabilidad hasta el punto de regalarlos con una taza de café: Míster Ushant pasó, por fin. Su raído gabán gris hacía perfecto juego con su sombrero gris y con su rastro naturalmente grisáceo.

—Espantoso tiempo, señor. Espantoso tiempo.

—En efecto —convino míster Brown.

La señora Davis llamó suavemente a la puerta y entró con una bandeja en la que había café, bollos caseros recién hechos, mantequilla y pan. Míster Ushant se levantó al entrar ella y se inclinó con respeto. Luego, cuando salió la mujer, miró a míster Brown.

—Debería usted casarse, señor. ¿No se siente muy solo?

—¿Solo? —preguntó Brown, plácidamente—. No estoy solo. Tengo a esa familia, a la que casi considero, como mía. ¿Qué más puedo pedir?

—*Mistress* Davis es aún joven, señor, sí me permite decirlo así. Y quizá...

—No, no —míster Brown se dirigió a la ventana y durante un momento guardó silencio—. No, de ninguna manera —dijo después, sin apartar los ojos de la nevada—. Aun en el caso de que *mistress* Davis consintiese en tan descabellado proyecto, ya no sería lo mismo. Las responsabilidades de mantener unida una familia limitarían mi libertad, tanto material como espiritual. Así estoy perfectamente. La señora Davis me cuida tan bien como pudiera hacerlo cualquier esposa. Mejor, probablemente, que muchas esposas lo hacen con sus maridos. Violeta es una maravillosa flor que va abriendo sus pétalos día a día, cada vez más bella, y Tommy es un robusto y bienintencionado potrillo que algún día llegará a ser un competente mecánico o un excelente jugador de «base-ball».

Y cuento, según parece, con el afecto de todos. No, no me gustaría destruir semejante atmósfera de cordialidad con la palabra «padrastro».

—Sí, señor, quizá tenga usted razón. Y esto me lleva a decirle que el detective que puse tras la pista que usted me indicó, me ha escrito, comunicándome que pronto tendrá nuevas que comunicarnos. Es un hombre muy listo. Encontrará lo que usted busca.

Míster Brown se volvió hacia él. La expresión beatífica había desaparecido de su habitualmente plácido semblante.

—¿Acabado todo?

—Acabado, señor —asintió Ushant—. Del todo Pero... Ha

quedado algo pendiente. Quiero decir que la cabeza permanece en la sombra.

—Nuestro propósito no era limpiar el cubo de la basura por espíritu filantrópico —dijo míster Brown—, sino el de proteger a Violeta. ¿Está segura la muchacha?

Ushant se frotó la nariz pensativamente.

—Yo diría que sí, señor. Pero el caso es que hay alguna fuerza extraña que está contra ella. No tome mis palabras al pie de la letra, señor, porque no tengo prueba alguna que abone lo que digo.

—Comprendo —dijo míster Brown—. Bien, continúe vigilando. Y en cuanto esa cabeza que aún continúa en la sombra se convierta en un amago de peligro para Violeta Davis, córtela sin contemplaciones. Otra cosa. Hay un policía del Gobierno federal que ha hecho preguntas sobre la pulsera maya. Podría ser que aquel asunto no haya muerto aún. En todo caso, hay ya un comerciante que asegura habérmela vendido. Pero tenga usted un hombre cerca. En el momento en que la pulsera pueda parecer un peligro, *miss* Violeta Davis será robada, asaltada en la calle, y le quitarán el bolso y la pulsera. Si es necesario, el objeto desaparecerá. Pero ella está tan encaprichada con el objeto, que... esperaremos hasta que realmente haya peligro.

—Comprendido, señor. Permítame que lo felicite, señor. Este asunto se ha desarrollado muy bien.

—Sobre usted deben caer los plácemes —respondió míster Brown sonriendo—. Ha sido usted un organizador ejemplar.

—Ah, señor, cuántas cosas hemos hecho juntos. Y ésta no ha sido de las peores. Tendría usted que haber visto, las caras de todos ellos. Prácticamente estaban muertos de miedo. Procuré crear alrededor de ellos un clima de desasosiego, y creo que lo conseguí. El dinero es el gran abridor de puertas, señor.

—Bien. Creo, pues, que podemos dejar esto así. Pero ya lo sabe. A la primera señal de peligro, taja usted otra vez. Caiga quien caiga.

—Sí, señor —míster Ushant se levantó—. Confíe en mí, señor.

—Y ahora, hablemos de algunos sellos mientras bajamos la escalera.

VIII



FUERTES nevadas
siguieron a fuertes nevadas. La vida casi se había paralizado, sobre todo en la parte alta de la ciudad. Solamente funcionaban autobuses provistos de cadenas, y los barrios residenciales parecían aletargados. Los muchachos que repartían la leche por la mañana vieron sus recipientes rotos, en muchos casos, por la congelación del líquido. El frío era intensísimo, con los termómetros marcando temperaturas tan inusitadas como la de cincuenta y siete grados F. Las amas de casa salían poco y se pasaban el tiempo ante las pantallas de televisión, admirando a las escasamente vestidas náyades que se apretujaban en las playas de la lejana Florida.

El agente Beroe, de la División Federal, estudiaba, en su recalentado despacho, un informe llegado de Washington. Sobre la

mesa tenía otros papeles, que requerían su atención de una manera inmediata.

—Escuche esto, señor —dijo a su superior—. La morfina que los hombres del capitán Parker cogieren en el coche del fulano ese, Lassiter, tenía un peso de medio kilo. No es que medio kilo no valga nada, pero lea este papel. Está escrito con las mismas palabras recortadas de periódicos que el primero que recibimos. Aquí dice que Lassiter «tenía» dos kilogramos de morfina en su casa. Si el otro anónimo nos dijo la verdad, ¿por qué habría de mentir éste?

—Porque los que escriben anónimos siempre tienden a exagerar. Al fin y al cabo, se creen resguardados por su anonimato, e insultan e injurian a diestro y siniestro. Por eso —replicó plácidamente Anderson.

—No, señor —afirmó su subordinado—. Es anónimo, sí, pero preciso, con una precisión casi científica. Había esa cantidad de morfina en casa de Lassiter. Y, señor, hay muchas cosas que tengo que explorar y que no me gustan. No es lógico que un hombre que a juzgar por su equipaje, va huyendo se entretenga tratando de abusar de una colegiala. ¿Es lógico, señor?

—No, lo admito.

—Esa colegiala vive sola, ya que su hermana y su cuñado están fuera. Voy a investigar por qué demonios esa muchacha conocía a Lassiter. Recuerde el caso de Violeta Davis. Esas chicas estudiantes son a veces de una precocidad excepcional. En fin, señor, que me voy a enterar. Y está también el judío de la calle del Guerrero Español y la pulsera de oro de origen centroamericano. Son muchas cosas las que han de ser explicadas a plena, satisfacción mía.

Las clases se suspendieron el día 22 de diciembre, para permitir a los estudiantes pasar las fiestas de la Navidad en sus casas. La última clase fué la de biología aplicada, y cuando Violeta salió al jardín de la Universidad, abrochándose los guantes, allí estaba como todos los días, menos uno, Radinski. Miraba a su alrededor con aire de buscar algo.

—Si lo que buscas es una cabellera rubia, debes hacerlo en otro lado —dijo Violeta—. Ya te dije ayer llevaba tres días sin venir. Bueno, pues hoy es el cuarto.

Radinski no contestó. Abrió la portezuela del coche, cuyo motor estaba en marcha para impedir que se helase durante la espera, y se

apartó para que ella pasara.

—Estoy por asegurar que se ha marchado de la ciudad —insistió Violeta, acomodándose Junto a él—. Y no me extrañaría.

Silencio.

—Escucha, John —dijo ella, acercándose un poco más—. No pienses que soy una niña mimada, porque no es así. Pero, John, comprende que estoy con los nervios de punta. Me dijiste ayer que ya no había ningún peligro para mí. ¿No es así? Entonces, ¿a qué obedece tu presencia aquí? Ya sé que no hemos congeniado en ningún momento y que te gusta más True, pero... no debes pensar demasiado en ella. Y no creas que son alfilerazos de mujeres. True no es..., no es...

—Cállate —dijo él.

—Estoy hablando en serio, John. Créeme que por ninguna persona haría yo esto, pero True no debe jugar con los sentimientos de nadie, ¿la quieres, John?

—Cállate —repitió.

Violeta estuvo un momento callada. Luego dijo con voz ligeramente trémula.

—Ya sé que el que habla así de otra persona siempre parece un ser detestable, pero es que estoy segura de lo que te digo: True no es buena. Y puede que no lo sea nunca. Verás, John. Hubo un tiempo en que ambas éramos, si no amigas, al menos compañeras. Hasta que tuvimos diecisiete años. Luego True empezó a salir coa otros muchachos que con los que lo hacíamos antes. Y no de la misma manera. Los hombres la perseguían porque es muy bonita, bueno, eso ya lo sabes tú, pero es que además había algo de... algo que no debía haber.

—Supongo que hablarías así aun cuando hubiese sido «verdaderamente» tu amiga —dijo Radinski fríamente—. La solidaridad femenina es sumamente quebradiza. La sombra de un par de pantalones la rompe con increíble facilidad.

Violeta palideció. El coche andaba muy lentamente sobre la helada nieve.

—Eres un ser odioso —le dijo.

—Todo hombre que dice la verdad a una mujer es un ser odioso. Quiero decir la verdad «acerca» de ella. Sí. Es posible que no hayáis sido nunca amigas, pero ella no me ha hablado mal nunca de ti.

Nunca.

—Luego la has visto —dijo ella lentamente.

—Sí, la he visto.

Hubo mi silencio.

—Perdona —dijo por fin Violeta con voz apagada—. Quisiera que no volviésemos a hablar sobre este asunto.

Y en silencio completo llegaron a la casa. Radinski no se despidió siquiera, sino que se limitó a abrir la portezuela para dejarla salir. Ella, con la cabeza, baja, penetró en la sala.

—¿Puedes darme medio dólar, Vi? —preguntó Tommy rutinariamente.

—No debes volver a salir con este tiempo, Vi —dijo la madre.

—Hola, Violeta —dijo míster Brown, dejando su periódico, sobre el cual estaba dormitando con placidez.

Luego los tres se fijaron en su cara. *Mistress* Davis carraspeó, se levantó y salió. Míster Brown dirigió la vista a otra parte y Tommy se puso a silbar con la misma falta de afinamiento de siempre.

Cuando Violeta bajó para la cena, su cara continuaba sombría. Nadie habló, hasta que, una vez hubieron terminado, míster Brown y ella se encontraron de improviso solos en la saleta.

—Me ha parecido... ¡hum! —dijo míster Brown observar que estás un poca seria, si crees que puedo ayudarte en algo... Nada sería más de mi agrado. Claro que si no tienes gana de decirme nada...

La joven lo miró rápidamente.

—No es eso, míster Brown. Me gustaría contárselo a alguien, pero me parece que he hecho un papel de tonto...

—Solamente los viejos podemos comprender que hay muchas veces en que los jóvenes se creen más tontos de lo que son. La Naturaleza nos hace pasar por tres fases: juventud, mediodía y vejez. Dado que la juventud es la primera fase, si sus tonterías fuesen siempre muy graves, no podríamos pasar a las siguientes. No. Violeta. Puedes hablarme de ello si eso llega a ser un alivio.

Violeta lo contempló de nuevo. Luego, en un impulso, lo abrazó y se sentó en la alfombra, a sus pies.

—Escuche, mistar Brown... —dijo.

Media hora después había acabado la historia.

—Entiendo —dijo míster Brown pensativamente—. Entiendo.

Pero, querida Violeta, ¿estás segura de que tu inclinación hacia ese joven Radinski no es de un tipo parecido a la que pudiste creer que sentías por aquel canalla?

Violeta se ruborizó.

—No, no, estoy segura. Radinski es un hombre tan atractivo como lo era Russ y no es un degenerado como él lo era. ¿Ve por qué dije que parecería tonta? No soy tan fea como para tener que correr detrás de un hombre, y él no parece hacerme el menor caso. Mejor dicho, parece odiarme. Cada vez que me mira, estoy segura de que me está comparando con True, y eso sí que no puedo soportarlo. Le he dicho que no vuelva más por aquí.

—¿No has intentado nunca saber quiénes son los hombres que te protegen? —preguntó míster Brown.

La sabiduría de un viejo brilló de pronto en los ojos de Violeta Davis. Sólo fué un momento, pero míster Brown se dio cuenta de ello.

—No —dijo ella—. Le he preguntado a Radinski, pero no me ha contestado. Alguien que no me quiere mal, supongo.

Míster Brown miraba al fuego pensativamente y no le contestó. Luego, al cabo de un rato, dijo:

—Bien, estoy seguro de que todo se arreglará, Violeta, estoy seguro de ello. Lo que debes hacer es no preocuparte. Recuerda que eres joven, llena de vida y con muchos años por delante. Los jóvenes siempre parecéis tener prisa. También yo fui joven y brioso... Quiero decir, también impaciente.

—Cuénteme algo de su vida —dijo ella de pronto—. Quiero decir de cuando era joven, como yo. Me imagine que se pasaría la vida en cualquier empleo y cuando se retiró se pudo dedicar a la filatelia que en realidad habría sido siempre su, «*hobby*». ¿No es así?

—Pues sí, en cierto modo —replicó míster Brown sonriendo—. Sí, en cierto modo. Trabajé mucho para labrarme una vejez libre de cuidados, como la que llevo ahora.

—¿Por qué no se casó?

Míster Brown la miró extrañamente. Violeta le cogió una mano.

—Vamos, viejo, ¿por qué no se casó? Y ¿qué clase de negocios eran los suyos? ¿Cómo supo que aquella pulsera era buena, quiero decir genuina? —La sonrisa de Violeta era diabólica. Se había

despertado su curiosidad y estaba dispuesta a satisfacerla fuese como fuese, aun cuando causase daño con sus preguntas. Míster Brown levantó una mano en el aire.

—Piedad, Violeta —pidió—. Contestaré una por una. ¿Por qué no me casé? Muy sencillo. La mujer de la que estaba enamorado se casó con otro. ¿Mis negocios? Prosaicos, muy prosaicos. Tú los encontrarías aburridísimos, prestar dinero a interés legal a personas que necesitaban pisos, negocios..., ya ves que nada interesante. Y te juro que nunca cobré más del seis por ciento —ambos se echaron a reír.

—Y... la pulsera. Cuando era un muchacho cayó en mis manos un libro sobre los mayas. Me interesó tanto, que me prometí a mí mismo ir algún día, personalmente, al Yucatán, a Chichén Itzá, a todas aquellas ciudades sepultadas por el bosque, edificadas en islas, en medio de lagos, tocar aquellas piedras milenarias, subir aquellos graderíos que conducían a los templos, descifrar las estelas de piedra... —se interrumpió bruscamente—. Ya lo ves, locuras de joven. La realidad fué muy otra. Una mesa de despacho, unos ficheros y un par de empleados. Pero de entonces quedó en mí la curiosidad por las cosas mayas. Vi la pulsera en una tiendecita y la compré. Eso es todo. A tu madre no le ha gustado.

—Lo sé. No sabe que probablemente vale más que el visón que me compró ella.

—Vamos, vamos, no disparatees, querida, Y recuerda lo que te dije: todo se arregla, tarde o temprano.

Violeta miró al anciano de reojo. Él parecía un poco nervioso. Jugueteaba con el cenicero en el brazo del sillón. Tenía manos largas, finas. Veinte años atrás, pensó de pronto la muchacha, aquellas manos habrían sido muy fuertes, bien formadas, manos que no se imaginaba uno extendiendo contratos de préstamos. Jamás había pensado en míster Brown de aquella manera. Su diablejo interior volvió a asomar la puntiaguda oreja.

—¿Sabe usted que hace veinte años las mujeres, o al menos las chicas como yo, lo miraríamos tres veces por la calle? —preguntó provocativamente.

Él sonrió forzosamente.

—Qué tontería. Nunca me miraron ni siquiera una vez. Vamos, vamos, deja ya de decir tonterías.

—¿Y sabe —prosiguió ella, implacable— que no me lo imagino en una covachuela prestando cien dólares al seis por ciento?

Míster Brown se puso en pie.

—Bien, ya hemos acabado de decir tonterías. Voy arriba a ocuparme de los sellos.

—Si tuviese usted veinte años menos, ¿qué pensaría de mí? —prosiguió Violeta—. ¿No me encontraría atractiva? Las miradas de los hombres me lo dicen por la calle.

Míster Brown se volvió hacia ella. Su rastro estaba grave.

—Escucha, jovencita. Podría ser tu padre, y como tal me he considerado siempre desde que te conozco. No sé lo que haría si tuviese veinte años menos. No lo sé, pero sí sé lo que haría ahora: cogerte, ponerte encima de mis rodillas y azotarte. La juventud, ya lo aprenderás, Violeta, es cruel, quizá no por maldad, pero sí por su curiosidad insaciable, por su afán de llegar a la medula de todo. Los que viven juntos deben aprender a respetar esa especie de armario cerrado que es el alma humana y del cual solamente el dueño tiene el derecho de revisar lo que contiene. No, Violeta, creo que eres injusta conmigo. Eres una gran muchacha y estás convirtiéndote en una espléndida mujer. Pues bien, recuerda que esos dones te han sido concedidos para algo más que para causar admiración o deseo. Y en todo caso, utiliza esos dones con los jóvenes de tu edad. Al fin y al cabo, ellos podrán recibirlos con mucha más naturalidad que yo y contestarlos en la debida forma.

La muchacha había escuchado sus palabras, sorprendida, primero, indignada, después, y, por último, un brillo acuoso empañó sus pupilas.

—Es un duro sermón, pero me lo merezco —dijo—. No sé qué diablos me dio.

Míster Brown le puso un brazo sobre los hombros.

—Vamos, vamos, Violeta; si lloras, no podré regañarte nunca más.

—Sí, me lo he merecido —respondió ella, apoyando la cabeza en el hombro del anciano—. Y usted ha sido tan bueno que ni siquiera me ha dicho que empleara mis trucos con Radinski para que me hiciera caso. Sí, ha sido muy bueno.

—Lo de Radinski es, ¡ah!, otra canción muy distinta. Y hubiera sido muy injusto contigo diciéndote eso, Violeta. Muy injusto. Anda,

prepárame una taza de té y lo tomaremos juntos en mi cuarto.
Quiero que veas nuevos sellos.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente, al precio infimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

IX



L agente Oscar Beroe depositó varios papeles encima de la mesa de su superior.

—Observe, señor —dijo—, cómo hago méritos para el ascenso. Debería usted ir pensando en eso.

—Parker ha estado aquí —replicó Anderson con su gravedad acostumbrada—. Está muy resentido con usted. Dice que piensa quejarse al alcalde y si es necesario, llevar la queja hasta el gobernador. No actúe sin pedirme antes mi opinión, Beroe.

—Vaya, señor. Creí que confiaba usted en mí.

—Y confío. Pero si un capitán-jefe de la Policía de una ciudad se lamenta de que un agente federal está hociendo (ésa fué la palabra que empleó Parker, no crea que yo la improvisé) en sus asuntos privados, tiene derecho a quejarse. ¿Posee usted alguna prueba de

que Parker tenga algo que ver con los individuos que manejaban la morfina y la marihuana?

—No, señor, pero la tendré. Voy a decirle una cosa, señor. Presentaré mi dimisión en la

F. B. I.,

si me equivoco. Si no me equivoco, usted me propone para el ascenso. Pero tiene que respaldarme si me da su voto de confianza.

Míster Anderson se levantó y miró por la ventana durante casi cuatro minutos.

—Está bien, hijo, lo respaldo. Pero si se equivoca usted, no será la suya la única dimisión que irá a Hoover.

—Gracias —dijo Beroe, sincera mente emocionado—. ¿Qué queja específica traía Parker?

—La de que un hombre del

F. B. I.,

lo seguía a todas partes por orden de usted.

—Es verdad. Intento averiguar por qué tiene Parker tanto interés por una cierta estudiante llamada True Fontaine. La salvó, señor, «de algo peor que la misma muerte», según dice el pundonoroso capitán a sus muchachos. La verdad es que aquel hombre no quería abusar de True Fontaine. Probablemente estaría intentando vengarse de alguna jugarreta que ella le hiciera. Pero eso entra ya dentro del campo de los informes que le traigo señor. Lea el que corresponde a la jovencita.

El informe decía así:

«True Fontaine, diecinueve años de edad. Estudiante. Sus profesores aseguran que es lista e inteligente, pero que su sola presencia obra como un fermento entre sus compañeros. Donde ella está, las riñas son continuas. Hay algo de poco limpio en esa muchacha. Vive nominalmente con una hermana casada, pero en realidad, pasa sola casi todo el tiempo, ya que su hermana y su cuñado habitan poco tiempo cada año en la ciudad. La hermana (en realidad, su madre, viuda, casó con un hombre, Fontaine, que ya tenía una hija) habla poco de ella, pero la gente que los rodea dice que no se llevan bien. Reunida con algunos

otros estudiantes, ha pasado muchas tardes en cafés de la reputación del Willy's y en el "cabaret" D'Ors.

Quizá ella haya tenido contacto con los traficantes de drogas. No sería imposible».

—Vaya, vaya —dijo Anderson—. Una vampiresa en agraz, ¿eh?

—No tan en agraz. Hace ya tres años por lo menos que su presencia produce cierta impresión un los hombres. Y soy notoriamente comedido en la elección de mis adjetivos, como no podrá por menos de observar, señor.

—No sea tan feroz, Beroe. Bien, siempre es sumamente triste tener que tratar con jóvenes descarriados, Beroe.

—De lo que me acuerdo es de que tuvimos que entregar al juez a tres pobres criaturas que hoy están siendo objeto del oprobio de la ciudad, señor, respondió Beroe con dureza. —Y esa muchacha, True Fontaine, no me gusta nada, señor. En absoluto.

—Bien, leeré el segundo informe. De Washington, ¿eh?

«Referente a Octavius Gerten, comunicamos a ustedes que era un alemán nacionalizado. No fué tan famoso como Capone, durante la ley seca, pero sí mucho más sagaz. Tenía perfectamente montada su organización y contaba con hombres muy fieles, porque pagaba bien y se sabían bien protegidos con él. Hombre de gran inteligencia, procuró no tratar de acabar con las bandas rivales, sino repartir con ellas beneficios, lo cual le valió gran número de amigos y pocos enemigos. Pero cuando sus hombres hubieron de reprimir competencias, lo hicieron muy duramente. Octavius Gerten fué juzgado por un tribunal, acusado, como Capone, de defraudar al fisco. La pena que cumplió, pequeña, ya que hubo poquísimas pruebas de su culpabilidad, se extinguió antes de que el

F. B. I.,

pudiera encontrar algo más grande que achacarle.

Luego desapareció. El caso a que usted se refiere, y según le especificamos en nuestro anterior telegrama, ocurrió antes de su juicio. Gerten hizo un viaje a América Central en compañía del conocido arqueólogo Zakhariah. En realidad fué Gerten quien financió la expedición. A la vuelta, el arqueólogo denunció que una maleta conteniendo objetos mayas de gran valor había sido robada de su hotel. En el momento en que la Policía de Chicago empezaba las investigaciones, Zakhariah se retractó de su primitiva declaración. No había habido robo, sino descuido, dijo, y no quería saber nada de investigaciones policíacas. La maleta estaba todavía en América Central y él la recuperaría cuando volviese a Méjico. Dio la impresión de que tenía miedo y que por eso se volvía atrás. Zakhariah murió en el Yucatán a causa de la mordedura de una serpiente venenosa. Eso es todo lo referente a Gerten. Podemos ampliar detalles. Se ignora el paradero actual de Gerten».

—Bueno, ¿y qué? —pregunte Anderson.

—Es fácil, señor. Quiero tejer o descubrir hilos que conecten a esas personas unas con otras. Entonces, y esto es algo más que una corazonada, señor, tendré un caso muy bonito y muy completo.

—O un par de sopapos del Capitán Parker, procure no encontrarse con él, Beroe. Es hombre que dispara primero y pregunta luego.

—Sí, como en el caso de Lassiter. ¿Por qué lo mató? ¿Fué tanta su virtuosa indignación al verlo tratando de abrazar a una muchacha? ¿O fué... lo que usted está suponiendo ahora, señor?

—No supongo nada —sentenció Anderson—. Le único que quiero es que Parker y usted no tengan disgustos. Claro que si es un hombre venal..., entonces habrá que ir pensando en informar al Gobierno del Estado o al alcalde. Francamente, me gusta pensar que todos los policías son íntegros, Beroe. Me gusta mucho pensar eso.

—Voy a hacer unas cuantas visitas —dijo Beroe.

«Estimado señor Ushant: En relación con el asunto en que me ocupó usted el mes pasado, he decidido

escribirle para comunicarle algunas nuevas. No son gran cosa todavía, pero al fin hemos hallado una pista. Es ésta: En mil novecientos treinta y seis, una mujer joven, de unos veintidós años de edad, de nacionalidad norteamericana, se inscribió en el Hotel Palace de Madrid, España.

Firmo el registro como Madeline Kane, aun cuando los empleados supieron que aquél no era su verdadero nombre por las iniciales de su equipaje. Ninguno vio el pasaporte. Las iniciales eran B. G. A los pocos días de habitar en el hotel trabó amistad con un americano cuyo nombre no han podido darme al ponerme en contacto con el hotel. Recuerdan a la mujer y su nombre, porque el libro en que ella firmó se conserva aún; mientras que el anterior fue destruido, y además estaba el hecho cíe que a la mujer le robaron algunas joyas y las investigaciones de la Policía española levantaron cierto revuelo.

El caso es que un mes más tarde, y recién empezada la guerra civil en España, la mujer dejó el hotel, diciendo que volvía a Norteamérica. El hombre marchó con ella. El empleado que recuerda todo el asunto asegura que para entonces ambos parecían muy enamorados. Ella dejó las señas de un hotel en Cleveland, Ohio, para el caso de que llegase alguna carta para ella. No llegó ninguna.

En Cleveland permaneció hasta el mes de abril de 1937, en que dio a luz a una niña. Eso he podido comprobarlo perfectamente por el hospital en que alumbró. Un hombre estuvo siempre con ella, pero no se recuerda su nombre o no se pronunció. Una de las enfermeras me ha dicho que cuando la Kane salió de la clínica le dijo, en un momento de confianza, que iba a casarse con aquel hombre.

Luego la pista se hace muy confusa, pero estoy seguro de que podré facilitarle noticias pronto. No creo perder ahora el rastro. Atentamente suyo, Roger Peasley, detective particular».

Radinski encendió un cigarrillo. No tenía aire de reto, pero el hombrecillo vestido de gris presintió que habría lucha.

—Ya he dicho que me descuidé —repitió John Radinski—. ¿Qué quiere usted que haga? ¿Que pida perdón de rodillas? Lo siento; eso es todo.

—No —rectificó el hombrecillo gris—. Eso no es todo. Ha estado usted a punto de echar a perder toda nuestra labor. Y le sugiero, jovencito que no adopte ese tono. No olvide que soy yo quien da las órdenes. Y yo le ordeno que se aleje de esa mujer. No es un asunto muy limpio.

—Si no es un asunto limpio, tampoco es un asunto «de usted» —respondió Radinski—. No volveré a caer en una trampa como la de los cigarrillos de marihuana, pero no veo derecho alguno que asista a ustedes para prohibirme ver a la muchacha.

—Es una orden —declaró, agriamente, el hombrecillo.

—No las admitiré pasado un cierto punto. —Radinski se volvió hacia los dos hombres con cara de púgiles—. Ya sé que ustedes tienen métodos para convencer a la gente, y sé a lo que me expongo. Pero sí se me ha de restar mi libertad personal, prefiero acabar con todo esto y no trabajar más para ustedes.

El hombrecillo de gris lo miró con curiosidad casi científica. Durante un espacio de tiempo casi intolerable las glaucas pupilas lo estudiaron y analizaron detenida mente.

—Escuche, Radinski —dijo, por fin—. Grábese esto en la cabeza; nadie que haya trabajado para nosotros nos dejará, a menos que nosotros lo permitamos hacerlo, y no solemos permitirlo a menudo. Usted ha trabajado, sabe ya cosas que nos impiden relevarlo de su compromiso. Tiene razón: tenemos métodos propios de persuasión, muchos, y todos ellos muy efectivos. No quisiéramos emplearlos con usted. Las órdenes que le doy en este momento son; apórtese de esa muchacha y dedique el tiempo necesario a la vigilancia de *miss* Davis. Le garantizo personalmente que de esta forma olvidaremos su intento de... digamos secesión. ¿Comprendido?

Radinski tragó saliva.

—Creo que no me quedará otro remedio. Escuche, míster Ushant. Yo necesito el dinero que ustedes me dan para terminar mis estudios, es cierto; pero ¿cómo se enteraron de que yo existía? Y ¿para qué me eligieron a mí? Cualquiera de sus muchachos podía

haber cumplido mi cometido con la misma capacidad que yo. E induro con más. ¿Por qué me eligieron a mí?

En las comisuras de los ojos do Ushant aparecieron finas arruguillas. No sonreía, pero sus ojos tenían cierta expresión humorística.

—Seré sincero, Radinski. Alguien me lo recomendó a usted.

—¿Qué?

—Sí, ha oído bien. Alguien cuyos deseos respeto siempre lo recomendó a usted para el cargo. Ahora. Radinski, vaya a su obligación. Y recuérdelo: más, le valdrá no volver a ver a esa muchacha.

Radinski le volvió la espalda y salió a la calle. La nevada había cesado un momento, porque una turbonada de viento helado, procedente de los Grandes Lagos y del Canadá, barriera las nubes un par de horas antes. Encendió otro pitillo al poner en marcha, el coche, La oscuridad era ya casi absoluta cuando se dirigió hacia la casa donde vivía True.

Ésta no estaba allí. Llamó inútilmente tres o cuatro veces, y luego se dirigió hacia un bar que ocupaba todo el chaflán de la esquina. Pidió un «whisky», y se lo tomó de un trago. El segundo y el tercero los consumió a la misma velocidad. Luego volvió a fumar. El espejo le devolvió la imagen de un hombre joven, de aspecto fuerte y de voluntariosa barbilla. Y también le devolvió otra: la de una muchacha rubia, que llevaba un gabán de pieles y que se le acercaba desde la puerta.

—Hola, John —dijo, sentándose a su lado—. ¿Te encuentras bien ya?

Jon Radinski se volvió hacia ella.

—¿De dónde vienes? ¿De alguna de esas toperas donde se fama marihuana sin que la Policía meta en ello las narices?

—¿Tengo aspecto de haber tomado alguna cosa de éstas? —preguntó True.

No lo tenía, en efecto. Por el contrajo, su cutis se presentaba fresco y sus ojos límpidos y sin círculos amoratados que los circundasen. Su pelo casi, parecía blanco a la fuerte luz del bar. Varios hombres se volvieron a mirarla cuando se echó hacia atrás el gabán.

—¿Por qué no subimos? Tengo en casa una botella de «coñac»,

que te gustará más que ese que tomas. Y algunos emparedados de pavo. ¿Qué te parece la noticia?

—¿Y cigarrillos con «hierbas» dentro?

Trae le miró profundamente a los ojos.

—No sé qué quieres decir, John, de veras. ¿Qué quieres decir, John?

Radinski se echó s, reír forzosamente.

—Nada. Sólo que la otra noche me dopaste con marihuana, y estuve a punto de matar a alguien. Soñé también que un policía mató a un individuo que escapaba de la ciudad con morfina, pero que se entretuvo para despedirse cariñosamente de ti.

—¿De dónde has sacado eso?

—¡Oh! Estoy bien enterado, no te preocupes. —Radinski se bebió el quinto «*whisky*», Tenía los ojos ligeramente enrojecidos ya —. Pero es verdad. La Policía mató a un hombre en tu piso. ¿Era el que te proporcionaba la droga?

True se apeó del taburete y se le quedó mirando.

—Cuando estés sereno, ven a verme: No dices más que tonterías. ¿Quieres subir o no a mi casa?

Radinski pagó el licor.

—Sí, subiré. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, no necesito mentores. ¿Cuál de tus amantes fué el que mató la policía?

Un nombre alto se interpuso entre ambos.

—¿Le está molestando el pollo, señorita? —preguntó Antes de que Radinski pudiera contestar True aparte al intruso.

—No, no se preocupe. No me está molestando —y ambos salieron a la calle. True se echó a reír suavemente—: Eres un peligro público, John. Me estás acusando de unas cosas tan horribles, que hasta ese hombre se ha creído obligado a intervenir. Estás borracho como un lord. Ven.

Pronto el piso, lo mismo que la otra vez, se puso acogedor. Radinski sacó su pistola y la puso sobre la mesa. True la miró con curiosidad, pero no hizo ninguna pregunta. Preparó las bebidas, el café y los emparedados y lo puso al alcance de John Solamente entonces se dejó caer en un sillón.

—No tengas miedo, no habrá cigarrillos hoy —le dijo—. Se me han acabado y no sé dónde conseguirlos. Ya sabes, todas las estudiantes sentimos alguna vez la curiosidad de conocer el sabor

de esas cosas.

—No hablabas así la otra noche. Entonces hablabas de La Gran Curiosidad, de la Curiosidad Cósmica, no de una pequeña curiosidad de colegiala.

True bajó los ojos, y con la punta del zapato arañó ligeramente la alfombra.

—Puede que sea cierto. El caso es que no soy una viciosa de la marihuana. Puedo quitarme tan pronto, lo desee. Además el entregarse a una sois pasión impide gozar de las demás también. Y la curiosidad quiere que gocemos de todas.

—Mírame —dijo Radinski.

Ella lo hizo.

—¿Qué supondrías si te dijera que el estar aquí contigo en estos momentos me puede costar la vida? ¿O el que me dejen paralítico para siempre?

—Estás bromeando. ¿Por qué?

Radinski rió.

—Porque alguien no quiere que yo te vea, y ese alguien es tan poderoso en esta ciudad como el propio gobernador del listado.

—¿La Policía? —preguntó Trae.

—No —respondió él, con ligero asombro—, ¿por qué has pensado en la Policía?

—No lo sé. Pero no estás hablando en serio, John.

—Sí que lo estoy haciendo. Al fin y al cabo, soy un muchacho pobre. Necesito ganar dinero para pagar mis estudios.

Radinski estaba ya bastante borracho, y sus ideas empezaban a confundirse. True se acercó a él y le echó un brazo por los hombros.

—¿Por qué no me dices lo que ocurre? —preguntó—. ¿Es que no confías en mí, John?

—¿En ti? Antes confiaría en una pantera negra Tú no eres más que una viciosilla con buena figura. ¿Crees que no he tomado informes tuyos? Y hay quien da esos informes gratis, puedes creerlo. Un buen día se te acabará la marihuana y tendrás que robar para conseguirla.

True se separó de él. Los ojos de Radinski brillaban y estaban enrojecidos.

—No sabes lo que dices, John —murmuró.

A él le pareció que se había puesto pálida.

—¿Que no lo sé? Y también sé que un día te echaran de la ciudad o te meterán en la cárcel. Eso es lo que hacen con todos los que introducen drogas en la Universidad.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó ella, con voz silbante—. ¿Quién ha sido? ¿Esa puerca de Violeta Davis?

—Me tomaré otro «coñac» —declaró él.

Se puso en pie, vacilante, y se sirvió el licor. True lo cogió por los brazos.

—¡Contéstame! —exigió—. ¿Ha sido Violeta Davis? Contesta.

—¿Y qué si hubiera sido así? —replicó él—. Violeta Davis es una buena muchacha, ella no se ensuciaría tomando esas porquerías. Bueno, me tengo que marchar.

True se le puso delante. Los ojos le brillaban peligrosamente. Cogió la pistola que él dejara sobre la mesa y le apuntó con ella.

—Eres tan asqueroso como todos los demás hombres —le dijo, con voz que él nunca había oído—. Así que era en Violeta Davis en quien pensabas mientras estabas conmigo, ¿no es así? En la pobrecita Violeta Davis, en esa mosquita muerta. Para ti soy una viciosilla, y ella una mujer decente, ¿no es así? ¡Contesta!

—Estás perdiendo el control, ¿eh? —dijo Radinski, con burla—. ¿Por qué? ¿Es que no te da igual todo? Suelta ese chisme. Está cargado.

En los ojos de True apareció una expresión extraña. Una persona en estado normal hubiese creído que estaba pensando seriamente las consecuencias de la muerte de Radinski, y en ese momento se abrió la puerta.

Un hombre corpulento, de cara encarnada, que denotaba al buen bebedor y comedor, apareció en ella. Radinski se volvió hacia él.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté el recién llegado—. ¿Intentó molestarla, señorita Fontaine? Deje esa pistola; yo me ocupo de él.

—Ella me hizo subir... —empezó Radinski.

Pero el otro no le dejó terminar. Dando un paso hacia adelante, le golpeó con fuerza en la cara. Radinski cayó al suelo. Y cuando intentaba levantarse, recibió un salvaje puntapié en el rostro. Cayó al suelo, porque estaba demasiado borracho para revolverse. True sujetó al otro, que intentaba volver a patear a Radinski.

—¿Está usted loco? —preguntó—. ¿Quién se ha creído que es

usted?

El capitán-jefe Parker miró a ambos.

—Conmigo no se juega a ninguna de esas cosas —dijo, por fin. No olvides que puedo meterte en la cárcel cuando me parezca. No me he puesto de acuerdo contigo para que recibas a golfos en tu casa cuando yo no estoy. ¿Lo has oído?

—No es usted mi amo —dijo True, semicerrando los ojos.

—Si quieres que te demuestre que lo soy, lo hago. Llámalo como quieras, pero no te olvides de que lo que hagas lo tengo que supervisar yo. ¿Quién es ese despojo?

True echó un poco de agua fría en el rostro de Radinski. Luego, sin volver la cabeza, dijo:

—¿Recuerda usted a Russ Nolan? Pues los que hicieron «aquello» con él deben ser amigos de este «despojo». Es usted una bestia sin ninguna inteligencia, Parker, como lo demostró al matar a Lassiter para quitarse un testigo de delante. ¿No se da cuenta de que hay una fuerza, una fuerza tremenda, en la sombra, contra la que nada pueden usted y sus bravatas? Y no es la Policía, sino algo mucho peor: algo que no reconoce límites ni fronteras al actuar.

Parker había perdido parte de su subido color.

—Estás mintiendo, perra del demonio. Ése no es más que un golfo con el que te has encaprichado. Pero no creas que puedes burlarte así de mí. Te meto en una celda con todas las pérdidas de la ciudad como intentes jugar conmigo. ¿Me oyes?

Radinski estaba empezando a incorporarse. Parker avanzó hacia él el pie calzado con un elegante zapato.

—Largo de aquí, golfo. No te meto en la «heladera» por no causarle molestias a la señorita Fontaine. Pero como vuelva a verte por algún lado, haré que mis hombres se encarguen de ti.

Radinski estaba muy borracho. Comprendía perfectamente que en aquel estado sería inútil la discusión. True le ayudó a ponerse en pie.

—Y con armas, ¿no? —preguntó Parker—. Vas a tener que responder de muchas cosas. De momento, me quedo con la pistola.

Radinski lo miró confusamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Parker le dio un bofetón.

—¿Preguntas todavía, golfo? ¡Fuera he dicho, o te echo abajo

todos los malditos dientes!

Radinski se dirigió a la puerta. True los miró a ambos alternativamente, y, por último, se encogió suavemente de hombros. Un momento después, Parker y ella quedaban solos.

Radinski llegó a la calle. Había un automóvil parado junto al cordón, y más allá, otro, azul marino, un «Lincoln». Se dio cuenta de que los hombres de Ushant lo habían seguido, pero estaba demasiado mareado para intentar ni huir. En lugar de ello, se dirigió hacia el coche. Una mano pesada asomó por la ventanilla y lo metieron de un tirón.

¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

triumfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. L.



A desobedecido usted, Radinski —dijo el hombrecillo vestido de gris. Vagamente, Radinski se preguntó si es que aquel hombre no dormía jamás—. Supongo que se dará cuenta de la gravedad de lo que ha hecho.

Uno de los hombres con cara de púgil encendió la luz del interior del coche, y todos pudieron ver el estado en que se encontraba Radinski. Un reguero de sangre le caía de la comisura de la boca, y tenía la huella de un violento golpe en la mejilla, debajo justamente del ojo.

—Parece que le han dado una medicina demasiado fuerte —dijo Ushant, acariciándose la barbilla—. Bien. Lo tiene usted merecido, muchacho.

—Ya sale aquel hombre —dijo el púgil.

Parker acababa de salir y se dirigía a su coche. El «Lincoln» azul marino se puso en marcha silenciosamente hasta casi tocar al otro. Parker se volvió y se dio cuenta al instante de la maniobra que pretendía el otro coche. Sin pensarlo, sacó la pistola.

—No, no haga eso —dijo el hombrecillo vestido de gris, apeándose—. Somos amigos, capitán.

Parker frunció el entrecejo. Iba vestido de paisano, pero había sido reconocido. Levantó la pistola.

—Son ustedes una partida de golfos, y voy a disparar si alguno se mueve. Vamos, aparten ese coche. Mataré al primero que intente moverse, digo.

—Sí, señor —dijo el hombrecillo vestido de gris—. Pero quizá debiera usted llamar a sus hombres si es que tiene miedo.

—¿Miedo? ¿A vosotros, puercos? ¡Vamos, quitad esa basura de en medio!

—Sí, señor —respondió Ushant—. Vamos, muchachos. No debemos molestar al capitán Parker.

Y el «Lincoln» arrancó.

—Con cuántas ganas se ha quedado de tocar el silbato para llamar a sus hombres e intentar detenernos a todos —dijo el hombrecillo de gris—. Desgraciadamente, hubiera tenido que explicar qué hacía en casa de la señorita Fontaine, y eso hubiera sido peor. Bien, Radinski. ¿Puede usted oírme?

—Sí —respondió el muchacho, soñoliento.

—Le voy a hacer una pregunta: ¿por qué ha desobedecido?

—No lo sé... Supongo que porque no me gustan las imposiciones. Y esa muchacha...

—Esa muchacha está podrida por dentro —repuso Ushant—. Es como una manzana encarnada por fuera y roída hasta el hueso por debajo del pellejo. Es incapaz de nada bueno, y usted lo sabe. Ella no lo quiere. Solamente quería averiguar algo acerca de nosotros, y usted seguramente le habrá hecho conocer cosas que jamás debiera saber. Creo, Radinski, que sí está usted encaprichado con la muchacha, le ha hecho él más flaco servicio que imaginarse puede: le ha puesto una cuerda al cuello. Cuerda que nosotros anudaremos.

—¿No pensarán en...? —preguntó él, pareciendo despejarse de pronto.

—Usted, Radinski, ya ha hecho bastante daño. Sólo puedo hacer una cosa por usted.

—¿Qué?

—Lo sabrá a su debido tiempo.

—No pueden matarla a ella —dijo Radinski, nerviosamente. Uno de los púgiles le puso la pesada mano en el hombro, inmovilizándolo—. ¡No pueden hacer eso! ¡No son ustedes Dios justiciero!

—No —dijo, gravemente, Ushant—. No lo somos. Solamente hombres, y por eso sujetos a error. Cuando Él nos juzgue, pesará en justicia nuestros errores y nuestras maldades. Pero en tanto Él nos juzga allá arriba, obraremos nosotros aquí abajo. Y ahora, tenga la bondad de callar.

Eran apenas las nueve de la mañana cuando míster Ushant llamó a la puerta de los Davis. Subió inmediatamente a la habitación de míster Brown, y cerró la puerta tras de sí. Mitress Davis no dio importancia a aquella hora tan poco usual. Su confianza en míster Brown era tan inquebrantable y firme como la roca Tarpeya.

—Siento tener que venir a estas horas, señor, pero las cosas se han complicado —dijo Ushant, quitándose el sombrero, mientras míster Brown se ataba la bata—. Es ese joven, Radinski.

—Radinski, ¿verdad? —preguntó míster Brown—. Bien, bien. Tal vez debiera yo ocuparme personalmente de él. ¿No cree usted?

—Confieso que nada sería más de mi agrado, señor. He perdido el control de él y...

—Bien, no se preocupe. Me encargaré yo mismo. ¿Qué ocurre?

Cuando Ushant acabó, la frente de míster Brown, habitualmente tersa, estaba fruncida.

—Creo, Charles, que va a ser necesario apartar de nuestro camino a esa muchacha. Apartarla por completo. Ha vuelto loco a Radinski, y es una complicación para *miss* Davis. Sí, una complicación muy grande. Va a ser necesario apartarla.

—Como usted mande, señor. ¡Ah! Se me olvidaba, con estos contratiempos. Tenga usted, señor. He pasado por la Lista de Correos antes de venir aquí.

Míster Brown rompió el sobre y sacó la delgada hoja de papel que contenía. Decía así:

«Estimado míster Ushant: Tal como le prometí, le escribo nuevamente para comunicarle las últimas noticias. Encontré la pista de la mujer de nuevo, en Portland (Oregón). La enfermera de la clínica en que dio a luz me dijo que la niña tenía, una constitución muy delicada, y que si la madre era cuidadosa, la haría revisar por los médicos todas las semanas. “Tenía —dijo la enfermera—, además, una de esas prolongaciones dérmicas que parecen un sexto dedo, en el pie izquierdo”. Con ese dato, me tomé la libertad de telegrafiar y escribir a diversos hospitales especializados en extirpar esa clase de defectos. En Portland (Oregón) lo hallé, por fin. Allí habían intervenido a una nena de unos seis meses, librándola de aquel defecto. Nadie recordaba en el hospital el nombre que dio la madre, pero sí que vivía en el barrio portuario. Creo, estimado míster Ushant, que en mi próxima carta podré darle más detalles, y quizá hasta la dirección actual de la mujer que se hacía llamar Madeline Kane. Atentamente suyo, Roger Peasley. Detective particular».

—¿Buenas noticias, señor?

—Buenas, Charles. Dentro de poco sabré si mi exmujer vive o ha muerto.

—Yo creí que estaba usted seguro de que había muerto, señor —dijo Ushant, con aspecto perplejo.

—Charles —dijo míster Brown, con gravedad—. Le diré a usted una cosa: una amiga de Berenice me dijo, cuando ella me abandonó, que lo hacía..., que lo hacía porque iba a tener un hijo y no quería permanecer a mi lado para evitar que aquel pequeño ser pudiese algún día llegar a saber que su padre no era un... modelo de padres. Fué muy propio de ella. Me perteneció en cuerpo y alma hasta que se sintió encinta. Entonces miró al futuro. ¿Comprende ahora, Charles, por qué no intenté seguirla? No quise hacer inútil su sacrificio.

—Comprendo, señor. La señora... Bien, su esposa, era una gran mujer.

—Una mujer maravillosa. Por amor se unió a mí, y por amor se

apartó. Fué muy duro para mí; pero ahora que tengo la casi certeza de la muerte de mi esposa, quiero saber qué fué de nuestro hijo.

—Sí, señor. Espero y confío en que logre usted encontrarlo o encontrarla.

—Gracias, Charles. Ahora puede usted ir a cumplir lo que le encargué. Quisiera haber terminado ya este asunto.

Sólo hacía un momento que se había marchado míster Ushant, cuando Violeta bajó a desayunar. Aquellos días se levantaba más tarde debido a que no tenía clases.

—Felices Pascuas, míster Brown —le dijo.

—¡Oh, es cierto! —dijo míster Brown—. Se me había olvidado por completo que hoy se celebra el más grande día de nuestra Historia. Quizá haya que ayudar a preparar el árbol.

—Mamá se ha ocupado de todo con Blancanieves, quiere darnos una sorpresa. Hay regalos para todos los de la casa, incluidos los demás huéspedes. ¿Quiere verlo?

—No; le quitaríamos a tu madre la ilusión de la sorpresa. Violeta: ¿estás más animada, o son mis ojos?

Violeta movió la cabeza con desgana.

—Me creará una tonta, mistar Brown, pero... Ya sé que sólo debería ocuparme de mis estudios, pero..., ¡canastos! ¡Si no nos pusieran a las chicas hombres tan atractivos delante, viviríamos más tranquilas!

Míster Brown se echó a reír.

—Ese joven... Radinski, debe ser muy atractivo.

—Radinski. —Violeta sonrió a algún recuerdo interior—. Es tan, alto como usted y tiene un corte de cabeza parecido. Pero —su cara se ensombreció— es brusco, como amargado, y además está idiotizado por True Fontaine. True Fontaine, la que introdujo las primeras drogas en la Universidad. Míster Brown: hace poco me dijo usted que los jóvenes éramos crueles por curiosidad; pero ella es distinta. Es... como si llevase dentro un cáncer maligno. Ya sé que dicho así parece una tontería; pero ésa es la sensación que me da. Y no es solamente a mí. Todas las mujeres la odian instintivamente.

—Y los hombres la odiarán en cuanto la conozcan un poco más profundamente que lo que les permite la primera impresión. Pero recuerda, querida, que el mal, a primera vista, parece atractivo, y es

bien soso y árido.

—¿Sabe usted mucho acerca del mal y del bien? —preguntó Violeta, sonriendo y estirando, su falda—. Míster Brown: ¿cómo se llega al corazón de un hombre, de un verdadero hombre? Porque estoy segura de que Radinski lo es.

—¿Que cómo se llega al corazón da un hombre? ¿Cómo puede preguntar eso una muchacha joven, fuerte, sana, alegre y... muy bonita? En cuanto al joven Radinski, sí, debe ser un hombre. Al menos, puedes estar segura de que lo era. No te preocupes. Todo se arreglará, Violeta. ¿Que qué sé yo acerca del bien y del mal? Lo que sabe todo hombre que ha vivido más de cincuenta años: que existen uno y otro.

Violeta lo miró atentamente. Él estudiaba con cuidado el dibujo del mantel.

—Algún día, míster Brown —dijo ella—, tiene usted que hablarme de muchas cosas.

—Ese día, Violeta, lo haré con mucho gusto.

Violeta salió a la calle, esperando y temiendo ver el familiar coche. Pero no estaba. En su lugar había uno azul oscuro, un magnífico «Lincoln». Y asomado a la ventanilla estaba el hombre vestido de gris. Una seca mano le hizo señas de que se acercase, y ella obedeció.

—Suba, por favor, *miss* Davis —dijo el hombrecillo—. No tendrá miedo, ¿verdad?

—No —dijo ella, vacilante.

Por fin, entró. Al lado del chofer, que por cierto no era Radinski, estaba uno de los púgiles. El otro se hallaba al lado del hombrecillo.

—Queríamos decirle algunas cosas, *miss* Davis —dijo este último, con la misma cortesía de la vez anterior—. Ante todo, que ya no debe usted temer nada de nadie. Todo el asunto está ya resuelto y olvidado.

—¿De veras? —preguntó ella—. Bueno, entonces no necesitaré que haya siempre uno de sus..., uno de sus hombres cerca de mí, ¿no es así?

—En efecto, *miss* Davis. No será necesario de ahora en adelante. Ya no volverá usted a oír hablar de nosotros.

—¿Sí? —preguntó ella, con desagrado—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué han hecho esto por mí?... ¿Por qué?

—Lamento mucho no poder contestar a cierta parte de su pregunta, *miss* Davis. No puedo decirle quiénes somos. Y lo que hicimos por usted, lo haríamos por cualquier otra joven que lo mereciese como usted lo merecía. Ahora, nos resta despedirnos.

—Un momento —dijo ella, con leve desesperación—. El muchacho, el joven que ustedes pusieron para mí..., para mi custodia, ¿estaba a sueldo de ustedes? Es lo que me dijo.

—En efecto. El joven Radinski vendrá con nosotros también. Su presencia en esta ciudad ya no tiene objeto de ninguna clase. Crea que ha sido un placer poder ayudarla, *miss* Davis. ¿La podemos dejar en alguna parte?

Violeta Davis no quería que la dejaran en parte alguna antes de enterarse de lo que quería saber.

—Yo... el caso es que tendría que decirle algo a *míster* Radinski. Algo... de tipo personal.

Tenues arruguillas aparecieron en las comisuras de los ojos de Ushant, pero su boca permaneció cerrada y seria.

—*Míster* Radinski ha sufrido un ligero accidente —dijo, con cierta sequedad—. No sé si podrá usted verle antes de que nos marchemos.

—¿Un accidente? —preguntó, espantada—. Pero... ¡yo tengo que verlo! ¡He de decirle algo! ¿No comprende usted? ¿Es que está grave, acaso?

Por la mente de Violeta pasaron como relámpagos distintas imágenes de John Radinski: muerto a tiros, gravemente herido, desfigurado. Procuró borrar aquellos pensamientos. Pero, después de todo, ¿qué es lo que sabía de los hombres que viajaban en coche con ella? Que habían mutilado a Russ, que tenían mucha fuerza, tanta como para derrotar a criminales listos como Lassiter. Pero ¿no habrían ellos matado a John? Sintió miedo, por Radinski y por ella.

—No, *miss* Davis —dijo el hombre de gris—. No es grave. Ha sufrido un ligero accidente, del que se repondrá en un par de días. Pero ignoro si él querrá verla a usted o no. No dijo nada.

—Comprendo —dijo Violeta, con amargura—, sí, eso es muy propio de John.

—Tal vez —dijo el hombrecillo—... los deseos de usted, *miss* Davis, son órdenes para mí... Si usted insiste en verlo...

Violeta miró al hombrecillo. No le merecía mucha confianza;

pero cuando sonreía, comprensivamente, como ahora, sus sospechas decrecían. Ver a John... claro que quería verlo. Aun cuando sólo fuese para insultarlo...

—Sí, insisto —respondió.

—Bien; pero no será ahora. Sería imposible. Señorita Davis, una llamada por teléfono le indicará cuándo puede hacerlo.

—Pero... ¿no podría...?

—No; lo siento mucho. ¿Puedo dejarla en alguna parte?

Oscar Beroe llamó a la puerta de su superior y éste le autorizó a entrar. El agente llevaba un papel en la mano.

—Mire esto, señor.

Era un anónimo, compuesto de palabras recortadas de cualquier diario. Decía que el capitán Parker, jefe de la Policía de la ciudad, era el hombre que había encubierto a los traficantes de drogas, por dinero. Y luego traía cifras aproximadas de lo que había ganado con sus operaciones ilegales. Nada más. Anderson, con la cara congestionada casi, lo tiró al cesto de los papeles.

—Si pudiera usted tirar también así su propia conciencia, se quedaría muy tranquilo, señor —dijo Beroe—. Por desgracia, no es posible. Usted está casi tan convencido como yo de que eso es cierto.

—No existe una ley que tome en cuenta el anónimo. Únicamente en los países en que la libertad humana vale poco se toman en cuenta semejantes cobardías.

—No es una cobardía en este caso, señor. Es que el que ha escrito ese anónimo no puede dar su nombre. Pero ahí tiene las pruebas. ¿Por qué no prueba usted, señor, a revisar las entradas y salidas de la cuenta corriente que Parker tendrá en algún Banco? ¿Qué me dice a eso? Si el hombre es inocente, no puede hacerle daño. Si es culpable... ¿Qué dice, señor?

—Usted gana, Beroe —respondió, cansadamente, el inspector—. Pero recuerde que puede tenerla en varios bancos. Si es listo, lo habrá hecho, no le quepa la menor duda.

—Veo que empieza usted a solidarizarse con mi hipótesis, señor. Sí, pudiera hacer eso. Y ponerlo a nombre de su mujer, si es menos listo, pero también precavido. No obstante, no nos costará trabajo seguirle la pista.

Anderson suspiró y descolgó el teléfono de línea privada. Un

momento después estaba al habla con el Banco Jordán, el más importante de la ciudad.

Y media hora después ambos hombres se miraron a través de la mesa.

—No me tenga en vilo, señor —dijo Beroe.

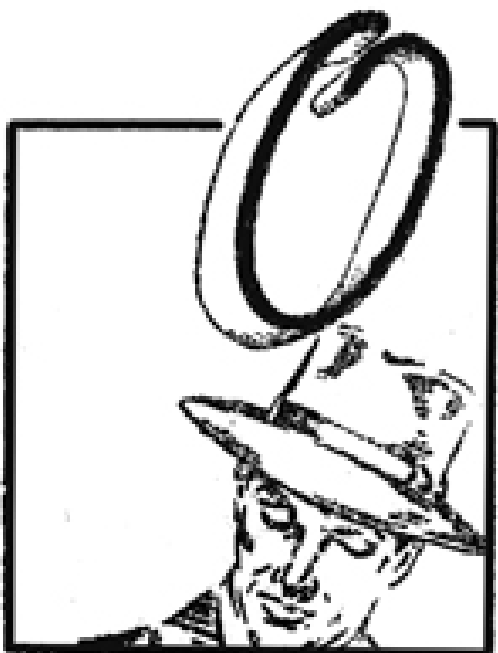
—Tenía usted razón. A nombre de su mujer y al suyo hay cuentas en tres Bancos de la ciudad. En total, cerca de cincuenta mil dólares. Y el tren de vida que lleva es muy elevado. Bien. ¿Qué hacemos, Beroe?

—Sencillamente, señor, sustituirlo. Sustituirlo por uno de los capitanes de la Policía más jóvenes. Serán seguramente los menos sospechosos.

—Nunca creí que tendría que hacer esto, pero es que no habrá más remedio. Bien, iré a hablar con el alcalde.

—Sí, señor.

XI



SCAR Beroe no perdió el tiempo. Mientras míster Anderson se marchaba a entrevistarse con el alcalde, él subió en un coche oficial, con dos agentes, y se dirigió con toda rapidez hacia la casa de *mistress* Davis. Una vez allí, pidió hablar con míster Brown.

—Lo siento —dijo la madre de Violeta—. Ha salido. ¿Es muy impórtenle, míster Beroe?

—Si —dijo el detective—. Pero... ¿volverá, señora Davis?

—Desdé luego —dijo la mujer, dignamente—. ¿Cómo no iba a volver?, puede usted esperarlo, míster Beroe.

—Muchas gracias, señora.

Y Beroe se dispuso pacientemente a esperar.

Radinski tenía la cara vendada. Los dos ojos oscuros miraban fijamente ante él. Se hallaba en una cama, en una habitación amueblada escasamente, pero en la que no faltaba ninguna cosa necesaria. Ante él estaba míster Ushant, el hombre que vestía indefectiblemente de gris.

—Va usted a enterarse de algo, Radinski —dijo Ushant—. De algo que tendrá gran importancia para usted. Ha cometido usted uno de los errores más grandes de su vida. El hecho de no haberlo cometido a sabiendas atenúa su responsabilidad y su culpa, pero no elimina ninguna de ellas por completo.

—No sé lo que quiere usted decir —dijo el muchacho, ceñudamente—. Tengo derecho a manejarme yo sólo si lo creo conveniente. Está bien; pueden ustedes empezar a «sobarme» cuando quieran.

Míster Ushant hizo una seña. Uno de los púgiles abrió la puerta y la elevada silueta de un hombre de pelo gris se recortó en el quicio. Llevaba un gabán de color castaño e iba destocado. Tenía facciones muy regulares y ojos acerados.

—Tal vez se haya preguntado usted muchas veces el porqué de resultar elegido para un trabajo fácil y bien retribuido —dijo, sin preliminares—. La razón es muy sencilla. Usted se llama Radinski; John G. Radinski, ¿no es eso?

—Sí, señor —dijo Radinski, con un respeto involuntario, que le extrañó a él mismo.

—¿Sabe usted el origen de esa «G»?

—No, señor. Tenía idea de que sería por «Gross». Mi madre era alemana, y se llamaba así.

—No. El verdadero nombre de su madre era Ragnhild Gerten. Sí, era alemana. Nació en Altona, diez años después que yo. Era mi hermana. Ahora sabes que eres mi sobrino.

Radinski abrió mucho los ojos.

—Entonces... —dijo.

—Sí. Yo soy tío Octavius, del cual apenas se atrevía a hablarte tu madre. La pobre Ragnhild sufrió mucho cuando, al casarse con Radinski, hubo de separarse de mí para que su marido, un honrado ingeniero, no supiese que su cuñado era un hombre como yo. Pero alguna vez te habló de mí.

—Lo sé —dijo Radinski, sin dejar de mirarlo—. Me habló de

usted más de lo que se imagina. De cuando llegaron usted y los cinco hermanos que quedaban, a los Estados Unidos. Ella era una niña, como los otros... Por no saber hablar inglés tuvo usted que aceptar los peores trabajos, y los capataces le engañaban, dándole menos jornal del que le correspondía. Un día protestó y lo llevaron a su casa dos compañeros, ya que usted no podía andar. Le habían dado una paliza dos capataces. Sí, señor. Mi madre me habló también de que la abuela murió «de hambre» en la guerra, y los mayores en el frente... Y que por eso los pequeños y usted tuvieron que venir a América. Siempre tuve deseos de conocerlo, señor.

Ushant miraba por la ventana. El hombre de la cara de púgil permanecía en su rincón. Míster Brown estaba impasible.

—Aquello pasó. Luché mucho, hasta que me di cuenta de que jamás podría abrirme paso de otra forma que empujando a los que estaban delante. Empujé, fui más fuerte y más sagaz. No tenía más remedio si quería sobrevivir y cuidar de tu madre. Bien; ya he dicho que aquello pasó. Se trata ahora de ti. Ordené que te diesen un empleo que no pudiera comprometerte a nada. Pero tú solo te has comprometido al enredarte en la madeja de esa muchacha, True Fontaine. Ahora habrás de salir de la ciudad si no me prometes que ni intentarás volverla a ver. Y cuando digo «habrás de salir», hablo completamente en serio.

Un resplandor turbio apareció en las pupilas de Radinski.

—¿Puedo preguntar, señor, por qué he de hacer una cosa así?

—No hay otra respuesta que la de que yo lo mando «así». Esa muchacha no es buena. Es una viciosa, que arrastrará a todo el que esté cerca de ella, cuando caiga, que no será muy tarde. No. No quiero que te embarques en la misma barca que ese Caronte femenino. Habrás comprobado, John, que tengo mucha fuerza. Mucha. La milésima parte de esa fuerza me basta para destruir a esa mujer, y la pienso emplear. Cuando ella caiga, no quiero que estés tú cerca.

Míster Brown hizo una pausa, sin dejar de mirar a Radinski.

—John —dijo—. Recuerda que soy hermano de tu madre. Nunca me gustó que se casase con aquel polaco, pero luego comprendí que era bueno y que la quería. A su modo, la hizo feliz. Pero, a pesar de todo, yo siempre le tuve más afecto a tu madre que a ninguno de mis otros trece hermanos. Así, pues, John, contéstame con

sinceridad. ¿Es acaso que te has enamorado de esa arpía?

—No lo sé —respondió Radinski, con cierto rencor—. No lo sé. Nadie sabe lo que siente en un caso así. Mentiría quien dijese que sí lo sabe. No lo sé, pero sí que necesito verla. Verla por última vez si es necesario. Quizá yo pudiera...

—¿Volverla al buen camino? —Míster Brown sonrió con ferocidad—. No. Ésa ya no puede volver, porque no es que se haya descarriado, compréndelo, imbécil, sino que «está podrida», y ella lo sabe, y, además, no lo importa. No. No la verás más. Si lo intentas, sufrirás las consecuencias. Y recuerda: el hecho de que seas mi sobrino, el hijo de Ragnhild, detendrá mi mano. Pero te alejaré de la ciudad y de esa mujer hasta el punto de que no podrás volver jamás a verla. Elige: si insistes en verla, ella «desaparecerá». Sí, desaparecerá como el humo, y nadie en la tierra volverá jamás a saber qué fué de ella. Si me prometes no intentar entrevistarte de nuevo con ella, vivirá. Ahora, elige.

Radinski se retorció en la cama. Aquellas pupilas expresaban una desesperación tan increíble que probablemente otros se hubieran ablandado. Las tres caras que se inclinaban sobre él permanecieron impasibles, hieráticas.

—No puede usted hacer eso, señor... —dijo trabajosamente.

—Puedo, y lo haré. Míster Ushant, dígame que puedo.

—Si míster Gerten dice que hará una cosa, ningún poder humano podrá impedir que la haga —respondió apaciblemente el hombrecillo—. Radinski, obedezca. En su bien se lo decimos.

—Está bien —dijo, por fin. En el trozo de frente que las vendas le dejaban al descubierto aparecieron pequeñas gotitas de sudor—. Pero no intentarán matarla, ¿verdad?

—No, por ahora. Solamente haremos que salga de la ciudad, Y, otra cosa, John: no creas que estás solo en el mundo. Ignoro si aceptarás mi ayuda, pero puedes contar con ella. Y hay otra persona... Bien, hay otra persona que piensa mucho en ti.

—Lo sé —dijo el otro casi con odio—. Es esa ventosa de mujer.

—John, esa «ventosa», como la llamas, es una gran muchacha, y será una excelente esposa para alguien algún día. Y recuerda: por esa «ventosa» han ocurrido cosas que yo creía olvidadas para siempre. Por esa «ventosa» he dejado una existencia grata, apacible, y me he lanzado a una aventura que no sé cuándo ni cómo

terminará. Todo por ella. Y otra cosa, John. Ahora sabes quién soy yo y dónde estoy. Una sola palabra tuya y...

—No se preocupe, señor —dijo Radinski—. Al fin y al cabo, es usted hermano de mi madre.

—Adiós muchacho. Y recuérdalo. Siempre encontrarás mi ayuda si la necesitas.

—Gracias, señor.

Fuera de la habitación, mister Brown se volvió a Ushant:

—Bien, Charles. Es una verdadera lástima, porque vivíamos muy tranquilos. Yo, con mis sellos y la pensión de la señora Davis. Usted, con sus canarios, jilgueros y cardenales. Quizá se haya acabado todo ello ahora. Hay varias personas que saben quiénes somos. Ese muchacho que está ahí dentro es una de ellas.

—Pero, al fin y al cabo, es su sobrino, señor —dijo Ushant—. No creo que diga una sola palabra. Además, si logra usted hacer que se fije en *miss* Davis... siempre callaría.

—No, si algo le ocurre a True Fontaine —respondió mister Brown, tocándose la barbilla con dos dedos de la mano derecha—. Y a True Fontaine tiene que ocurrirle «algo» más tarde o más temprano.

—Sí, señor. Comprendo. En cuanto a mí, no se preocupe, señor. No me ha sentado del todo mal esta reedición de los buenos tiempos. Mi única preocupación es por usted, señor.

Mister Brown se echó a reír:

—Así ha sido usted siempre, Charles. Escuche. Dentro de muy poco tiempo desaparecerá de la ciudad. Sus guardaespaldas lo harán también. Procure que reciban bastante dinero. Disuélvalo todo, como usted sabía hacerlo antes. No creo que haya peligro para mí, pero sí podría haberlo para usted. Las muertes de Russ Nolan y el negro interesarán a la Policía. Pero antes, Charles, acabe con la banda de estupefacientes. Ha llegado la hora de dar el golpe definitivo. Antes de que la Policía, con su tendencia a retardar las cosas, pueda perder a Parker, cójalo usted. No lo mate. No le haga nada. Entréguelo a los policías.

—Fácilmente, señor. Lo puedo hacer ahora mismo. En su misma casa. Será una de las cosas más fáciles de todo este asunto. Así, pues, señor, creo que de ahora en adelante no deberemos vernos ya.

—No por ahora, Charles; pero sí algún día. Téngame siempre al

corriente de sus nuevas direcciones. Y otra cosa. Durante estos días vigile mi casa. Pudiera necesitar su ayuda. Por último, recupere usted la pulsera.

—¡Cómo no, señor! Hasta la vista.

Se estrecharon las manos y ambos salieron a la calle en distintas direcciones.

Míster Brown llegó a su casa. Beroe se levantó del sillón de la salita en el que estaba sentado.

—Lamento haberle hecho esperar —dijo míster Brown, después de los saludos—. Pero me entretuve paseando y...

—Desearía hablar con usted, míster... Brown —dijo Beroe—. En privado.

—Desde luego. Suba a mi habitación.

Beroe no aceptó el cigarro que le ofreció míster Brown ni el asiento que le señalaba.

—Mi visita es casi oficial, señor. Y digo «casi» por no emplear la seca palabra de «oficial». Deseo hacerle una advertencia.

—¿Una advertencia? Míster Beroe, usted me asombra.

—No tanto como me asombré yo al descubrir que, bajo la apariencia de un coleccionista de sellos, excelente vecino y persona de reconocida bonhomía entre los que lo trataban, había una personalidad bien distinta. La de Octavius Gerten. El hombre que cumplió una condena en Joliet y que desapareció de la vida pública cuando se encontró en libertad. Del hombre que colaboró eficazmente para que pasaran miles de litros de alcohol del Canadá a los Estados Unidos durante la Ley Seca. De la cabeza invisible de una legión de cuadrilleros y pistoleros que reprimieron la competencia a golpes de matraca y a tiros. Del hombre que...

—... Del hombre que llegó sin un céntimo a los Estados Unidos —le interrumpió de pronto míster Brown, con voz autoritaria—, acompañado de cinco hermanos más pequeños que él. Que intentó trabajar y encontró, en efecto, trabajo en abundancia: con un jornal tres veces más pequeño que el de los obreros americanos. Y de ese escaso jornal tenía que apartar una cantidad para el capataz que lo había admitido, cantidad que aquél cobraba sin querer enterarse de que cinco criaturas se morían de hambre en el país más rico del mundo. Del hombre que se prometió a sí mismo que sus hijos, si alguna vez los tenía, no serían explotados en el «país de las

inmersos posibilidades» y de las «oportunidades para las pobres, abatidas y amontonadas muchedumbres» [4]. Todo eso lo ha pasado usted por alto, míster Beroe.

—No he pasado nada por alto —respondió el detective, encogiéndose ligeramente de hombros—. Todo aquello ya pasó. Pero usted transgredió la Ley.

—Pagué por ello. Cumplí una condena.

—Sabemos que no lo bastante. Pero no es eso todo, míster Gerten. Se trata, en este caso, de lo que ha hecho usted aquí.

Míster Brown se echó a reír:

—Vamos, vamos, míster Beroe. ¿A qué viene todo eso? ¿Qué he hecho yo?

—Ignoro todavía cómo, pero sé que usted ha hecho que maten a un hombre. Ya sé que usted mismo no lo ha matado, pero sí ha hecho que lo maten.

—Míster Beroe —dijo Brown—. Hemos llegado, pues, al extremo de tener que pronunciar las palabras decisivas: pruébelo. Pruebe todo eso.

—Lo haré —dijo Beroe con dureza—. Han empleado ustedes métodos brutales, métodos que nadie puede admitir. Y, sobre todo, han delinquido. Y...

La mirada de míster Brown estaba tan cargada de ironía, que Beroe se desconcertó. El agente del

F. B. I.,

estuvo un momento silencioso. Por fin, dijo:

—Míster Gerten: hay una cosa que no logro entender. Nadie hubiera podido relacionar al pacífico míster Brown (que, por cierto, posee ejemplares de sellos demasiado caros para ser adquiridos por un coleccionista modesto) con Octavius Gerten, de no haber sido por una antigua pulsera maya de las que llevaban las vírgenes. Sí, nadie hubiera podido hacerlo. ¿Por qué se expuso de esa manera?

Gerten estuvo un momento silencioso.

—Cuando llegue a mi edad y haya vivido lo que yo, míster Beroe, comprenderá por qué lo hice. Hay cosas que valen más que la vida, que la apacibilidad, que la tranquilidad. Sí, míster Beroe. Más, mucho más. Aunque quizá no me expusiese tanto como usted cree. ¿Dónde está esa pulsera?

—Miss Davis la tie... —empezó a decir Beroe. Y se detuvo, con

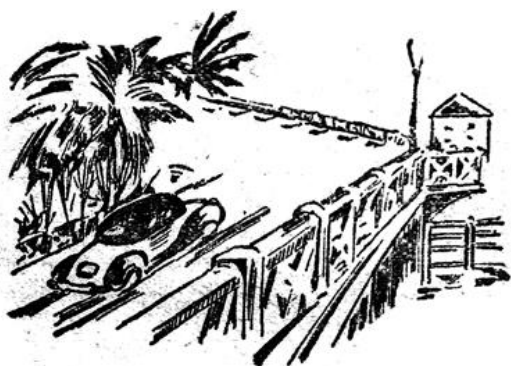
la cara rígida—. Míster Gerten: hay un límite para lo que usted puede hacer. Lleve mucho cuidado. Un día u otro caerá en nuestras manos.

—Es posible, míster Beroe, aun cuando no lo creo. Pero, para terminar con una conversación que amenaza devenir inútil, le diré que no me moveré de esta ciudad, de esta casa, de esta habitación si insiste usted.

Beroe se dirigió a la puerta, y una vez allí, lanzó una rápida mirada a su interlocutor.

—Como quiera, Gerten. Pero recuerde: alguna vez caerá en nuestras manos. Nadie debe tomarse la Justicia, por su mano. Para eso estamos nosotros. Y ustedes se la han tomado de una manera intolerable. Si algo sabían, podían haberlo hecho saber a la Policía, Pero jamás intervenir del modo que lo hicieron. Aquellos tiempos pasaron, Gerten.

—Estoy —dijo míster Brown plácidamente— completamente convencido de ello.



~~~~~

**¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!**

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán**

**P R O E Z A S**

## XII



El capitán Parker, de la Policía de ciudad, fué capturado en su domicilio cuando acababa de hacer sus maletas. Estaba en compañía de su esposa, a la que había dicho que tenía que realizar un urgente viaje. Se dejó coger estúpidamente, entre los amargos reproches de una mujer que lo había impulsado casi al delito con sus constantes peticiones de dinero. El

F. B. I.,

cerró el caso que en los archivos se llamó «Operación U», y con ello terminaba el trasiego de drogas desde las mesetas mejicanas a las ciudades de los Estados Unidos.

El agente Oscar Beroe estrechó la mano del nuevo capitán-jefe, un joven de unos treinta y cinco años y de cara enérgica y honesta,

y luego los tres se sentaron.

—Escuche, capitán —dijo Beroe—. Efectivamente, con el arresto de Parker se ha acabado en la ciudad la venta clandestina de drogas. Pero hay algo más. Algo que les concierne a ustedes tanto como a nosotros.

Y durante media hora estuvo hablando. El rostro del capitán se ensombrecía por momentos. Por fin, cuando Beroe acabó, dijo:

—Siento enterarme de eso. Pero, mientras no haya pruebas de que ese hombre haya intervenido... La verdad es que nos hicieron un gran favor cuando contuvieron a los de las drogas mientras nosotros teníamos las manos atadas porque Parker estaba complicado.

La cara de Beroe se puso rígida.

—No le hace, capitán. Que se sepa, Russ Nolan, y tal vez un mulato, murieron a manos de los hombres que Gerten dirige como un emperador. Sí, no hay que hacerse ilusiones. Mi punto de vista es éste: Gerten cumplió una condena, pero esa condena no amortizaba en absoluto los crímenes que había cometido. Introdujo en el país miles de litros de alcohol (alcohol falsificado, en muchas ocasiones), con la consecuente secuela de locura en los habituados, Gerten acaudillo una pandilla que, si bien no llegaba a ser tan grande como las de los «premiers», al menos infundió el suficiente respeto a Capone como para permitirle la competencia, sin intentar liquidarlo o apartarlo. Eso, capitán, son crímenes por los cuales no se paga con un par de años o tres en la cárcel, sino con toda una vida de presidio. Ésa es mi opinión.

—La mía también —dijo el capitán, indeciso—. Bien, míster Beroe, ¿qué le parece que podemos hacer?

—Ante todo, no precipitarnos —intervino Anderson—. ¿Cómo ha podido Gerten conseguir la gente que ha conseguido? Hace falta tipos duros para ejecutar lo que han hecho.

Beroe sonrió.

—Debo reconocer que el viejo es listo —dijo—. Debe tener un hombre de gran confianza y dinero, mucho dinero. He enviado a Washington un cable para que investiguen qué fué del dinero de Gerten, pero lo más probable es que no logren saberlo. Como tantos otros, lo pondría en Bancos extranjeros, y yo diría que en Cuba. Ya saben que el peso cubano está a la par.

—Tiene usted que coger a Gerten con las manos en la masa — declaró Anderson, con una sonrisa un tanto irónica—. De lo contrario..., no conseguirá pruebas contra él. Y sí, en cambio, que se le escape.

—Tendré esas pruebas —dijo tozudamente Beroe—. Las tendré aun cuando tenga que seguirlo por mí mismo a todas partes. ¿Lo oye? Tendré esas pruebas.

—Así lo espero, hijo, para su tranquilidad personal.

La misma Violeta abrió la puerta. Blancanieves había salido con su día de permiso, Tommy estaba en casa de algún amigo y su madre y místico Brown habían ido a un cinematógrafo. Sus ojos se agrandaron de sorpresa cuando vio que el visitante era True Fontaine.

—¿Qué quieres? —le preguntó—. ¿Derecho de asilo?

—Esto podría ser cualquier cosa, pero nunca una iglesia — respondió provocativamente la rubia—. No, nunca una iglesia. ¿Me dejas pasar? Hace mucho frío aquí fuera.

True pasó sin esperar a que Violeta le diera permiso.

—¡Ah! —dijo—. Fuego en la chimenea. Hace ya mucho tiempo que no veo más fuego que el de la cocina a gas.

—Di pronto lo que quieres y márchate —dijo Violeta.

True estaba ante el fuego, retorciéndose las manos. Violeta se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. Su manera de mirar era ligeramente furtiva.

—No tengas tanta prisa, Violeta. He venido a hablar contigo y aunque espero que la conversación sea corta, si no nos ponemos de acuerdo la alargaré todo lo que sea preciso.

—¿Por qué sigues en la ciudad?

—Seguiré en ella mientras quede alguien. Luego, ese alguien y yo sacudiremos el polvo de nuestros zapatos. Me refiero específicamente a Radinski.

Ambas se miraron. True seguía retorciéndose las manos. De pronto, Violeta comprendió que la rubia estaba enferma. Quizá la falta de drogas... Sintió desprecio y cierta compasión.

—¿John Radinski? ¿Para qué lo quieres? ¿Para hacer de él un adepto a la marihuana?

True se estremeció ligeramente al oír el nombre de la droga.

—No. Para vivir a su lado.

Violeta podía ser muy cruel, como toda mujer enamorada.

—Y que él te saque del fango, ¿verdad? Qué romántico sería todo. La mujer regenerada, el influjo bienhechor del marido... Una casita y una jaula con un canario... Creo que no es así como te ve Radinski. Además, dudo de que tú quieras «realmente» regenerarte.

True levantó una mano en el aire, pero la volvió a dejar caer.

—No importa eso ahora —dijo. Se dejó caer en el sofá. El pelo, casi blanco, a fuer de rubio, se vaporizaba a la luz de la lámpara—. No importa eso. Lo que importa es que estoy enamorada de John. Para bien y para mal. Tanto si se convierte en un vicioso como si sigue siendo un hombre honrado. El caso es... vivir a su lado, sentirlo siempre cerca. No puedes comprender eso, Violeta.

Ésta tenía apoyadas las manos en las caderas. Jadeaba perceptiblemente.

—¿No puedo entenderlo? ¿Cómo lo sabes, True? ¿Cómo sabes que yo no siento eso mismo?

True movió la cabeza con el aire de sabiduría de una persona de muchos más años de los que ella tenía.

—No, no puedes sentir lo mismo. Tú quieres un marido, alguien a quien tener junto a ti para no estar sola. Un marido como tantos, otros. Yo necesito a ese hombre. Lo necesito. Pero es completamente inútil que te siga hablando de esto. Lo único que quiero es la seguridad de que no dirás jamás a nadie que yo..., bueno, que yo tuve algo que ver con Lassiter y los demás. Así podré volver a empezar sin esa carga.

Violeta la miró con tanta dureza, que True le devolvió, extrañada, la mirada.

—Estás loca, True. Completamente loca si piensas que yo voy a renunciar a ese hombre, ni para darte a ti una ocasión de empezar una nueva vida. No eres buena, True, ni lo serías con él. Y sobre todo, en los asuntos del corazón no debe existir la generosidad. Yo, al menos, así lo creo. Estoy enamorada de John Radinski, y él solamente deslumbrado por ti. Volverá a mí. No me importa que pienses acerca de mis ideas de lo que debe ser un marido. El caso es que ése lo será mío.

True se puso en pie. Sus ojos de gata estaban casi cerrados.

—Tú lo quieres. Si no me das tu palabra, de nada valdrá el que me marche.

Abrió el bolso y sacó una pequeña pistola. Violeta la miró, asombrada.

—¿Qué vas a hacer, estúpida? —dijo.

—Matarte. Será cuestión de muy poco tiempo el salir de aquí. Luego ya haré llegar mi dirección a John. Lo tengo todo bien planeado. Violeta, elige: el silencio o...

Violeta aún no había llegado a darse cuenta de que la otra estaba hablando en serio. De pronto, recordó el extraño temblor de las manos de True, su horrible vicio, y comprendió..., comprendió que estaba sola con una asesina. El pánico la invadió como una marea. Era joven, no quería morir... Era joven y...

Dando un grito, se precipitó sobre True. Ambas eran de la misma estatura, aun cuando True quizá pesase dos o tres kilos más que ella. Fué el mismo miedo quien la empujó a intentar quitarle el revólver.

True la esperaba. Se hizo a un lado y disparó. Violeta sintió que algo le quemaba en el pecho y que un fuego intolerable le penetraba en la carne como una espada. Volvió a gritar y cayó de bruces.

True abrió rápidamente la puerta, con la locura retratada en las azules pupilas, y se precipitó a la calle. Su automóvil estaba aparcado en la acera. Entrar en él y ponerlo en marcha fué obra de un segundo. En ese momento empezaba a chillar la pensionista inglesa de la señora Davis, y ésta y míster Brown aparecían en la esquina.

Cuando entraron vieron a Violeta tendida en el suelo en el que iba formándose un charco de sangre. Tenía un balazo en el pecho, debajo del seno derecho, que había fallado el pulmón por escasos milímetros. El médico dijo que podía salvarse, pero...

—Sí, señor. ¿Así que suprimirla? ¡Oh no, no se preocupe por nosotros! Saldremos volando en seguida y nadie sabrá dónde encontrarnos. ¿Es que ha ocurrido algo nuevo, señor? ¿Miss Davis? ¡Oh!... Bien, señor, usted dice «suprímase» y no tiene nada más que añadir. Sí, la han ido siguiendo todo el rato. Hay una casa junto al río... Allí aparecerá mañana. A propósito, señor. Tengo una carta para usted. Un chicuelo se la dejará a la puerta de su casa esta misma noche. Sí, antes no quiero hacerlo. Adiós, señor, y buena

suerte. Cuelgo.

A las seis de la tarde la nevada era tan espesa que apenas se veía nada a unas yardas de distancia. El hombre, que iba con la cabeza descubierta, pasó al lado del policía, sin verlo, y se dirigió hacia el sargento.

—Quiero ver a míster Beroe, de la Oficina Federal —dijo.

El hombre aparentaba setenta años, pero era difícil que los tuviese. Tenía el pelo casi blanco y lo llevaba muy corto. Sus ojos azules estaban velados por una película líquida y su boca temblaba a intervalos regulares. El sargento se puso en pie de un salto.

—La segunda puerta a mano derecha, señor. ¿Le ha ocurrido un accidente? —preguntó. Pero el otro no le contestó. Abrió la puerta y penetró en el despacho de Beroe. Éste, el capitán jefe y Anderson estaban tomando café. Todos se volvieron.

—Pero... —dijo Beroe al cabo de un momento, poniéndose en pie—. Pero si es míster... Brown:

—Gerten —dijo el otro con la misma voz incolora—. Vengo a entregarme.

Beroe movió la cabeza como un perro de aguas.

—¿Que viene a...? Bien, pero...

—Soy culpable de la muerte de varios contrabandistas de drogas. Vengo a entregarme. Y soy culpable de la muerte...

Beroe era muy inteligente. Sin decir nada más, le acercó una silla. El otro se dejó caer cansadamente. Luego miró a Beroe. Pareció dudar como un niño y, por fin, sacó un papel del bolsillo y se lo entregó al agente. Anderson y el capitán jefe se inclinaron sobre el hombro de Beroe. Había escrito allí:

«Estimado míster Ushant: Al fin puedo anunciarle el término de mi labor. La mujer llamada Madeline Kane se casó, según el testimonio de una vecina suya, en Portland, Oregón, con el hombre que la acompañaba siempre. Ese hombre era un corredor de comercio y se llamaba Stephen Fontaine. Era viudo y tenía, de su primer matrimonio, una hija.

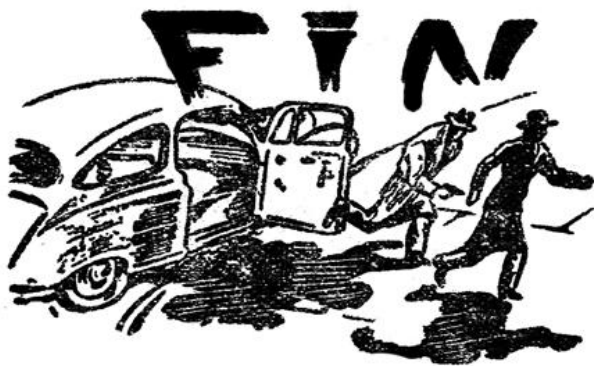
»Gracias a los informes de las diferentes casas en las que trabajó, y de los cuales he reunido varios, sé que Fontaine dejó Portland pronto, cambiándolo por el

Medio Oeste. Vivieron algún tiempo en Chicago, y allí reconoció a la hija de Madeline, porque la niña “no era suya”, aun cuando me ha sido completamente imposible saber quién era el padre. La niña recibió en el acto de reconocimiento los nombres de True Martha Evelyn Fontaine...»

Había algunas líneas más, pero ninguno de ellos las leyó. Se quedaron mirando horrorizados al anciano, el cual continuaba en la misma postura.

—¿Entonces, usted ha dado la orden de que...? ¡Cielo santo!

—¿Podría verla? —preguntó míster Brown de pronto—. Nunca la vi, ya comprenden... No sé ni cómo era. Y en silencio, lo precedieron hacia el depósito de cadáveres.





COLECCION  
**NOVELISTAS DE HOY**

---

**NUMEROS PUBLICADOS**

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por F. de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por C. J. Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Darío Fernández-Flores.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por L. A. de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lázaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por J. A. de Zunzunegui.
14. EL DIA SIGUIENTE, por Rafael López de Haro.
15. ¡PUENTE DE PLATA!, por A. M. Olmedilla.
16. ANOCHE EN MONTECARLO, por Julio Angulo.
17. TIERRA POR MEDIO, por F. Serrano Anguita.
18. LA VIDA SIGUE, por José Alvarez Esteban.
19. LA BELLA Y LA MANDRAGORA, por A. Retana.
20. HUMO SIN FUEGO, por José Sanz y Díaz.
21. DIA NEGRO, por Elisabeth Mulder.
22. MUERTE EN SHANGHAI, por Juan Marín.
23. PRIMAVERA DE PAPEL, por J. M.<sup>a</sup> S. Silva.
24. RESURGIR, por Carmen Nonell.
25. LA TARDE FILTRADA, por Eduardo Aunós.
26. RAMA DE CIRUELO, por Tomás Borrás.
27. SUELO MOJADO, por Alfonso Paso.
28. CORAZONES DE TEATRO, por Alvaro Retana.
29. LA BELLA SIRENA, por Ramón Salla.
30. ¿POR QUE MANDAN ELLAS?, por J. de Córdova.

NOTA.— Puede remitirse a su domicilio, CONTRA REEMBOLSO, la colección completa de NOVELISTAS DE HOY, o los títulos que le interesen, a CINCO pesetas ejemplar. Escribanos a EDITORIAL ROLAN, San Bernardo, 88.—MADRID.





CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

## PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de  
EDITORIAL ROLLAN  
San Bernardo, 68  
MADRID

Muy Sr. mto:

Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE  
HOY, a partir del n.º ....., y al precio de CINCO PESETAS por ejemplar, que  
abonaré CONTRA REEMBOLSO.

..... de ..... de 1955.  
(Firma)

Suscriptor D. ....  
Domicilio: ..... núm. ....  
Ciudad ..... Prov. ....





200

CROMOS A 1000 COLON

comprende la magnífica  
serie que presenta por  
primera vez en el mundo  
el perfecto e organizado  
del

**FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION**

- Jefe de la Espionaje Mayor y Cuartel General en Washington.
- Formación física, Deportes, Lucha, Investigación política y otras enseñanzas técnicas en la Academia de Quantico.
- Laboratorios Científicos.
- Métodos de los Agentes Espionaje.
- El F. B. I. en la II Guerra Mundial.
- Hechos notables en su lucha contra los traficantes, Saboteadores, Gangsters, Espías y enemigos de los Estados Unidos.
- Control de los laboratorios químicos.



ALBUM del F. B. I.

por colección esta espléndida  
serie de Cromos, sobradamente  
presentado con crónicas y otras  
gráficas ilustraciones, el modesto  
precio de CUATRO pesos.

**¡LUVIA de REGALOS!**

En centros de sobres encontrará  
VALORES que se dan gratis o  
recibir  
**BAJONES, PEQÑAS  
Y OTROS VALUOSOS REGALOS**

**Adquirid en los buenos  
quioscos los sobres**

**— con 3 cromos — por 30 céntimos**

Pedidos a: EDITORIAL ROLLAN - San Bernardo, 68

5 PESETAS



## NOTAS

[1] La «marihuana» no es otra cosa que una variedad del «haschish» (o «haxix») asiático, o sea, un producto extraído de la pulverización de las hojas del cáñamo indio. Ciertas sectas religiosas hindúes narcotizaban a algunos de sus adeptos con «haschish» y, obsesionados por la droga, cometían los crímenes que les eran ordenados. A dichos desgraciados se les daba el nombre de «haschashin», palabra de la cual se deriva la nuestra latina de asesino. (N. del E.). < <

[2] Penitenciaría del Estado de Illinois. < <

[3] Véase el número 111 de la Colección  
F. B. I.

< <

[4] Estas palabras saludan, grabadas en la estatua de la Libertad, a todo aquel que llega al puerto de Nueva York. < <